

Marcela Terrazas y Basante
Gerardo Gurza Lavalle

*Las relaciones México-Estados Unidos,
1756-2010.*

*Volumen I. Imperios, repúblicas y pueblos
en pugna por el territorio 1756-1867*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas, Centro de
Investigaciones sobre América del Norte/Secretaría
de Relaciones Exteriores

2012

523 p.

Ilustraciones, mapas

(Historia Moderna y Contemporánea, 58)

ISBN 978-607-02-3456-1 (obra completa)

ISBN 978-607-02-3468-2 (volumen 1)

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de agosto de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mexusa/v1imperios.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

II

EL CLÍMAX DEL CONFLICTO Y DEL EXPANSIONISMO: LA CUESTIÓN TEXANA Y LA GUERRA DEL CUARENTA Y SIETE

La esfera de la agenda bilateral

Texas: la manzana de la discordia, el caballo de Troya y la piedra en el zapato. Estados Unidos, Inglaterra, Francia y México ante el asunto texano¹

La independencia de Texas, a pesar de ser un hecho consumado y del reconocimiento de las potencias —Estados Unidos (marzo de 1837), Inglaterra (1840) y Francia (1838)—, no es acreditada por México. Éste se resiste a aceptarla y sólo se dispone a hacerlo cuando resulta demasiado tarde, pues la anexión a la federación norteamericana es ya una realidad.

Los nueve años que transcurren entre la Revolución texana y su integración a Estados Unidos son tiempos difíciles para el vínculo entre el nuevo país y México. La negativa de éste a admitir la separación de su antigua provincia, los proyectos para recuperarla mediante campañas militares, las continuas hostilidades en la frontera, las pretensiones texanas de establecer su línea divisoria sobre el Bravo y las expediciones anexionistas de la República de la Estrella Solitaria en Nuevo México son sólo algunos de los asuntos que traban el vínculo entre las repúblicas vecinas. La “cuestión texana”, sin embargo, resulta mucho más compleja en virtud de que ahí convergen —además de los países en cuestión: México y Texas— Estados Unidos, Gran Bretaña y, en

1 James Buchanan, años después de la anexión de Texas a la Unión Americana, la llamó “el caballo de Troya que se introdujo en nuestro campo”, Buchanan a Frank Blair, 27 de noviembre de 1849, en David M. Pletcher, *La diplomacia de la anexión: Texas, Oregon y la guerra de 1847*, 2 t., Xalapa, Universidad Veracruzana, 1999, t. I, p. 313. Buena parte de este apartado se basa en el libro de David Pletcher, en la edición aquí citada.

menor medida, Francia. Da lugar a una serie de intrigas, donde cada uno de los actores suele jugar con varias cartas. Además de las rivalidades y de las alianzas internacionales que ahí entran en acción, el peso de los diversos grupos de interés, los individuos, así como la condición interna de los países involucrados, hacen la situación compleja y delicada.

Nos ocupamos ahora de dos asuntos centrales que se desarrollan entre 1843 y 1845: el tardío y estéril reconocimiento de México a la independencia de la nueva nación y su incorporación a Estados Unidos. Cabe señalar que la cuestión texana genera enormes tensiones entre Texas, México y la Unión Americana durante la etapa independiente de la primera y trae graves consecuencias para los dos últimos. En ese periodo, los británicos hacen cuanto está de su parte para que México otorgue el reconocimiento² a fin de consolidar un nuevo Estado que frene la expansión de los estadounidenses, pues creen que California —con el codiciado puerto de San Francisco— es su siguiente objetivo.

Texas, a poco de conseguir su libertad, solicita su ingreso a la federación americana; sin embargo, el tema agudiza las tensiones regionales estadounidenses y pone sobre la mesa el problema de la esclavitud y su extensión a nuevos territorios. Así, no obstante su clara inclinación anexionista, el presidente Andrew Jackson se refrena de incorporar a la joven república. Hacia 1843, la anexión texana genera posturas encontradas: quienes se inclinan en su favor, como el presidente John Tyler, el ex presidente Andrew Jackson o Thomas W. Gilmer —amigo de Tyler, ex gobernador de Virginia y agente de tierras texanas—, y los que se oponen, como John Quincy Adams, quien está seguro de que provocará la secesión del norte, amén de sospechar que forma parte del proyecto de hacerse también de California, así sea mediante una guerra de conquista.

Deseosa de incorporarse a la federación norteamericana, la República de Texas, mediante su representante en Washington, intriga exagerando el peligro que representan los británicos y su interés en abolir la esclavitud texana. Éste —afirma el comunicado— es un primer paso para acabar con la “institución peculiar” en el continente, argumento que, sabe bien, punza en los oídos de los esclavistas estadounidenses. De manera simultánea, el presidente texano,

2 Josefina Zoraida Vázquez (estudio introductorio y compilación), *La Gran Bretaña frente al México amenazado, 1835-1848*, México, SRE, 2002, p. 16.

Samuel Houston, se queja de los norteamericanos ante las potencias europeas y las presiona para que obtengan el reconocimiento del gobierno mexicano. La actitud de Houston es, en apariencia, veleidosa, pues coquetea con Washington, Londres e incluso con la ciudad de México. En octubre de 1843 todavía afirma al representante inglés que, si México reconoce la independencia, Texas no se anexará a la Unión Americana. En realidad, aunque para la mayoría de los texanos la posibilidad de pertenecer a la federación estadounidense resulta atractiva, desconfía de sus intenciones. Empero, hacia el segundo semestre de 1843 y el primero de 1844, Houston tiene “prácticamente asegurado”³ el ingreso a la Unión, mientras mantiene la comunicación con el Reino Unido y conserva a sus agentes negociando un armisticio con los mexicanos, mismo que se firma en febrero. Dos días antes, el secretario de Estado explica al plenipotenciario mexicano, Juan Nepomuceno Almonte, las razones para anexar Texas a la federación y le asegura “completa justicia” en caso de reclamación por pérdidas o daños, lo cual éste interpreta como una insinuación de pago de remuneración.

Los enviados norteamericanos a la novel república, enlace entre ésta y el Departamento de Estado, informan a Washington sobre éstos e influyen en ellos. Como muchos de quienes participan en las intrigas, perciben a Gran Bretaña —o simulan hacerlo— como un amago para la independencia texana y, en consecuencia, para la seguridad norteamericana; colaboran así para crear el “espantajo inglés”.⁴ En algún momento, los ministros de Estados Unidos, Inglaterra y Francia en Texas animan una negociación entre Houston y Santa Anna. Aquél, receloso de las potencias, actúa sin mediación alguna y envía un comisionado a la ciudad de México, pero nada logra.

Uno de los temas más polémicos en estos episodios es el de la esclavitud. Gran Bretaña la abole desde 1833 y los propietarios agrícolas ingleses de las Indias Occidentales la consideran una competencia desleal y desean eliminarla de las economías vecinas; los abolicionistas ingleses también quieren extirparla. Sin embargo, el gobierno británico —aunque apoya el principio abolicionista—

3 El secretario de Estado, Abel Upshur, se encarga de persuadir a los senadores y asegura a Houston la aprobación del Tratado de Anexión.

4 Véase Cristina González Ortiz, “La anexión de Texas en la correspondencia de los enviados norteamericanos a la República de Texas, 1836-1845”, en Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante, *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, México, UNAM, IHH, 1997, p. 65-122.

tiene siempre el buen cuidado de no tratar de que Texas la suprima, y menos aún de sugerirlo siquiera a sus antiguas colonias. Pero los rumores en sentido contrario se propagan de forma alarmante en Estados Unidos y sirven para acicatear una actitud anglófoba que favorece la anexión de la República de la Estrella Solitaria. El hecho no es fortuito: es auspiciado por el ministro texano en Londres, Ashbel Smith, por el agente del presidente Taylor —anexionista declarado—, Duff Green, y por el representante estadounidense en Texas, William S. Murphy. Se esgrimen argumentos tales como que el propósito británico es hacer de Texas un refugio para esclavos fugitivos, “un Haití continental” con protección inglesa.

La prensa norteamericana, afín a la esclavitud y contraria a la Gran Bretaña, juega un papel importante. Pero no son sólo los diarios sureños los que azuzan a la opinión pública en pro de la anexión y en contra de los británicos, también los del norte colaboran en la campaña y, de manera lógica, el propio órgano de información del presidente Tyler. La retórica expansionista de políticos y prensa estadounidense y texana es dada a conocer por los diarios mexicanos, hecho que exalta el ánimo de la opinión pública en México y que dificulta a sus políticos encontrar una mejor salida al asunto.⁵

Pocos elementos sirven de contrapeso a toda esta andanada; sólo los abolicionistas del norte y los despachos del representante de Washington en Londres, donde se afirma que la “intriga británica” es una exageración, ayudan escasamente a comprobar el desbalance.⁶ El otro gran opositor a la anexión, John Quincy Adams, tiene resultados contrarios a sus propósitos. Al persuadir al representante mexicano en Washington de que el ministro norteamericano en México es un agente texano disfrazado, sólo consigue irritar a la administración de Santa Anna. Éste al saber, en el verano de 1843, que se someterá al Congreso la propuesta de anexión de Texas, afirma que —de aprobarse— considerará el acto como una declaración de guerra. El clima de la relación entre México y Estados Unidos se hace aún más tenso cuando se conoce la decisión gubernamental de pasar por las armas a los prisioneros capturados en la guerra texana, entre los que se encuentran varios estadounidenses.

Mientras los comisionados de Houston logran acordar una tregua con las autoridades mexicanas, el Tratado de Anexión, en efecto, se firma el 12 de

5 Josefina Zoraida Vázquez, “El origen de la guerra con Estados Unidos”, en *Historia Mexicana*, v. 47, n. 2 (186), octubre-diciembre, 1997, p. 295.

6 Éstos, de manera inexplicable, no llegan a su destino.

abril de 1844. El punto que se plantea entonces es lograr los votos de los dos tercios en el Senado para asegurar la aprobación del tratado, problema que se complica con la campaña electoral norteamericana que está en curso. La carrera presidencial altera los tiempos políticos. Los conflictos nacionales e internacionales adquieren dimensiones inusitadas y los aspirantes cuidan de no pronunciarse sobre cuestiones espinosas.

El tema de la anexión tiene tal potencial de división regional que dos de los principales aspirantes —Henry Clay, whig, y Martin van Buren, demócrata— procuran eludirlo. Así como la campaña electoral altera el calendario y el clima para la votación del tratado de la anexión texana, ésta marca la competencia por la Casa Blanca y pesa en la elección de los candidatos de los dos partidos principales, el Whig y el Demócrata —define la exclusión de Van Buren y la elección de Polk—; es uno de los temas decisivos y se asocia con la extensión de la esclavitud, el complot británico en contra de Estados Unidos, la conjura inglesa a favor de la abolición y el asunto de la seguridad.⁷ Los partidarios de la incorporación de Texas a la Unión Americana aducen estos dos últimos argumentos, mientras sus detractores objetan la constitucionalidad de la medida y presagian que llevará a una guerra con México. El Senado debate en torno a la anexión en medio de tensiones y severas presiones; rechaza el tratado el 8 de junio de 1844, al imponerse la oposición al crecimiento del territorio esclavista y el rechazo a una guerra oprobiosa contra México. No obstante la primera derrota, el tratado no está acabado.

La anexión de Texas a la federación americana y la ruptura de relaciones entre México y Estados Unidos

Aunque el papel desempeñado por Gran Bretaña y Francia en el conflicto triangular Texas-México-Estados Unidos no había dado hasta ese momento más frutos que el armisticio, éste había servido para impedir o al menos retrasar la anexión de la nueva república a la Unión Americana. De manera paradójica, uno de los mayores estímulos a la agregación de Texas a Estados Unidos lo constituyen las disposiciones arbitrarias y muchas veces torpes de Santa

7 Tyler argumenta la necesidad de incorporar Texas para impedir verse rodeado por potencias europeas en el documento con que acompaña el Tratado de Anexión, que remite al Congreso el 22 de abril de 1844. David M. Pletcher, *La diplomacia de la anexión...*, t. 1, p. 263-264.

Anna o su actitud intolerante hacia los propios gobiernos europeos. El presidente se malquista con las potencias por los altos aranceles y las restricciones a la participación de los extranjeros en el comercio al menudeo; a esto se suman las drásticas medidas respecto de Texas y Yucatán, así como el fusilamiento de filibusteros norteamericanos, franceses y españoles apresados tras su salida de Nueva Orleans.⁸ Por otra parte, suele malinterpretar cualquier gesto amigable del representante de Su Majestad Británica que le sirve para envalentonarse ante Estados Unidos y endurecer su postura. Los informes que recibe de Almonte, en ocasiones, mal orientan la percepción mexicana, como cuando hacen creer que México puede contar con 2 500 000 esclavos y libertos, indios salvajes y abolicionistas en caso de guerra. Así alentados, Santa Anna y su ministro de Relaciones, José María Bocanegra, afirman que no consentirán el desmembramiento de México bajo ninguna circunstancia y giran instrucciones a Almonte de cerrar la legación en caso de que Washington pruebe la anexión.

El Departamento de Estado envía a Gilbert Thomson a México con facultades para negociar y explicar a Santa Anna que la intriga británica y la rivalidad política y comercial con los ingleses les obligaron a firmar el Tratado de Anexión; ofrece una indemnización —de 7 000 000, según informes del plenipotenciario británico— y, probablemente, le propone la adquisición de otros territorios. Santa Anna responde con una negativa e informa de los hechos al ministro inglés. Las palabras de apoyo del representante de Su Majestad Británica son suficientes para que el gobierno mexicano escriba al comisionado estadounidense una áspera nota, donde reclama por la ayuda de Washington a los texanos y advierte que la anexión significará la guerra.⁹

Pero Santa Anna también actúa por partida doble: mientras solicita al Congreso hombres y recursos para recuperar Texas, y el periódico *El Censor de Veracruz* —su vocero—, así como otros diarios, habla de una guerra a muerte con el país del norte, el presidente envía velados mensajes en los que insinúa que puede reconocer la autonomía texana si cesa la agitación expansionista estadounidense. Al parecer, Santa Anna busca un arreglo negociado, pero su retórica genera tal excitación y provoca tales expectativas de enfren-

8 El gobierno inglés no reclama el derecho de sus ciudadanos a participar en el comercio al menudeo, en virtud de que en muchas ciudades inglesas los extranjeros tampoco gozan de esa prerrogativa. Josefina Zoraida Vázquez, *La Gran Bretaña...*, p. 18.

9 David M. Pletcher, *La diplomacia...*, t. 1, p. 289.

tamiento que resulta difícil recular. Todavía en febrero de 1844, los ministros de Asuntos Exteriores de Inglaterra y Francia dan órdenes a sus plenipotenciarios de prevenir a Washington en contra de la anexión. La tardanza en el arribo de esas instrucciones permite que los representantes, al recibirlas, adviertan lo contraproducente que resultaría cumplirlas en ese momento, si el propósito es evitar la incorporación de Texas a la federación americana.

Persuadido de la imposibilidad de una reconquista, George Hamilton-Gordon, conde de Aberdeen, insiste ante el gobierno mexicano para que reconozca a su antigua provincia a cambio de una indemnización que se abonaría a la deuda inglesa. De esta manera no sólo se evita su anexión, sino que se preserva California.¹⁰ Sin noticias aún sobre la suerte del Tratado de Anexión —que se rechaza hasta junio—, el ministro inglés del Exterior concibe el plan de recurrir a un esfuerzo conjunto anglofrancés para garantizar la independencia y las fronteras de Texas.¹¹ Plantea el proyecto al representante mexicano, quien redacta un memorándum, pero señala dos condiciones: el reconocimiento de México a los texanos y la cooperación francesa.¹²

Al iniciar junio de 1844 —unos días antes de la derrota del Tratado de Anexión en Washington—, Aberdeen presenta la propuesta al representante de Texas y escribe a sus ministros en México y Washington. Al primero le señala que se trata de un acuerdo que involucra tanto a Texas como a México en garantizar la paz, respetar los linderos y la independencia; el arreglo da a Inglaterra y Francia el derecho a intervenir para decidir y prevenir violaciones, incluida la anexión de Texas a Estados Unidos. Antes de que el texto del acuerdo se envíe a Texas suceden dos cosas decisivas: por un lado, Aberdeen tiene conocimiento del rechazo al Tratado de Anexión y, por el otro, recibe un despacho de su ministro en Estados Unidos que lo hace tomar conciencia del “intenso nacionalismo y recelo respecto de Europa que entrañaba el asunto de Texas”; le recomienda esperar, pues si intenta sacar adelante el acuerdo diplomático, la Unión Americana se anexará Texas de inmediato.¹³ Sin duda

10 Josefina Zoraida Vázquez, *La Gran Bretaña...*, p. 24.

11 David Pletcher afirma que más que preocuparle la República de Texas, le inquieta la endeble *entente* anglofrancesa; Josefina Zoraida Vázquez, “El origen de la guerra...”, p. 296. Yucatán se separa de la federación mexicana en 1841 y tras un breve regreso, mantiene su autonomía hasta 1848.

12 La entrevista entre el conde de Aberdeen y el ministro mexicano Thomas Murphy tuvo lugar el 29 de mayo de 1844. Josefina Zoraida Vázquez, *La Gran Bretaña...*, p. 24.

13 David M. Pletcher, *La diplomacia de la anexión...*, t. 1, p. 298.

alguna, el espíritu de la doctrina Monroe, recalcitrante, campea entre los estadounidenses; sus temores al intervencionismo europeo parecen confirmarse con los esfuerzos de Gran Bretaña y Francia, sobre todo de la primera, para impedir la anexión. Pesa también el temor de que Texas, bajo la protección británica, suprima la esclavitud y se convierta en refugio de esclavos fugitivos. Aberdeen decide diferir los planes del acuerdo diplomático hasta conocer el resultado de las elecciones norteamericanas, decisión que complace a Francia, que tiene una larga lista de agravios contra México, amén del repunte de las tensiones anglofrancesas.

Al otro lado del Atlántico, los dirigentes texanos y mexicanos piensan que la propuesta del acuerdo diplomático sigue aún en pie debido, en parte, a las semanas que dilatan en llegar las comunicaciones. De nuevo, la respuesta inadecuada de Santa Anna trae consecuencias nocivas: por una parte, su anuncio de que reanudará la guerra contra Texas y fusilará a los prisioneros como traidores genera malestar entre las potencias europeas y, por la otra, anima a un acercamiento texano-americano, cuando el presidente Tyler asegura que tiene otros planes reservados para la anexión y envía tropas a la frontera de Luisiana y barcos de guerra al Golfo de México.

Los representantes de Londres y París no cejan en su esfuerzo de persuadir a Santa Anna de que extienda el reconocimiento a los texanos, pero su respuesta es tan insulsa que, cuando el ministro de Gran Bretaña, Charles Bankhead, le habla del proyecto de asegurar los límites entre México y la nueva república con base en una garantía anglofrancesa —asunto absolutamente confidencial—, Santa Anna se dispone a enviar el documento al Congreso para obtener recursos. Cuando Aberdeen tiene conocimiento de ello, monta en cólera y se desespera ante el hecho de que Santa Anna piense en una expedición a Texas y no entienda la necesidad de proteger California, sobre la cual los norteamericanos tienen puesta la mirada.¹⁴

En la ciudad de México las cosas no pintan bien en absoluto. El nuevo representante norteamericano, Wilson Shannon, llega con instrucciones de emplear “el lenguaje más fuerte” por la guerra que mantienen los mexicanos contra Texas, y de afirmar que ésta es “sumamente ofensiva para Estados Unidos”. Pronto se enfrenta con el novel ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Crescencio Rejón, y rompe relaciones. Pero eso no es todo, un pronunciamiento militar en contra de Santa Anna, encabezado por Mariano Pa-

14 Josefina Zoraida Vázquez, *La Gran Bretaña...*, p. 25.

redes y Arrillaga en noviembre de 1844, deriva en la llegada a la presidencia de José Joaquín Herrera. Cuando la situación aún está por definirse, los ministros de las potencias negocian su apoyo a Santa Anna a cambio de preferencias arancelarias, entre otros beneficios. Al plantear la necesidad de reconocer la independencia texana, Herrera divide a sus propios correligionarios: los moderados, que lo apoyan, y los liberales radicales, que se oponen bajo el argumento de que el reconocimiento estimulará la codicia norteamericana por California y Nuevo México.

Hacia fines de 1844, los texanos se debaten entre la independencia y la anexión. Los representantes de Inglaterra y de Estados Unidos, preocupados, escriben a sus respectivos gobiernos sobre la necesidad de actuar con prontitud para ganar Texas; pero es tarde ya. La elección de James K. Polk a fines de 1844, aunque cerrada, deja en claro que la mayoría de los votantes está a favor de la incorporación de la república vecina. En Washington, el presidente saliente y su secretario de Estado echan mano de la resolución conjunta del Congreso como fórmula para lograrla.¹⁵ La Cámara de Representantes adopta la resolución el 25 de enero de 1845 y el Senado hace lo propio el 27 de febrero. Juan Nepomuceno Almonte no tiene más que hacer; según sus instrucciones, pide sus cartas credenciales y cierra la legación, no sin antes presentar una protesta en nombre de su gobierno. Califica la anexión como el acto más injusto en los anales de la historia moderna, “cual es la agresión de despojar a una nación amiga, como México, de una parte considerable de su territorio” y afirma los derechos mexicanos sobre éste.¹⁶ En la ciudad de México, el ministro de Relaciones Exteriores redacta la protesta contra la incorporación de Texas a la Unión Americana. (Véase figura 8.)

La zozobra mexicana, la doble política de Polk y la misión de Slidell¹⁷

Interrumpidas las relaciones entre México y Estados Unidos, el gobierno mexicano se informa sobre lo ocurrido en la república vecina a través de su cónsul

15 El asunto se presenta como una cuestión doméstica, lo cual precisa únicamente de la resolución de la Cámara de Representantes que es aprobada por el Senado. Como tratado internacional requiere de la aprobación de dos tercios de los senadores.

16 Carlos Bosch García, *Historia de las relaciones...*, p. 72.

17 Este apartado se fundamenta en los textos: Carlos Bosch García, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos, 1819-1848*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985; James Morton Callahan, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, The MacMillan Company, 1932.

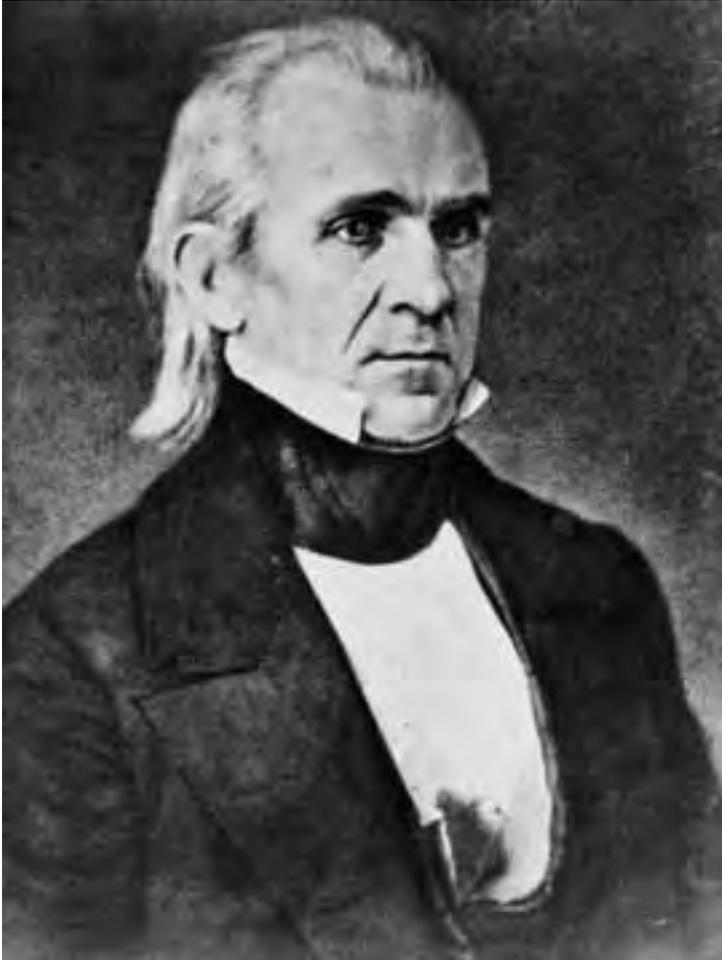


Figura 8. James Knox Polk, presidente de Estados Unidos (1844-1848).
"President James K. Polk, half-length portrait, seated, facing right". Retrato publicado
entre 1855 y 1865. Brady-Handy Collection, Library of Congress Prints
and Photographs Division, Washington.

en Nueva Orleans. Los rumores se multiplican: se habla de la prisa de Tyler por anexas Texas; de si esperará a que ésta declare la anexión; de las tropas que el Congreso enviará a la frontera con México; de las intrigas de los ingleses para que Texas se pronuncie en contra de la incorporación a la federación americana; de los senadores whigs antiesclavistas que no votarán a favor y de cómo el norte no deseaba favorecer la esclavitud.

En efecto, según se dice, no todos los norteamericanos apoyan la anexión; algunos la ven con desconfianza y, como lo hace John Quincy Adams, expresan con franqueza que Texas no pertenece a Estados Unidos. El ánimo anexionista, sin embargo, prevalece y el Congreso norteamericano, tras los debates en ambas cámaras, aprueba la incorporación de la antigua provincia mexicana a la federación el 28 de febrero de 1845.

La administración de Washington, pasado el nerviosismo de la votación, manda a México a William Parrott en calidad de agente confidencial para sondear la posibilidad de restablecer la relación entre los dos gobiernos. Las autoridades mexicanas, todavía pasmadas, muestran, por una parte, enorme indignación y, por la otra, gran pasividad. Pero, al margen de lo que el gobierno de José Joaquín Herrera se plantee, las reacciones públicas obstaculizan la búsqueda de un entendimiento con Estados Unidos. La antipatía mexicana hacia el país del norte, surgida a raíz de la independencia de Texas, aumenta con los rumores sobre otra revolución en California, cuyo fin es la anexión a la Unión Americana. El espíritu y el deseo de guerra —tal como informa Parrott a Washington y como se manifiesta en cartas enviadas a la redacción en varios diarios capitalinos—¹⁸ crecen entre buena parte de la población, aunque algunos lamentan que su gobierno no reconociera antes la independencia texana.

La atmósfera general en México es de zozobra. Corren versiones sobre los miles de soldados estadounidenses que se aprestan a lanzarse al país del sur en el momento de proclamarse las hostilidades y de las tropas que llegarán hasta la frontera para atacar Matamoros al estallar el conflicto. El clima enrarecido por los rumores exagera los ánimos en ambos lados del Bravo. Tanto es así, que los estadounidenses esperan que México declare la guerra inmediatamente después de proclamarse la anexión texana, el 4 de julio. El ánimo de los mexicanos fluctúa entre el optimismo —como cuando las autoridades hacen recuento de los 14 000 hombres que tiene el ejército y otros 6 000

18 Véase el libro de Jesús Velasco Márquez, *La guerra y la opinión pública, 1845-1848*, México, SEP, 1975.

más que están por incorporarse—, el desaliento y la confusión. Así, el gobierno mexicano oscila entre fijar un plazo a los residentes “enemigos” para salir del país, declarar la guerra o continuar la paz, según escribe el cónsul general norteamericano en la ciudad de México, John Black, al Departamento de Estado. La vacilación no es gratuita, el gobierno de México tiene presente el problema de la falta de recursos económicos, uno de los principales escollos que se presentan desde este momento y que se hace crítico cuando la guerra estalla.

Los mexicanos tienen, por una parte, la expectativa de que los conflictos angloamericanos se exacerbén y Estados Unidos enfoque sus baterías hacia Gran Bretaña y, por la otra, esperan contar con su apoyo o el de otra potencia europea. Los británicos, sin embargo, tienen sus propios problemas con la Unión Americana por Óregon y su intervención más activa, desarrollada antes de la anexión texana, ahora se limita a orientar al gobierno mexicano a través de su plenipotenciario. Francia, por su parte, no muestra disposición alguna de auxiliar a México,¹⁹ y los españoles tienen en marcha el proyecto de establecer una monarquía en su antigua colonia. Para el caso, da igual, pues las sospechas norteamericanas sobre británicos y franceses persisten y Polk sabe explotar ese temor.

A fines de agosto de 1845 la situación de México es agobiante, de manera que el presidente Herrera se muestra dispuesto a recibir a un comisionado estadounidense para llegar a un arreglo negociado con Estados Unidos sobre el problema de Texas, al cual considera el asunto principal. La disposición pacifista del gobierno, sin embargo, no es compartida con amplios sectores de la población, donde impera un ánimo belicoso, azuzado por los opositores y la prensa.²⁰

Las autoridades mexicanas demandan a Washington el retiro de la escuadra estadounidense de los puertos mexicanos para parlamentar. Inquierén cuándo se realizará el retiro, pregunta que da lugar a un malentendido, pues la Casa Blanca la interpreta como la aceptación del enviado.²¹ En su oficina,

19 Menos aún después del incidente con su ministro plenipotenciario, Alleye de Cyprey, de quien el gobierno mexicano pide el retiro. Guizot, empero, lo mantiene en México. David M. Pletcher, *La diplomacia de la anexión...*, p. 173.

20 Véase Jesús Velasco Márquez, *La guerra y la opinión...*

21 Al ver que México carece de recursos para hacer la guerra, Buchanan intenta un acercamiento y pide a Parrott asegurarse de que su gobierno está dispuesto a recibir a un comisionado; éste, dadas las circunstancias mexicanas, cree que gobierno y pueblo darán gustosos la bienvenida al comisionado. Bosch, *Historia de las relaciones...*, p. 78.

Polk proyecta la reanudación de relaciones con el país del sur y designa a John Slidell ministro plenipotenciario para negociar con Herrera. El conocimiento del español de Slidell, al igual que su carácter prudente y su cortesía, lo hacen idóneo para la misión. Sus instrucciones, redactadas el 10 de diciembre de 1845, tienen los siguientes objetivos centrales: la adquisición de Alta California y Nuevo México por una suma que va de 15 000 000 a 20 000 000 de dólares, de ser posible, o 40 000 000 si fuera necesario, un acuerdo sobre la frontera meridional texana²² y el arreglo de las reclamaciones. La cuestión de Texas —que los mexicanos consideran central— no se incluye, pues Polk la juzga como un hecho consumado.

No obstante el interés de dirimir pacíficamente los problemas con el vecino del sur, Estados Unidos juzga que la influencia de naciones extranjeras es el obstáculo mayor para llegar a un arreglo. Los informes del cónsul en la ciudad de México alimentan el recelo norteamericano hacia los británicos por el diferendo por Óregon. Éstos describen cómo el representante inglés está al corriente de todas las gestiones del gobierno de México con el de Washington; por su parte, los informes de Parrott y de Andrew J. Donelson, comisionado en Texas, insisten en la injerencia de Europa.

Así, receloso de la intromisión europea en cuestiones de seguridad y expansión norteamericanas, y con un claro proyecto de expansión en California, Polk pone en práctica la doble estrategia en México señalada: envía a Slidell para reanudar las relaciones y, sobre todo, a plantear la compra del territorio, por una parte, y, por la otra, se prepara para la guerra.

Entretanto en México, el jefe del Ejecutivo se debate ante la llegada de Slidell. Herrera siente la presión de sus adversarios y de la opinión pública y teme actuar sin el aval del Consejo de Gobierno y del Congreso. Tal vez movido por la misma presión, el primero objeta las credenciales de Slidell, quien llega como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, no obstante que las relaciones entre los dos gobiernos se habían suspendido a la salida de Shanon. El problema deriva de que Black no había indicado al Departamento de Estado que el gobierno mexicano restablecería relaciones sólo después de discutir el problema texano, y de que la Casa Blanca envía un representante con plenos poderes. Las autoridades mexicanas consideran que sólo después de que el asunto texano se resuelva será posible restablecer la relación y Slidell podrá ostentar sus credenciales de ministro extraordinario y plenipotenciario.

22 James Morton Callahan, *American Foreign Policy...*, p. 148.

En el fondo de esta actitud del gobierno de México está el temor a ser atacado por sus detractores, pues antes de que Slidell llegue a la ciudad le expresa al cónsul norteamericano la conveniencia de evitar el arribo de aquél a la capital y aun, si fuera posible, su desembarco. La presencia del funcionario le resulta en extremo comprometedor y teme que tenga resultados funestos para su permanencia en el poder, porque será acusado de traición por sus opositores. La nota del gobierno mexicano llega tarde a Black, pues Slidell está ya en camino a la capital.

El desaire a Slidell no pudo haberse hecho en peor momento. En México, el comandante del Ejército de Reserva, Paredes y Arrillaga —involucrado en una conspiración monarquista dirigida por el ministro español Salvador Bermúdez de Castro—, se pronuncia contra Herrera con el Plan de San Luis. En lugar de dirigirse hacia el norte para apoyar la defensa de la frontera ante el avance de Zachary Taylor, Paredes se enfila a la capital.

En la Unión Americana, la disposición para un arreglo diplomático con los mexicanos cede el paso al ánimo expansionista más agresivo, debido también a que las tensiones con los británicos por el asunto de Óregon llevan la relación a un punto muy delicado hacia fines de 1845. La influencia de los inmigrantes, tanto en Óregon como en California, incrementa las presiones expansionistas.²³ Justo en ese momento el periodista John O'Sullivan acuña la frase “destino manifiesto”, que expresa, mejor que ninguna, la ideología del expansionismo jacksoniano que afirma: “Como la nación del progreso humano, con el apoyo de la Providencia y una ‘clara conciencia sin mancha por el pasado’, Estados Unidos era obviamente imparable en su marcha hacia delante”.²⁴ Domina el ambiente un espíritu de romanticismo donde se exalta el sentimiento, la libertad individual, el sistema de autogobierno popular, la capacidad ilimitada del individuo de mejorar, elementos que constituyen la nueva fe nacional de la “Joven América”. Ralph Waldo Emerson habla de Estados Unidos como el país del futuro, de proyectos, de expectativas. Se ensalza, pues, la vitalidad y la juventud de la nueva nación.²⁵

23 David M. Pletcher, *La diplomacia de la anexión...*, t. 1, p. 406.

24 Anders Stephanson, *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of the Right*, Nueva York, Hill and Wang, 1995, p. 40.

25 Estas ideas fueron expuestas por Ralph Waldo Emerson en la publicación *The Young America*, en abril de 1844. *Apud* Robert W. Johannsen, “La joven América y la guerra con México”, *Historia Mexicana*, v. 47, n. 2, 1997, p. 261-284.

Slidell, no obstante su indignación, permanece en México en espera de los nuevos documentos, convencido del objetivo de paz de su misión. Hacia enero de 1846, se retira a Jalapa, desde donde expone a su gobierno que los representantes de la Gran Bretaña y de España son los responsables de las reticencias mexicanas y que la influencia de naciones europeas, sobre todo la inglesa, es la culpable de lo ocurrido. Informa sobre la exitosa revuelta encabezada por Paredes, que enarbolando el Plan de San Luis deponde al gobierno de Herrera. El movimiento acusa a Herrera de traidor, se opone a los propósitos del gobierno de evitar la guerra a través de una salida negociada y señala que la presencia de Slidell en México obedece a los designios de comprar la independencia de dicha nación.²⁶

Ante la negativa dada a Slidell, Washington se siente en libertad para actuar con mayor energía y responsabiliza a los mexicanos por su intransigencia y su odio. Sin embargo aún espera que México reconsidere y el norteamericano recibe órdenes de aprovechar cualquier oportunidad para emprender la negociación, si bien para ese momento Polk tiene situado al ejército en el Bravo y una escuadra en el Golfo de México. Hacia el mes de marzo de 1846, la situación permanece estancada, aunque el acercamiento anglo mexicano crece, al igual que la enemistad hacia Estados Unidos.

El 12 de marzo el general Paredes, al igual que su antecesor Herrera, responde a la propuesta norteamericana con una negativa. Slidell se convence de la imposibilidad de tratar con los mexicanos si no se castiga su conducta en forma ejemplar. Ese mismo día, desconocedor de lo que sucede en México, Polk escribe a su enviado y le ordena reiterar el ofrecimiento de arreglar los problemas económicos del gobierno a cambio de un ajuste satisfactorio de las fronteras. Empero, Slidell ya no recibe estas instrucciones, pues abandona el país antes de que lleguen a sus manos.

Antes, en una entrevista con el secretario de Relaciones Exteriores, Joaquín María del Castillo y Lanzas, Slidell sostiene que Estados Unidos no es responsable del problema de Texas, en tanto que México sí lo es por su plan de colonizar con norteamericanos. Afirma que creen haber hecho esfuerzos constantes para evitar la guerra, llegando incluso a enviar un representante con poderes para discutir todo cuanto hubiere pendiente entre las dos naciones.²⁷ En los comentarios finales, redactados a bordo del navío Misisipi el 2 de abril

26 James Morton Callahan, *American Foreign Policy...*, p. 153.

27 Carlos Bosch, *Historia de las relaciones...*, p. 84.

de 1846, Slidell recomienda a su gobierno preparar sus tropas y tenerlas dispuestas en el momento debido. La mayor dificultad de Paredes es, a decir del enviado, reunir un ejército que se enfrente a Taylor.

En la primera quincena de abril, Polk tiene conocimiento de que el gobierno mexicano se rehúsa a recibir a Slidell. Su gabinete aprueba que someta al Congreso un mensaje a favor de una *war-like action*, que por dos ocasiones fue prudentemente retrasada. Antes, se requiere conocer las nuevas sobre la salida de Slidell de México y esperar noticias de Inglaterra.

En síntesis: el clima previo al estallido de la guerra en México está dominado por rumores que atemorizan a la población, especialmente fronteriza, por el ánimo belicista azuzado por los periódicos y por los opositores al gobierno moderado. Éstos se valen de la disposición de Herrera de llegar a un acuerdo con Estados Unidos como arma en contra de la facción moderada. La administración, por su parte, se muestra indecisa y temerosa de emprender una negociación con Washington —tal como es su deseo— y de irritar a la oposición interna. Polk, por su parte, emplea la doble estrategia de buscar la adquisición de California a través de una negociación diplomática y de organizar todo lo necesario para una guerra. La primera fracasa, la segunda avanza.

Este proceso, al igual que la independencia texana, se enmarca en un contexto internacional que va más allá de los dos actores centrales: México y Estados Unidos. Se trata de un tablero multinacional en el cual los británicos, los españoles y los franceses juegan un papel aunque con un peso ciertamente distinto. Más importante es aún la percepción estadounidense de la amenaza británica —en el clímax de la disputa angloamericana por Óregon— y el uso que los expansionistas hacen de ella. Todo esto aderezado con un fervor nacionalista que O’Sullivan condensa en la frase “destino manifiesto”.

La reedición de Polk de la doctrina Monroe

James Polk pronuncia su discurso inaugural el 4 de marzo de 1845 en medio de una tormenta, “ante una gran asamblea de paraguas”, frente al Capitolio,²⁸ y en medio de un inusitado interés de los círculos políticos de Estados Unidos, México y las potencias europeas. El hecho de que su campaña electoral, a lo

28 Citado en Charles Francis Adams (ed.), *Memoirs of John Quincy Adams*, v. XII, p. 179, *apud* David M. Pletcher, *La diplomacia de la anexión...*, p. 236.

largo de dos años, esté llena de acusaciones contra la intervención extranjera, de que una de las banderas sea la “reocupación del Óregon” y la conquista de California y de que dichos argumentos contribuyan al triunfo, genera expectativas en el primer mensaje, pues mucha gente espera que se pronuncie sobre tales cuestiones. En efecto, los temas aparecen en el discurso con un carácter lo suficientemente provocador como para acrecentar la tensión con Gran Bretaña por Óregon, asunto que toma una dimensión alarmante en ese momento.

La sola idea de una intromisión europea en el continente americano despierta entre amplios sectores de la población —los expansionistas, sobre todo, y el presidente en primer término— una enorme susceptibilidad; los principios anticolonialistas y antiintervencionistas se ventilan en la prensa y en el Congreso de manera frecuente. En consecuencia, aunque el presidente modera el tono de su comunicación inaugural, arremete contra Europa en el primer mensaje anual al Congreso —el documento más importante emitido por su gobierno—, leído el 2 de diciembre de 1845.

El jefe de la Casa Blanca inicia su comunicación afirmando el orgullo por la anexión de Texas, a la cual considera un logro no imperialista, hecha sin derramar sangre. Lamenta los esfuerzos de los gobiernos europeos para comprometer a la República de la Estrella Solitaria a permanecer independiente como precio del reconocimiento mexicano y agrega que dichos gobiernos aprenderán de esa experiencia lo vano que resultan los artilugios diplomáticos y las intrigas en contra del sistema de autogobierno “que parece natural a nuestro suelo y que resistirá siempre la interferencia extranjera”.²⁹ Asevera que las monarquías quieren “frenar el desarrollo de la república [norteamericana]” y buscan establecer nuevos dominios coloniales en territorios contiguos a Estados Unidos, en clara alusión a Texas y Óregon y en referencia a Gran Bretaña y Francia. Atribuye sus intromisiones a la envidia de los monarcas a la “creciente grandeza” norteamericana.³⁰

No es la primera acusación de esta naturaleza de un presidente estadounidense. Antes, Tyler hace cargos a los británicos por entrometerse en Texas

29 En un temprano borrador de su comunicación inaugural, Polk declaró: “El título de propiedad norteamericana [sobre el Óregon] deberá hacerse valer por todos los medios constitucionales”. *Idem*. Tal vez influenciado por Calhoun y otros conciliadores, Polk reescribió, pulió su discurso y bajó el tono de su lenguaje sobre la región del Pacífico norte. David M. Pletcher, *La diplomacia de la anexión...*, p. 236, 306.

30 Fréderick Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano, 1843-1849*, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 17.

para eliminar la esclavitud y por planear su transformación en un satélite británico, argumentos que le sirven para justificar la anexión. Pero Polk acude a un recurso legitimador sumamente eficaz para sustentar su política anexionista: ratifica el mensaje de Monroe mediante una cita textual, dando así la impresión de que su gobierno hace frente a los antiguos problemas, basado en el espíritu de los padres fundadores. Sin embargo, las diferencias entre Monroe y Polk no son menores. Mientras el primero concibe su doctrina para todo el hemisferio, el segundo la circunscribe a Óregon, California y México, donde Estados Unidos tiene el mayor interés. Además, Polk adiciona el principio de impedir la ayuda y aun el asesoramiento de Europa a los gobiernos americanos independientes. Frèderick Merk, estudioso del tema, considera que la versión de Polk sobre el mensaje de Monroe alcanza una importancia capital en la historia norteamericana e influye sobre decisiones adoptadas hasta bien entrado el siglo XX.³¹

Polk afirma en su mensaje:

El pueblo norteamericano y todas las naciones saben muy bien que este gobierno jamás se ha inmiscuido en las relaciones existentes entre otros gobiernos. Jamás hemos participado en sus guerras o sus alianzas; no hemos buscado sus territorios mediante la conquista y aun convencidos de que nuestra forma de gobierno es la mejor, jamás hemos intentado propagarla. Tenemos el derecho de reclamar que este continente quede igualmente eximido de toda intervención europea.³²

Señala que el pueblo de Estados Unidos no puede permanecer indiferente ante los intentos de las potencias del Viejo Mundo de inmiscuirse en el continente americano para instaurar un equilibrio de poder, y que debe salvaguardar el principio de que los pueblos del hemisferio resuelvan su destino por sí solos. Si alguno de ellos decide unirse a la federación americana, afirma, la decisión debe ser competencia exclusiva de las dos partes, sin interferencia extranjera.

Asevera que se respetarán los derechos existentes de toda nación europea, pero que la seguridad y los intereses de la Unión Americana demandan

31 *Ibid.*, p. 18.

32 *A Compilation of the Messages and Papers of the Presidents, 1789-1897*, edición y notas de James D. Richardson, Washington, Government Printing Office, 1897, t. IV, p. 398-399.

que “la protección de sus leyes se extienda sobre todo su territorio”. Agrega: “en el futuro no se podrá implantar ni establecer con nuestro consentimiento en ninguna parte del continente norteamericano colonia o dominio europeo alguno”.³³

En relación con México, Polk informa de la ruptura, las proclamas amenazantes y los movimientos de tropas mexicanas. Afirma que, como una medida precautoria, situó un escuadrón en el Golfo de México y una fuerza militar en la frontera. Ordena no cometer ningún acto de hostilidad, a menos que los mexicanos declaren la guerra o sean los agresores al disparar el primer tiro. Repasa la historia de las reclamaciones norteamericanas en contra de México e informa al Congreso de la misión especial de Slidell. Recomienda, por lo pronto, esperar a las noticias del enviado antes de emprender cualquier acción. Si bien la advertencia suena sensata, la presencia de tropas en la frontera y de la escuadra norteamericana en los puertos del Pacífico y del Golfo hace pensar en la frase que caracteriza la política de Polk, quien mantenía “la rama de olivo en una mano y la espada en la otra”.³⁴

Prolegómenos a la guerra

A mediados de 1845, la política de Washington hacia México es —según se advierte— realista y pragmática; combina la negociación y los preparativos para la contienda. Así se explica que, entre junio y julio de 1845, el secretario de Guerra, George Bancroft, gire instrucciones a los comodores John D. Sloat, de la flota en el Pacífico, y a David Conner, de la flota del golfo, sobre la política del presidente de asegurar un arreglo pacífico con México y que mande evitar cualquier acto de agresión, cuando apenas unas semanas antes, en mayo, había ordenado a Taylor “en previsión de un apremio, si fuera necesario, [...] atravesar el Sabina para proteger Texas”; a Conner, apoderarse de Tampico y de San Juan de Ulúa en Veracruz, y a Sloat tomar la Bahía de San Francisco y otros puertos del Pacífico, en caso de guerra.

El hecho de que Washington tome todas las provisiones necesarias para una conflagración no implica que no abrigue el deseo de adquirir California sin recurrir a la guerra y de asegurarse la cooperación y buena voluntad de los

33 *Idem.*

34 Véase Dean B. Mahin, *Olive Branch and Sword. The United States and Mexico, 1845-1848*, North Carolina, McFarlan, 1997.

californios, con la esperanza de que ellos resistan cualquier intento de transferir la deseada provincia a Inglaterra o a Francia. Las instrucciones que James Buchanan envía a Thomas O. Larkin, tras designarlo agente confidencial el 17 de octubre de 1845, apuntan en este sentido. Una copia de ellas se hace llegar a John C. Frémont, personaje ligado estrechamente con expansionistas reconocidos, quien comanda las expediciones para encontrar la mejor ruta hacia Óregon.³⁵

En junio de 1845, Frémont inicia la tercera expedición ordenada por su gobierno más allá de las Rocallosas con un grupo de geógrafos militares. Llega al fuerte Sutter en enero de 1846. En el ínterin de esta expedición, Washington envía a John Slidell a México con el fin de adquirir California y Nuevo México y de arreglar por la vía diplomática otros problemas pendientes.³⁶ Ya en California, Frémont trata de obtener el consentimiento de las autoridades mexicanas para recorrer los establecimientos de los colonos norteamericanos y, acompañado de Larkin, visita al prefecto, el general Castro, a quien le explica el propósito de su gobierno de inspeccionar la región, con fines científicos y comerciales, para determinar la mejor la ruta al Pacífico. Castro no pone objeción alguna; Frémont continúa su camino y se reúne con sus hombres cerca de San José. Pero el 5 de marzo las autoridades mexicanas, temerosas, dan marcha atrás y le ordenan retirarse al norte. Frémont se rehúsa a obedecer y comienza a construir un fuerte en la cima del Pico del Gavilán, casi a la vista de Monterrey, causando nerviosismo entre los pobladores. A poco, amenazado por una fuerza superior de mexicanos, retrocede y llega al fuerte Sutter el 21 de marzo. Da ahí se dirige a Óregon, donde, el 9 de mayo, lo alcanza Gillespie, procedente de Mazatlán. Al parecer, Frémont recibe de manos de éste un mensaje secreto de Washington sobre la conveniencia de aplicar la doctrina Monroe en California.³⁷ Frémont regresa con Gillespie a Sacramento, al norte del fuerte Sutter, desde donde, aparentemente, se dispone a regresar

35 John C. Frémont, nativo de Georgia, obtiene su nombramiento como oficial de los cuerpos de ingenieros topógrafos de Estados Unidos gracias a la influencia de Joel Poinsett. Después de su matrimonio, en 1842, con una hija del senador Thomas H. Benton, conocido por su expansionismo, se le designa para encabezar comandar una serie de expediciones para manejar las comunicaciones con Óregon.

36 Véase el apartado sobre la misión de Slidell, p. 209.

37 Sobre la versión de Polk de la doctrina Monroe, véase el apartado “La reedición de Polk de la doctrina Monroe”.

a casa. El campamento de colonos vive momentos agitados en medio de alarmantes rumores sobre los preparativos de un ataque de tropas mexicanas.³⁸ Lo que Frémont dice a los colonos y hace en el campamento permanece incierto, pero es suficiente para terminar de desatar una revuelta en contra de las autoridades locales.³⁹ Es posible que dejara entrever a sus paisanos que tenía el apoyo del gobierno de Washington. Así, el 10 de junio, comienza la acción hostil de los colonos contra el prefecto Castro. Los rebeldes toman después el pueblo de Sonoma, apresan a varios pobladores del lugar y proclaman la República de California, simbolizada por una bandera con un oso. Frémont se une a la fuerza insurgente el 23 de junio y hacia el 4 de julio planea conquistar toda California.

La revuelta de la Bandera del Oso es objeto de polémica. Quienes la defienden sostienen que rescata a California de los británicos en tanto que las fuerzas regulares americanas pudieran apoyarse en la guerra para justificar la ocupación formal; sus detractores señalan que complica la ocupación al poner a los residentes nativos en contra de los intrusos revoltosos. Al margen de estas posturas, queda claro que detrás de la guerra hay muchas acciones que escapan al control de Washington y que revelan el ímpetu anexionista impaciente de los colonos.

El ánimo inquieto de los rebeldes contrasta con la parsimonia del comodoro Sloat, quien hasta el mes de junio permanece en Mazatlán al considerar que las noticias provenientes de Río Grande no justifican la ocupación de cualquier porción de California, según las instrucciones del 24 de junio de 1845, pues ninguna de las partes ha declarado la guerra. Es hasta que tiene conocimiento del bloqueo norteamericano a Veracruz que Sloat navega hacia Monterrey, puerto que ocupa el 7 de julio mediante el desembarco de 250 hombres que izan la bandera norteamericana y proclaman la anexión de California a Estados Unidos.

Las campañas militares norteamericanas

El gobierno mexicano de José Joaquín Herrera había procurado evitar la guerra, lo cual —en medio del clima belicista que priva en el país— afecta

38 Castro, en realidad, hace planes para atacar al gobernador Pío Pico en Los Ángeles.

39 David M. Pletcher, *La diplomacia de la anexión...*, p. 431.

su imagen pública e incide en su caída a fines de 1845. En ese momento, las fuerzas mexicanas situadas en la frontera no suman más de 1 300 hombres mal armados, sin instrucción militar y con altos mandos dedicados a otros menesteres más de su agrado, como la política. La caballería y la artillería, antes afamadas, resienten los efectos de los magros recursos presupuestales que tienen destinados. La situación interna mexicana no favorece los preparativos para la defensa. En diciembre de 1845, el general Mariano Paredes y Arrillaga, enviado para reforzar los bastiones del norte, se levanta contra el gobierno, pues está involucrado, según se ha señalado, en una conspiración monarquista.

Entretanto, hacia enero de 1846, las fuerzas estadounidenses se dirigen al Bravo en espera del incidente que justifique la guerra. Éste tiene lugar el 25 de abril cuando —según dudosos informes— los soldados mexicanos que patrullan la zona del río disparan contra una unidad de soldados norteamericanos. El incidente es capitalizado por Polk, quien presenta a México como el agresor. El 13 de mayo de 1846, el Congreso norteamericano declara el estado de guerra. Los resultados de la votación no dejan lugar a dudas: cuarenta votos a favor y dos en contra en la Cámara de Senadores, mientras que la de Representantes se pronuncia con 174 a favor y 14 en contra. Los ejércitos de los dos países vecinos se enfrentan durante más de veinte meses. El mexicano compuesto por alrededor de 23 000 soldados; el estadounidense por 45 000.⁴⁰

La idea de ir a la guerra con México despierta en Estados Unidos entusiasmo y repudio. Éste proviene no sólo de la oposición de congresistas —Thomas Corwin, de Ohio, ejemplifica esta postura— y de personajes como Abraham Lincoln, entonces representante de Illinois en el Congreso, de los estadistas Henry Clay y Daniel Webster, del filósofo Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau —famoso por su propuesta de resistencia civil—, sino de sectores de la población de distintas entidades: Kentucky, Ohio, Carolina del Sur o de algunos grupos de obreros que expresan su descontento en diversas publicaciones.⁴¹ Empero, nada de esto evita el estallido de la guerra, ni el apoyo del Congreso para otorgar las asignaciones presupuestales o autorizar

40 Krystina Libura, Luis Gerardo Morales Moreno y Jesús Velasco Márquez, *Ecos de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Ediciones Tecolote, 2004, p. 79.

41 Véase más adelante el apartado “La disidencia norteamericana ante la conflagración”.

el reclutamiento. Taylor, quien había salido de Corpus Christi, se dirige a Matamoros en la desembocadura del Bravo; de ahí sigue a Camargo, Monterrey y Saltillo, donde se le unen las fuerzas del general John E. Wool. En sucesivos enfrentamientos aquél derrota a los mexicanos en Palo Alto, Resaca de la Palma (Mariano Arista), Monterrey y La Angostura (Santa Anna). La reputación de Taylor va en aumento, lo cual —a la postre— lo enemista con el presidente Polk. (Véanse figuras 9 y 11.)

En tanto que el objetivo norteamericano es California y, por consecuencia, Nuevo México, la campaña para obtenerla se hizo por dos flancos: el marítimo y el terrestre. Por tierra, la campaña, comandada por Stephen Kearny y Alexander W. Doniphan, sale de Misuri hacia el oeste, siguiendo la ruta comercial, llega y ocupa Santa Fe. El primero se dirige después a California. Entretanto, por mar, la flota situada en el Pacífico —al mando de Sloat primero, y luego de Robert F. Stockton— toma San Francisco y el puerto de Monterrey en primer término; Guaymas y Mazatlán, en segundo. Al despuntar el año de 1847 el norte de México había caído. De manera simultánea, las naves del golfo bloquean las radas mexicanas.

El infortunio mexicano se agrava con las pugnas internas; meses atrás, en agosto de 1846, los federalistas deponen a Paredes y Arrillaga y logran el regreso de Santa Anna, procedente de Cuba. Éste deja a Valentín Gómez Farías al frente del gobierno en tanto organiza la resistencia. Por otra parte, la situación del erario mexicano es apremiante, pues, carente de recursos, se encuentra más imposibilitado aún para organizar la defensa. El Congreso, para solventar la situación, decreta la venta de propiedades eclesiásticas, medida calculada para reunir un capital de 15 000 000 de pesos. En respuesta, los liberales moderados —opuestos a Gómez Farías y patrocinados por la Iglesia— inician la rebelión de los Polkos, mientras en Coahuila, muy cerca de Saltillo, se libra la Batalla de la Angostura (22-23 de febrero de 1847). El levantamiento termina al derogarse el decreto de venta de los bienes de la Iglesia; ésta otorga un préstamo al gobierno y el Congreso se arroga el derecho de ser el único facultado para pactar la paz.

Washington, en el ínterin, espera que después de la toma de Veracruz, tras las contundentes victorias en el norte, México se rinda. Al no suceder así, Scott se dispone a avanzar hacia la ciudad de México. (Véase figura 12.)



Figura 9. Retrato de Mariano Arista, en <latinoamericanstudies.org/mariano-arista.htm>.



Figura 10. Pedro Ampudia, Litografía de P. Ross y Thomas, en *Justo Sierra, México, su evolución social*, México, J. Balleescá y Compañía Editor, 1900, t. I, p. 212. Archivo General de la Nación.



Figura 11. Antonio López de Santa Anna, ca. 1847. LC-USZ62-21276 (b&w film copy neg.). Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D.C., 20540 USA. <hdl.loc.gov/loc.pnp/cph.3a22346>.



Figura 12. Desembarco de las fuerzas norteamericanas bajo el mando del general Scott en Veracruz, el 9 de marzo de 1847, Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D.C.

La guerra en las entidades

La guerra contra Estados Unidos, además de potenciar la confrontación entre los grupos de poder a nivel nacional, afecta a cada una de las entidades del país, si bien de forma distinta. Su respuesta ante el conflicto también es desigual. La participación está condicionada por las disputas políticas internas, por los intereses regionales y por la presencia o no de tropas estadounidenses en su territorio. Mientras algunos estados del norte de la República padecen la ocupación de las fuerzas extranjeras durante todo el conflicto, otras sólo observan desde lejos los enfrentamientos y el avance de los norteamericanos rumbo a la ciudad de México. Si algunas entidades se muestran decididas a hacer frente al enemigo extranjero, otras ven en la guerra una oportunidad para conseguir sus intereses y otras más deciden no oponerse al adversario.

El norte de la República es la región que primero enfrenta al ejército norteamericano. En Tamaulipas tienen lugar las primeras batallas y las primeras derrotas de las fuerzas mexicanas en Palo Alto y Resaca de Guerrero, en mayo de 1846. A Alta California llega la flota estadounidense en julio, integrada por siete barcos de guerra y 4 000 efectivos, los que ocupan fácilmente algunas poblaciones, entre ellas Los Ángeles. Sin embargo, la oposición de los californios a la invasión se extiende por todo el departamento.⁴² Las autoridades civiles y militares de la entidad organizan las fuerzas de resistencia. Bajo el liderazgo de José Antonio Carrillo y Andrés Pico se crean escuadrones de milicianos que se alzan con algunas victorias. Tras varias derrotas, los californios tienen que abandonar la lucha, ya que las fuerzas navales opositoras, combinadas con la columna al mando de Stephen Watts Kearny, resultan superiores en número y armamento a los voluntarios mexicanos. Éstos firman una capitulación en enero de 1847 y esperan a que el resultado de la guerra decida el futuro del departamento.⁴³ (Véase figura 13.)

La población de Chihuahua también participa de forma activa en la defensa. La entidad —“políticamente apaciguada”⁴⁴ después de que los auto-

42 Citado por Antonio Ríos Bustamante, “La resistencia popular en Alta California durante la guerra entre México y Estados Unidos”, en Laura Herrera Serna (coord.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales*, México, Museo Nacional de las Intervenciones/Conaculta, 1997, p. 120.

43 *Ibid.*, p. 124.

44 Luis Jáuregui, “Chihuahua en la tormenta, su situación política durante la guerra con los Estados Unidos, septiembre de 1846-julio de 1848”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, México, FCE, 1997, p. 139-140.



Figura 13. Detalle de *Batalla de Palo Alto*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

denominados “liberales” derrotan a sus adversarios locales y se restablece el federalismo— se opone al ejército norteamericano bajo la dirección del gobernador, el influyente hacendado Ángel Trías. Éste organiza el adiestramiento de los voluntarios de la guardia nacional, ordena la fundición de cañones y reúne fondos mediante préstamos de particulares al gobierno local.⁴⁵ Ante la imposibilidad del gobierno nacional de apoyar la defensa de Chihuahua, sus habitantes tienen que hacer frente a la invasión con sus recursos y echando mano de las rentas federales, lo que por momentos tensa las relaciones con el gobierno nacional. Las tropas chihuahuenses son derrotadas y el general Alexander Doniphan ocupa la ciudad de Chihuahua de marzo a mayo de 1847, tras lo cual el gobierno del estado regresa a la normalidad.⁴⁶ En la primavera de 1848, Chihuahua y Trías vuelven a oponer resistencia a las fuerzas estadounidenses, esta vez al mando de Sterling Price, aunque también con mala fortuna.⁴⁷

45 Jesús Vargas, “La resistencia del pueblo de Chihuahua ante la invasión norteamericana”, en Laura Herrera (coord.), *México en guerra...*, p. 172-173; Luis Jáuregui, “Chihuahua en la tormenta...”, p. 142.

46 Luis Jáuregui, “Chihuahua en la tormenta...”, p. 150-151.

47 Respecto al incidente que genera la invasión, después de firmarse la paz, véase *ibid.*, p. 153.

No en todas las entidades el liderazgo es tan claro, ni las disputas locales están tan resueltas. Por el contrario, la mayoría de los gobernadores mantiene relaciones difíciles con las legislaturas o con los mandos militares. El retorno al federalismo, en agosto de 1846, evidencia aún más la oposición entre liberales radicales y moderados. Después del gobierno centralista de Mariano Paredes y Arillaga, los federalistas radicales obtienen casi todas las gubernaturas y deciden consolidar su influencia a través de las legislaturas. En el segundo semestre de 1846, los radicales están más interesados en garantizar la permanencia de ese sistema de gobierno que en emprender la defensa frente al enemigo extranjero. El gobernador del Estado de México, Francisco Modesto Olaguíbel, señala claramente, en noviembre de 1846, que los objetivos más importantes de su gobierno son mantener la independencia y soberanía del estado, la elección constitucional de gobernador y la convocatoria para un Congreso constituyente local.⁴⁸

Las elecciones para definir gobernadores y diputados, tanto para el Congreso de la Unión como para los congresos locales, desvían la atención del asunto de la defensa. En algunas entidades, los radicales logran el control de los congresos pero en otras los moderados tienen ahí una fuerte representación, lo que propicia conflictos entre el Legislativo y el Ejecutivo, y dificulta más la tarea de aquellos gobernadores decididos a participar en la defensa nacional. En Zacatecas, la buena comunicación inicial entre los dos poderes termina a causa de sus posiciones sobre el apoyo al gobierno nacional.⁴⁹

Gobernadores federalistas radicales como los de Zacatecas, Guanajuato, Michoacán o el Estado de México retoman los conceptos de soberanía e independencia de la entidad. La formalidad que exigen en la comunicación con el gobierno federal entorpece la movilización de los recursos, pues otorgan gran importancia a guardar el “honor” y la “dignidad” del estado frente a las presiones de la ciudad de México. Así, en 1847, Olaguíbel prohíbe a los prefectos obedecer toda orden de la federación que no reciba primero su autorización. No obstante este gesto, el gobierno mexiquense remite aportaciones económicas al gobierno nacional para el esfuerzo defensivo y envía reempla-

48 María del Carmen Salinas Sandoval, “El Estado de México durante la guerra México-Estados Unidos, 1846-1848”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo de su guerra...*, p. 216.

49 Mercedes de Vega, “Puros y moderados: un obstáculo para la defensa nacional. Zacatecas: 1846-1848”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo de su guerra...*, p. 635.

zos para el ejército, compuesto por los convictos de vagancia.⁵⁰ Lo mismo hacen los gobernadores de Guanajuato, Jalisco y Michoacán.⁵¹

Caso extremo es el de Zacatecas, donde los primeros llamados de auxilio del gobierno nacional ante la inminencia de la guerra son desoídos por los viejos conflictos entre la asamblea departamental y el gobernador, y cuando el federalista radical Manuel González Cosío ocupa la gubernatura declara que si la ubicación geográfica del estado fuera limítrofe ya habría proclamado la independencia y aun la unión a Estados Unidos.⁵² Si bien las autoridades locales se niegan a apoyar al gobierno y al ejército nacional, de abril a septiembre de 1847, remiten puntualmente el contingente monetario, mas no las contribuciones extraordinarias.

No obstante que las autoridades estatales envían recursos para el sostenimiento de la guerra, se enfrentan con el Ministerio de Guerra por la guardia nacional, cuerpos de milicianos que deben garantizar la seguridad y la “soberanía” de las entidades y símbolo del federalismo. Están al mando del gobierno local y requieren, para salir de la entidad, de la autorización de la legislatura. Ésta se las niega, al declarar anticonstitucional el decreto que pone a la guardia bajo el mando del ejército regular.⁵³ El gobernador de Guanajuato, el federalista radical Manuel Doblado, deja en claro que tales cuerpos sólo deben emplearse en defender a la entidad de una invasión extranjera.⁵⁴ Doblado, Melchor Ocampo y Olaguibel están dispuestos a aportar recursos, siempre que no se ponga en peligro la seguridad y la estabilidad de sus jurisdicciones. La retórica de los políticos busca provocar el fervor patrio pero, paralelamente, da prioridad a la defensa de la entidad, identificándola con la defensa de la nación, tanto en la práctica como en el discurso: defender el estado es defender a México. Por lo tanto, es indispensable mantener la libertad y la soberanía de los estados que no estén ocupados por el enemigo. Los federalistas radicales sostienen que

50 María del Carmen Salinas, “El Estado de México...”, p. 217, 218.

51 Michoacán fue muy eficiente en el alistamiento, pues remite cientos de reemplazos. Juan Ortiz Escamilla, “Michoacán: federalismo e intervención norteamericana”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo de su guerra...*, p. 321.

52 Citado en Mercedes de Vega, “Puros y moderados...”, p. 616-1617.

53 José Antonio Serrano, “Hacienda y guerra. Elites políticas y gobierno nacional: Guanajuato, 1835-1847”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo de su guerra...*, p. 259.

54 José Arturo Salazar García, “Guanajuato durante la guerra de 1846-1848”, en Laura Herrera Serna (coord.), *México en guerra...*, p. 308.

luchar por el federalismo es tan importante como enfrentar al enemigo extranjero, pues de eso depende su autonomía y el resguardo de sus intereses políticos y económicos.

Tras la derrota de Santa Anna en la batalla de La Angostura, los estados se preocupan más por la seguridad de sus territorios y por fortalecer a la guardia nacional, a la que canalizan cada vez más recursos humanos y materiales. La maniobra limita el acceso del gobierno general a éstos y el ejército, acorde con la tradición, llena sus filas con la leva de indígenas, campesinos y vagos.⁵⁵ Así, estados que habían apoyado al gobierno nacional en forma constante, como Guanajuato y Michoacán, se niegan a poner sus milicias bajo el mando del ejército. El Estado de México sólo contribuye con el Ministerio de Guerra con una sección que Olaguíbel dirige personalmente durante las acciones en la ciudad de México.⁵⁶

Conforme el conflicto se prolonga y las derrotas mexicanas se acumulan, se promueven iniciativas para formar una coalición de estados.⁵⁷ Estas propuestas equivalen a establecer un nuevo centro de autoridad y una coordinación entre entidades que excluya al gobierno federal de las decisiones de defensa. Las entidades que las fomentan priorizan las alianzas entre entidades por encima de los acuerdos con el gobierno nacional, en cuyas autoridades se ha perdido toda confianza. La debilidad del gobierno federal —residente en la capital, aspecto que no dejan de señalar—, incapaz de dar elementos de defensa ante una invasión extranjera, aunada a los malos resultados del ejército, sirve de justificación para que los estados busquen un nuevo centro de unión que garantice su seguridad.⁵⁸ Estiman que así se aseguran los derechos de la nación y que el eclipse del gobierno central, “simple apoderado de los estados”, no implica la desaparición de la federación mexicana, ya que otros de sus miembros que mantienen su libertad y soberanía pueden volver a unirse en otra República Federal de México.⁵⁹ Tales consideraciones resultan muy útiles al momento en que el ejército norteamericano toma la ciudad de México y varios estados, entre ellos Jalisco y Michoacán, reasumen su soberanía.

55 Juan Ortiz Escamilla, “Michoacán...”, p. 321.

56 María del Carmen Salinas, “El Estado de México...”, p. 226.

57 Tomás Calvillo y María Isabel Monroy, “Entre regionalismo y federalismo: San Luis Potosí, 1846-1848”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo de su guerra...*, p. 431.

58 *Ibid.*, p. 431, 432.

59 Como lo indica Melchor Ocampo, en Juan Ortiz Escamilla, “Michoacán...”, p. 318-320.

Pero la intención de formar una coalición existe desde el inicio de la guerra y se concreta ante la posibilidad de que el federalismo desaparezca. En febrero de 1847, tras la revuelta de los moderados en contra del gobierno radical liderado por Valentín Gómez Farías, Jalisco convoca a una reunión para defender las instituciones federales y Zacatecas, que había limitado su participación al mínimo en la lucha contra los norteamericanos, pone dinero y a la guardia nacional a disposición de la defensa del federalismo. La asamblea se realiza en mayo de 1847 en la ciudad de Lagos y asisten representantes del Estado de México, Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas, quienes contemplan la planeación de maniobras defensivas conjuntas ante un posible ataque del ejército estadounidense, y acuerdan que la coalición será la depositaria de la voluntad de las entidades si el Congreso de la Unión no sesiona en libertad. Al suspenderse las sesiones del Congreso, la coalición convoca a los estados no ocupados a formar un nuevo cuerpo legislativo, mientras Jalisco interrumpe las remesas al gobierno federal. Tras la caída de la ciudad de México, la coalición está dispuesta a asumir los poderes generales en tanto el Congreso nacional se reúne en Querétaro, pero la salida de los comisionados de Zacatecas de la ciudad de Lagos, que desconocen al gobierno interino del moderado Manuel de la Peña, desarticula al grupo y los temores de que esos estados pudieran, en cualquier momento, desconocer a las autoridades nacionales terminan.⁶⁰

El avance hacia la capital y la misión del comisionado Nicholas P. Trist

La rendición de San Juan de Ulúa en marzo de 1847 representa, a los ojos de Washington, la antesala de la victoria norteamericana. El secretario de Estado, James Buchanan, nombra a Nicholas P. Trist comisionado de paz ante el gobierno mexicano (15 de abril de 1847). Sin embargo el término de la guerra está distante aún. Los ejércitos de ambos países libran todavía muchas batallas más antes de acordar el fin de las hostilidades. Por lo pronto, las fuerzas al mando del general Winfield Scott derrotan al ejército comandado por Santa Anna en Cerro Gordo y, hacia finales de julio, los norteamericanos se apres-

60 Angélica Peregrina, “Visión de los jaliscienses en torno a la guerra de intervención norteamericana”, en Laura Herrera (coord.), *México en guerra...*, p. 385, y Mercedes de Vega, “Puros y moderados...”, p. 616-644.

tan a avanzar desde Perote hacia la ciudad de México, con un contingente de 8 550 hombres que, según la estimación del comisionado norteamericano, dominará con facilidad a los 30 000 mexicanos que se congregan en la capital y sus alrededores.⁶¹ (Véase figura 14.)

Desde mediados de mayo, William J. Worth había ocupado Puebla sin enfrentar resistencia. En ese momento, una junta de generales mexicanos decide concentrar a toda la tropa para defender la capital, a donde se dirige Santa Anna. Éste, que ha asumido nuevamente la primera magistratura, prepara la defensa de la ciudad a pesar del desánimo que impera y de que el Congreso ha privado al Ejecutivo de la facultad de convenir la paz.⁶²

Después del intento de Scott de sobornar a Santa Anna para acabar con la lucha, las fuerzas estadounidenses continúan su marcha hacia la ciudad de México. El 16 de agosto, una parte de las tropas se encuentra frente a Tlalpan en tanto que la otra avanza a San Ángel. El general Gabriel Valencia recibe órdenes de retirarse a Coyoacán pero, sabedor de que los norteamericanos se enfilan a Padierna, desobedece y resiste el ataque en esta posición. Santa Anna, quien se halla en San Ángel, no lo auxilia. Alamán, desde su casa de la Ribera de San Cosme, es testigo de la entrada de los norteamericanos y contempla algunos combates con vergüenza y humillación.⁶³ El 20, la derrota de la tropa mexicana es contundente. Justo ese día tiene lugar la batalla en el ex convento de Churubusco, donde los mexicanos al mando de Pedro María Anaya y Manuel Rincón oponen al enemigo tenaz resistencia con el apoyo de los irlandeses integrantes del batallón de San Patricio, a quienes se les toma prisioneros, se les pasa por las armas o se les marca en la mejilla con la “D” de desertor. (Véanse figuras 15 y 16.)

Después de la ocupación de Churubusco se concerta un armisticio; comisionados de ambos países acuerdan el cese de hostilidades y convienen reunirse para entablar las negociaciones que pongan fin a la conflagración.

61 Trist a Buchanan. Puebla, 23 de julio de 1847, en NAW, *Despatches*, v. 14, rollo 15. La información que sustenta este apartado proviene de: EUA, The National Archives, Records of the Department of State, MP (ms) (en adelante NAW), *Despatches from the United States Ministres to Mexico 1823-1906*, v. 13, rollo 14 y v. 14, rollo 15; Carlos Bosch García, *Documentos de la relación entre México y Estados Unidos. De las reclamaciones, la guerra y la paz (1 de diciembre de 1843-22 de diciembre de 1848)*, México, UNAM, IIH, v. IV; del mismo autor, *Historia de las relaciones...*

62 Josefina Zoraida Vázquez, *La intervención norteamericana, 1846-1848*, México, SRE, 1997, p. 95-96.

63 Moisés González Navarro, *El pensamiento político de Lucas Alamán*, México, Colmex, 1952, p. 20.



Figura 14. Nicholas Philip Trist, imagen publicada entre 1855 y 1865, Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington.



Figura 15. Retrato de Pedro María Anaya, de A. Núñez, óleo sobre tela, siglo XIX. Museo Nacional de las Intervenciones, ex Convento de Churubusco, ciudad de México.



Figura 16. *Batalla de Churubusco* (1847), Bernard F. Reilly, *American Political Prints, 1766-1876*, Boston, G. K. Hall, 1991. Caricatura que muestra a Scott persiguiendo a Santa Anna con un humeante plato de sopa. Library of Congress.

Comienza entonces la tarea de Nicholas P. Trist. Su misión es de carácter confidencial; el secretario de Estado lo ha dotado de los poderes suficientes para establecer la paz con México y de presentar un proyecto de tratado consistente en once cláusulas.⁶⁴ Las instrucciones de Buchanan a Trist son relativamente flexibles, pues prevén soluciones alternas en caso de que los mexicanos no estén dispuestos a hacer todas las concesiones deseadas. (Véase figura 17.)

De acuerdo con las disposiciones, Trist ofrece 30 000 000 de dólares por el derecho de tránsito a través de Tehuantepec, además de Nuevo México y las Californias. Sin embargo, la negociación no debe romperse si sólo es posible adquirir Nuevo México y Alta California, en cuyo caso el pago puede oscilar entre 15 000 000 y 20 000 000. Si México cede las dos provincias y el derecho de tránsito por Tehuantepec, se autoriza a pagar 25 000 000, e igual suma si México cede las dos Californias y Nuevo México, aun sin Tehuantepec. En resumen, la entrega de Baja California y la cesión de derechos de tránsito por Tehuantepec pueden someterse a negociación, incluso es posible prescindir de ellas, pero la cesión de Nuevo México y Alta California por una cantidad no mayor a los 20 000 000 de dólares se considera condición imprescindible para establecer un acuerdo.⁶⁵ Las cifras estipuladas se estiman como el máximo a ofrecer y Trist debe usar todas sus habilidades para pagar la menor posible. El gobierno de Washington interpreta estas sumas a modo de pago del territorio adquirido al modificar la frontera, y considera que los mexicanos deben pensar que la retribución sirve para compensar tanto el gasto que la guerra representa para Estados Unidos, como las reclamaciones que el gobierno norteamericano liquidará a sus ciudadanos.⁶⁶

Desde su llegada el 21 de mayo, Trist tiene graves diferencias con Scott, quien se niega a transmitir los despachos al gobierno de México a través de las líneas de fuego, perdiéndose un par de ocasiones propicias para lograr la paz. El comisionado debe valerse de los buenos oficios del ministro inglés Charles Bankhead, quien actúa como su intermediario con el gobierno mexicano. Este aspecto frustra la primera gestión, cuando México propone un armisticio para discutir las bases de la paz. Las autoridades mexicanas explican

64 James Buchanan, secretario de Estado de Estados Unidos, a Nicholas P. Trist, comisionado del gobierno estadounidense ante el de México. Washington, 15 de abril de 1847, en NAW, *Diplomatic Instructions, 1801-1906*, México, v. 16, rollo 112, 10 de noviembre de 1845-6 de abril de 1854.

65 *Idem.*

66 Carlos Bosch, *Historia de las relaciones...*, p. 88.



Figura 17. Detalle de *Batalla de Churubusco* (1847), por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

que “intentaban reservar los recursos y las fuerzas de los estados para consolidar al gobierno que firmara la paz, pues los partidos discrepaban en cuanto al arreglo pacífico”. Se llega al extremo de que el Congreso desconozca la mediación inglesa, pues puros y moderados prefieren que Estados Unidos decida. Scott no cree llegado el momento de negociar y prolonga la situación hasta el 21 de agosto, cuando desde Coyoacán convoca a Santa Anna a firmar un armisticio que permita sentarse a negociar. De inmediato, el gobierno mexicano acepta y nombra una comisión para reunirse con los estadounidenses.⁶⁷ La atmósfera política, según Trist, parece favorable y, hacia el 22 de agosto, se pronostica la posibilidad de un armisticio. Se teme, sin embargo, que durante éste surjan levantamientos que decidan a Scott a tomar la capital. (Véase figura 18.)

Tras una primera entrevista realizada en un clima comedido, en la que México recibe la propuesta norteamericana, tiene lugar una segunda reunión

⁶⁷ La comisión se integra por Ignacio Mora Villamil y Benito Quijano.



Figura 18. Winfield Scott, Gallery of Illustrious Americans, s/f, LC-USZ62-28017 (b&w film copy neg.). Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D. C., USA, <hdl.loc.gov/loc.pnp/cph.3a28800>.

donde se lleva a cabo la discusión. La propuesta de Trist, presentada a las puertas de la capital, después de la serie de victorias norteamericanas, gira en torno a tres puntos centrales: el establecimiento de una nueva frontera que deja bajo dominio norteamericano la franja entre el río Nueces y el Bravo, Nuevo México, Alta y Baja California, el arreglo de las reclamaciones y la cesión de derechos de tránsito por Tehuantepec. Los mexicanos plantean también el asunto de la restitución de las aduanas y los impuestos que estuvieran por cobrar al momento de firmarse el tratado y la devolución de las fortalezas. Aunque los comisionados mexicanos se inclinan en favor la paz, la cesión territorial genera diferencias.

Los comisionados de México —con base en un contraproyecto elaborado por el Consejo de Gobierno— se disponen a tratar sólo el asunto de Texas. El documento argumenta que, al ser su anexión el motivo de la guerra, las discusiones deben ceñirse a este asunto y a la indemnización por la pérdida de aquel territorio. Al acordarse el monto, el motivo de la guerra debía desaparecer. Por otro lado, se opone a la cesión del territorio entre el Nueces y el Bravo por considerarlo zona de seguridad, así como a la de Baja California que resulta comprometedora por estar situada frente a una extensión considerable de la costa continental mexicana, lo que dejaría ésta al arbitrio del poseedor de la península. Nuevo México se cuece aparte; se trata de un asunto de “honor y delicadeza hacia sus habitantes”, que habían manifestado su deseo de mantenerse en calidad de ciudadanos mexicanos. Afirma, pues, que las Californias y Nuevo México sólo pueden adquirirse si Estados Unidos acude al derecho de conquista o mediante cesión o venta bajo condiciones establecidas por México. La concesión del derecho de tránsito por Tehuantepec no está a discusión, pues se había otorgado a una empresa particular inglesa. México sólo propone ceder, a cambio de una compensación, el territorio al norte del paralelo 37, que le daría a la Unión Americana una longitud considerable de costa y buena tierra en California. Aunque Trist remite el contraproyecto del tratado a su gobierno, considera equivocado el punto de vista de México, ya que no toma en cuenta su derrota. Así las cosas, la perspectiva de una negociación prolongada no se acomoda con la posición de Scott, quien el 5 de septiembre ordena tomar la capital. La respuesta por escrito de Trist a los comisionados no llega a enviarse, pues el armisticio se rompe y las hostilidades se reinician. (Véase figura 19.)

Al repasar los acontecimientos del periodo que corre entre la toma de Veracruz y la batalla de Churubusco, seis meses apenas, se advierte que las rivalidades entre los mandos castrenses norteamericanos se extienden ahora al comisionado para la paz, hasta el punto de malograr o al menos desperdiciar un par de oportunidades para poner fin a la contienda. De manera paradójica, Trist tiene que acudir al ministro inglés —¡ni más ni menos que inglés!, para enojo de su presidente monroísta— con el fin de desarrollar su tarea. Un antagonismo entre los mandos militares mexicanos, análogo al norteamericano, debilita los esfuerzos defensivos, en algunos casos heroicos, que presentan resistencia al avance estadounidense. Pero las pugnas no se circunscriben a los militares; la oposición entre los partidos políticos en México, aun los del mismo sesgo liberal, frustra también el pronto arribo a la deseada pa-



Figura 19. Detalle de *Ataque a Molino del Rey*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

cificación. A lo largo de estas páginas se da cuenta de la argumentación mexicana para rechazar el proyecto de tratado la primera ocasión que éste se discute. Con una lógica propia, la visión de las autoridades mexicanas que negocian no se ajusta a la realidad de la derrota. (Véanse figuras 20-27.)

La caída y ocupación de la ciudad de México

Dos días después de roto el armisticio, el 8 de septiembre, los norteamericanos derrotan a las fuerzas mexicanas en Casa Mata y Molino del Rey. Antes de alcanzar la ciudad, ambos ejércitos se enfrentan en el castillo de Chapultepec, en cuya defensa participan guardias nacionales, cadetes del Colegio Militar y las tropas del general Nicolás Bravo. Tras fragorosa batalla, Chapultepec cae el 13. Ese mismo día, los estadounidenses se enfilan hacia las calzadas que llevan al centro de la ciudad. Si bien la mayoría de las garitas cuentan con dos piezas de artillería, los trabajos de fortificación no están concluidos y San Cosme y Belén no resisten por mucho tiempo, aunque el combate es sangriento. (Véase figura 28.)

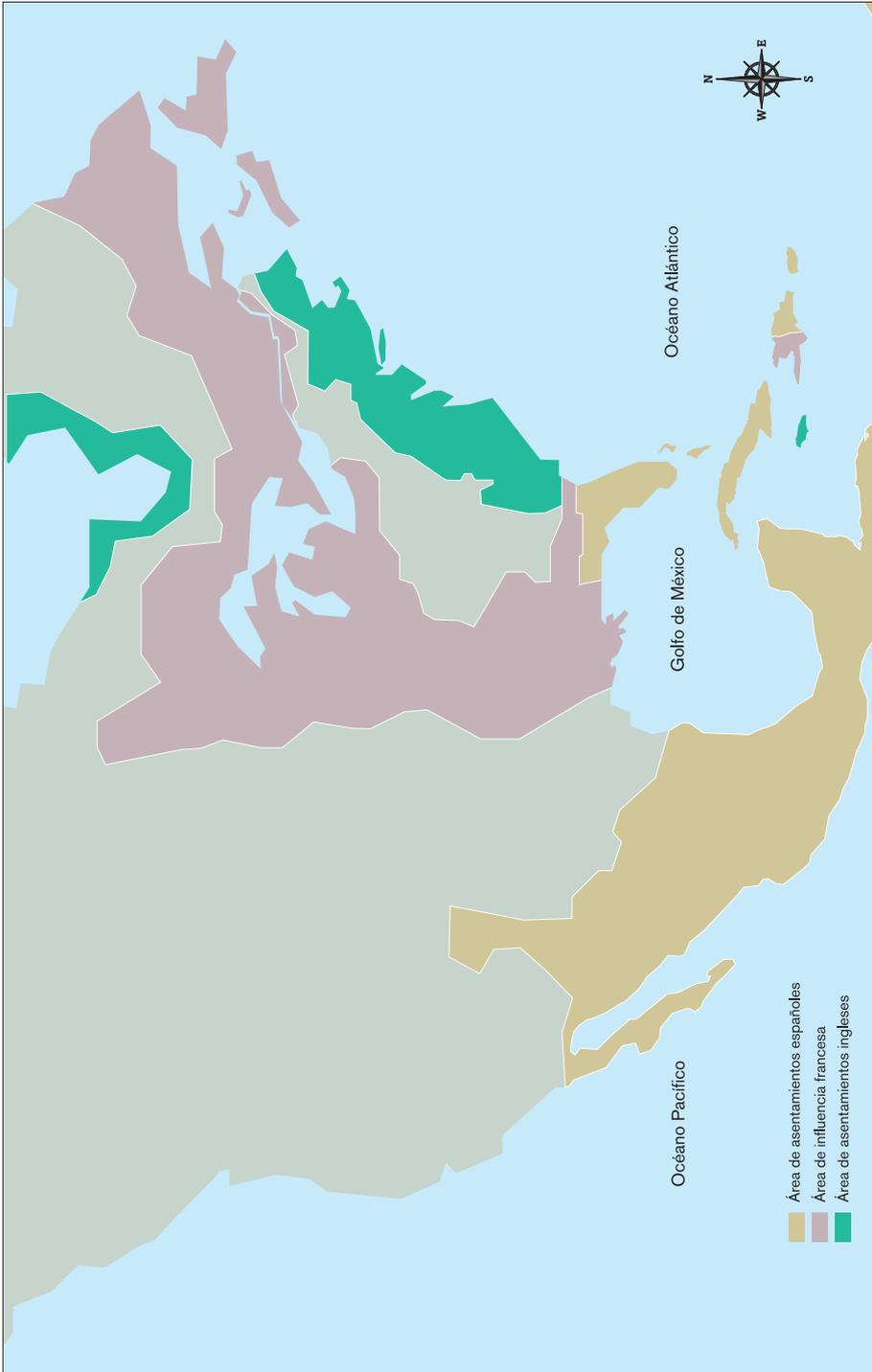
El consejo de guerra convocado por Santa Anna considera imposible defender la ciudad y decide la salida del ejército; lo hace abandonando arma-



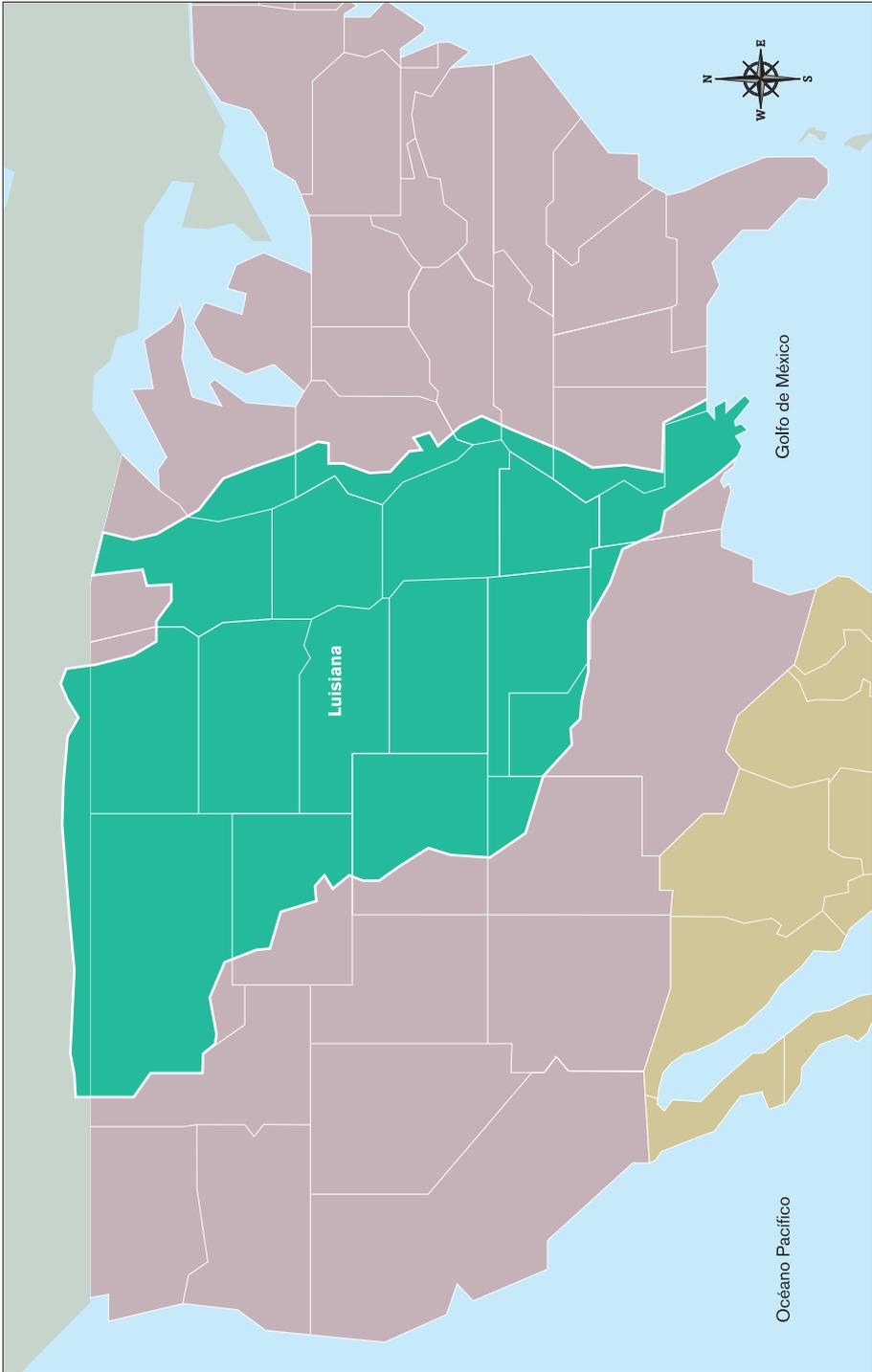
Figura 20. Detalle de *Asalto a Chapultepec*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

mento y municiones. Desmoralizados, muchos de sus integrantes desertan, y los que restan, divididos en dos cuerpos, se dirigen a la Villa de Guadalupe unos, y otros hacia Querétaro.⁶⁸ Los capitalinos quedan al garete y atendidos a sus fuerzas. Al alba del día 14, los norteamericanos —encabezados por los generales John A. Quitman, William J. Worth y Winfield Scott— desfilan por la ciudad e izan la bandera de las barras y las estrellas en el asta situada frente al Palacio Nacional. Las autoridades del municipio, al ver la capital abandonada por las autoridades supremas de la República —el presidente, la Suprema Corte de Justicia, el gobernador del Distrito y el ejército—, asumen el gobierno y “apuestan la vida por la excapital, decret[ando] el cese al fuego”. Asimismo, envían a dos regidores para acordar un pacto con el general Scott

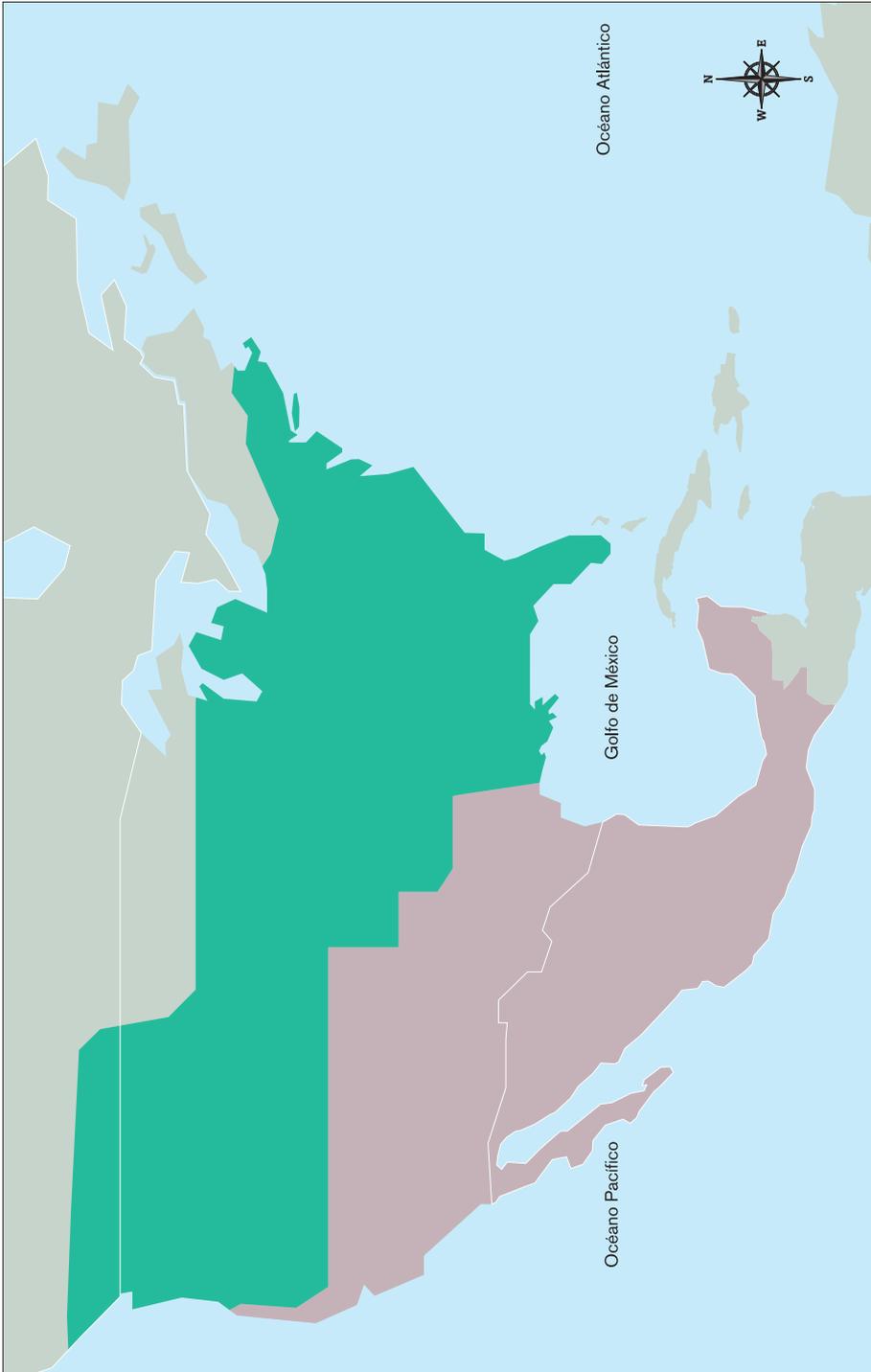
68 María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis en la ciudad de México”, en Laura Herrera Serna, *México en guerra...*, p. 195-196.



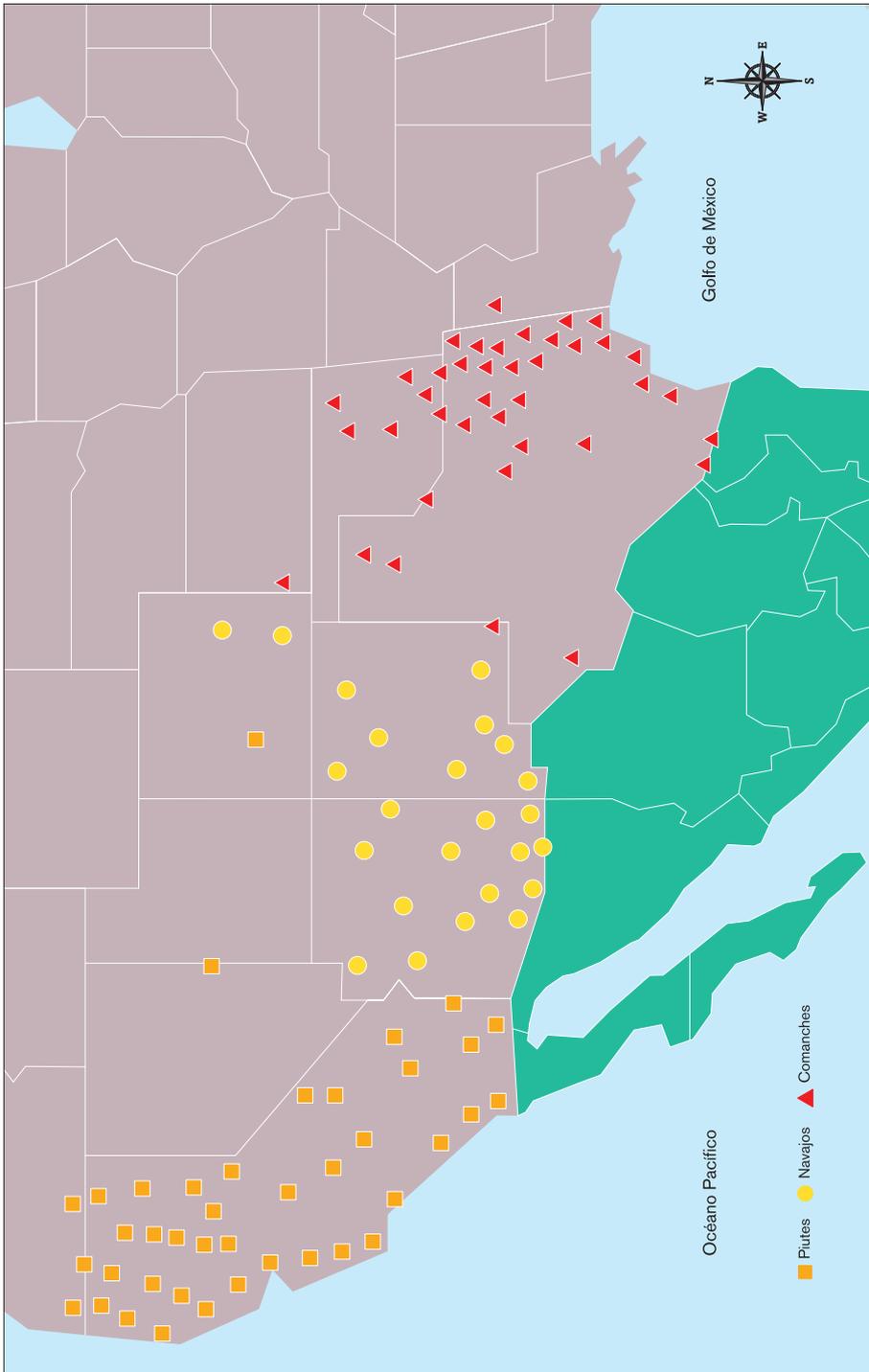
Mapa 9. Áreas de influencia y asentamiento de los imperios europeos a principios del siglo XVIII.



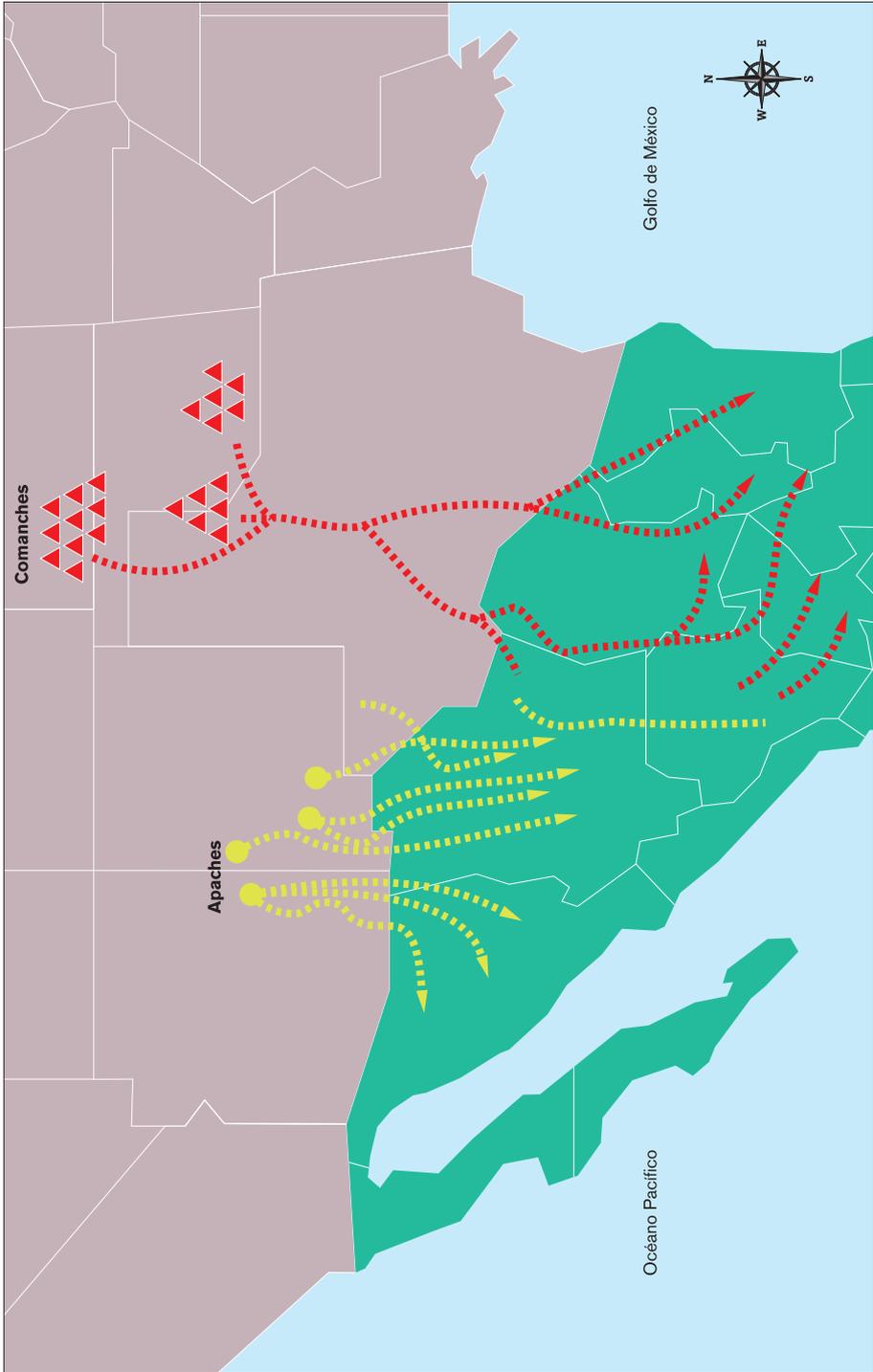
Mapa 10. Territorio de la Luisiana en 1803.



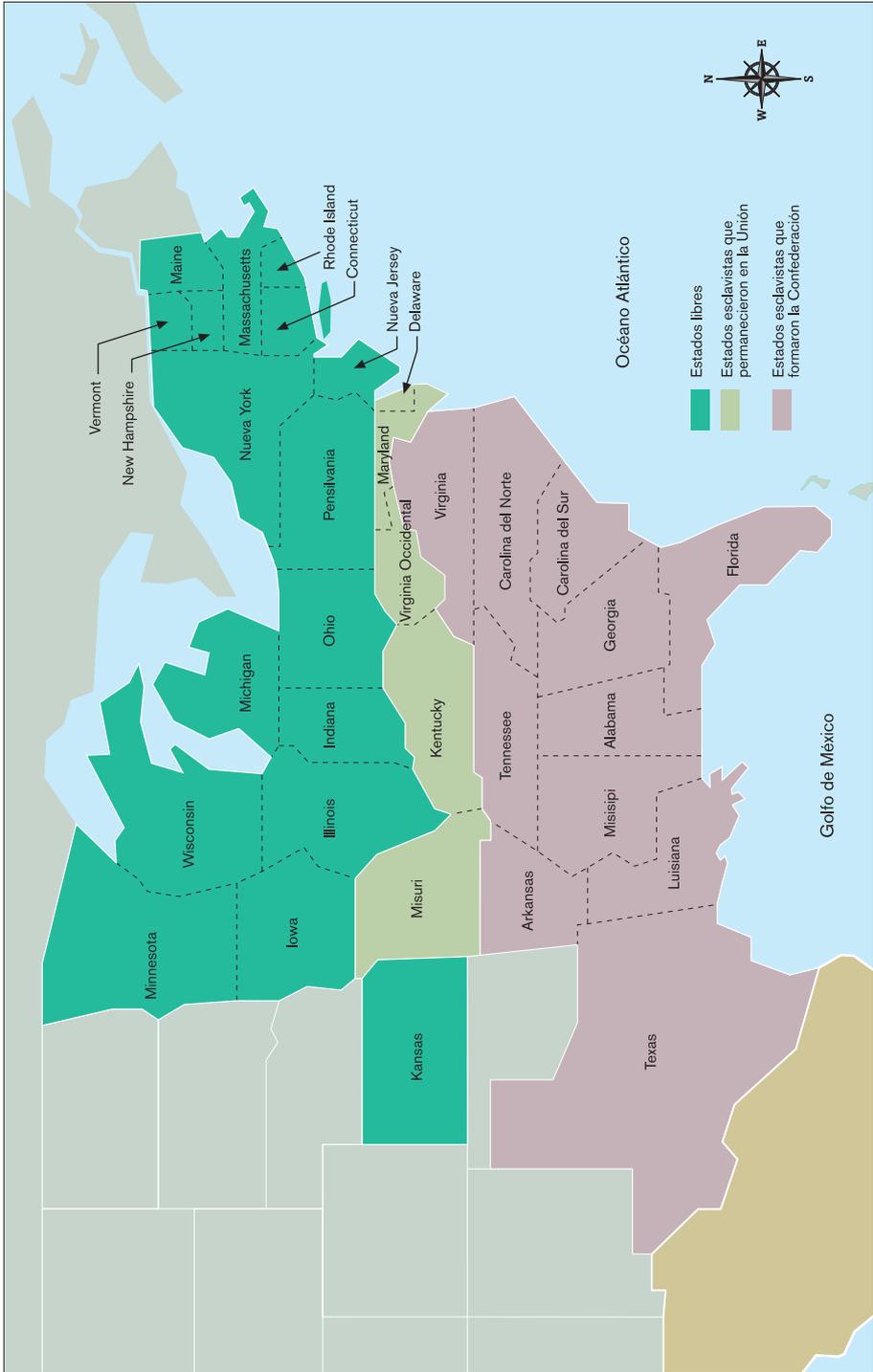
Mapa 11. Estados Unidos y México después de la independencia, 1826.



Mapa 13. Algunos pueblos indígenas. Trazado con base en David Weber, *La frontera norte de México 1821-1846. El suroeste norteamericano en su época mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 424.



Mapa 14. Ruta de las incursiones de apaches y comanches hacia 1845. Elaborado con base en David Weber, *La frontera norte de México, 1821-1846. El suroeste norteamericano en su época mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 130-131.



Mapa 15. La guerra civil.



Figura 21. *Batalla de Palo Alto*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.





Figura 22. *Toma de Monterrey*, por Carl Nebel, Special Collections Division, The University of Texas at Arlington, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.



Figura 23. Bombardeo de Veracruz, 25 de marzo de 1847, por Carl Nebel, Nueva York, Currier, 1847, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.



Figura 24. *Batalla de Churubusco* (1847), por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.





Figura 25. Ataque al Molino del Rey, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.



Figura 26. Asalto a Chapultepec, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.



Figura 27. *Entrada a México del general Scott*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.



Figura 28. Asalto a Chapultepec, 13 de septiembre de 1847. LC-DIG-pga-02604 (digital file from original Print).
Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D. C., USA, <www.loc.gov/pictures/resource/pga.02604>.

que asegure la salvaguarda de la ciudad y de su gente.⁶⁹ Éste declara el estado de sitio e impone a los pobladores una contribución de guerra de 150 000 pesos a cambio de protección.⁷⁰

Las acciones armadas —que tienen lugar antes del ingreso de la tropa norteamericana y que se desarrollan cada vez más cerca de los barrios poblados— acercan constantemente a los ciudadanos a la realidad del combate y la inminencia del peligro. El impacto de la guerra se hace tangible a los pobladores de los barrios del suroeste (Belén, La Ciudadela y la ex Acordada), en las zonas del noroeste y en el extremo sur de la ciudad. Así, el día que cae Chapultepec, “la guerra ya había afectado las vidas de un considerable número de capitalinos”.⁷¹ (Véase figura 29.)

Los pobladores más empobrecidos de la ciudad, desesperados, tratan de defenderla a pesar de carecer de elementos y, enardecidos por la altanería de los norteamericanos, forman corrillos. Parte de la Guardia Nacional, de acuerdo con vecinos del área de la Alameda al Salto del Agua, había fraguado un plan para el ataque, pero una bala no prevista dirigida al general Worth, sin alcanzar su blanco, crea la confusión; al grito de guerra, el populacho se lanza a una lucha sangrienta.

Los soldados reaccionan con cañonazos, derriban puertas y saquean casas; mientras tanto, el combate se generaliza ya en todas las calles que había ocupado el ejército enemigo; se pelea con fiereza. La parte del pueblo que combate lo hace en su mayoría sin armas de guerra, a excepción de unos cuantos que cuentan con una carabina o un fusil, mientras el resto ataca con piedras o palos, lo que deriva en bajas considerables entre los mexicanos.⁷²

La noche del día 14 encuentra a los vecinos de la ciudad de los palacios presas del miedo. Las autoridades norteamericanas giran instrucciones de enfilar su artillería hacia cualquier edificio que albergue un francotirador, amenazan con tirar los portones de las casas de donde saliera un solo tiro y con dar muerte a todos sus moradores. Tras largas horas de combate, el

69 Esteban Sánchez de Tagle, “La Asamblea Municipal de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana”, *Historias*, INAH, v. 27, p. 116.

70 Winfield Scott, “Orden General 287”, 17 de septiembre de 1847. *The American Star*, 20 de septiembre de 1847, p. 4, *apud* María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”, p. 202.

71 Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, Era/Conaculta, INAH, 2003, p. 29.

72 Josefina Zoraida Vázquez, *La intervención...*, p. 102.



Figura 29. *Ataque a la ciudad de México por el general Scott y 8 000 hombres*, 14 de septiembre de 1847, litografía de E. B. & E.C. Kellog, LC-USZ62-2723 (b&w film copy neg.). Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D. C., 20540 USA, <www.loc.gov/pictures/item/cph12574>.

ayuntamiento hace pública una proclama para restablecer la calma, llama a los vecinos a poner fin a los ataques contra los estadounidenses, pues peligran las garantías de proteger la seguridad, comprometidas por el general Scott. Con la luz del día, el combate reinicia aunque se debilita paulatinamente. La falta de auxilio del ejército que ha salido de la ciudad desalienta a los alzados. (Véase figura 30.)

Una vez ocupada la capital, los estadounidenses se acomodan en cuarteles abandonados, conventos, casas particulares y edificios públicos. Hay que emprender con urgencia la tarea de ordenar la vida ciudadana: garantizar el abasto, la seguridad, el orden y, en especial, el cobro de las contribuciones: la impuesta y las ordinarias. Para tal fin, Scott nombra gobernador civil y militar del distrito de México al general John A. Quitman, quien de inmediato (el 16 de septiembre) restablece a las autoridades municipales en sus cargos y les autoriza organizar una fuerza de policía. Los gastos que genera la ocupación son cargados a los capitalinos y el ayuntamiento es el responsable de cobrarles los 37 500 pesos que la autoridad norteamericana exige. Ésta deja al municipio



Figura 30. *Los léperos atacando a las tropas después de la toma de la ciudad, 1847*, litografía anónima, en John S. Jenkins, *History of The War between the United States and Mexico from the Commencement of Hostilities to the Ratification of the Treaty of Peace*, Auburn, Derby, Miller & Company, 1849, p. 428, 429. Reproducida en *En defensa de la patria*, México, Archivo General de la Nación, Dirección de Publicaciones y Difusión, Secretaría de Gobernación, 1997, p. 28. Biblioteca Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

los ingresos de la aduana, las garitas, el correo, parte del estanco del tabaco y las contribuciones directas.⁷³ El mantenimiento del orden es uno de los mayores retos que encara el ayuntamiento, pues carece de autoridad sobre las tropas estadounidenses que, con frecuencia, causan desmanes.

Conforme el tiempo pasa, los estadounidenses fortalecen el control sobre la capital; pero no es así desde el inicio, cuando temen un levantamiento. Si bien muchos integrantes del ejército mexicano se dispersan tras la derrota, otros regresan a la ciudad, coincidiendo ahí con la guardia nacional que se encuentra disuelta. Su presencia despierta suspicacias, en particular respecto de los oficiales de esta última, y pone en alerta a las autoridades militares norteamericanas que recelan de que estos ex oficiales promuevan un alzamiento o alienten la desertión entre las fuerzas norteamericanas. Murmuraciones y rumores de insurrecciones populares atizan el sentimiento de inseguridad.

⁷³ María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”, p. 202, 203.

“Aunque hemos derrotado al enemigo una y otra vez en todas las batallas serias, nos amenazan constantemente dificultades menores”, escribe Ethan Allen Hitchcock en su diario.⁷⁴ Las autoridades militares norteamericanas dan entonces órdenes de que todo oficial mexicano firme el compromiso de no volver a tomar las armas durante el tiempo que dure el conflicto. En caso de desobedecer, se les advierte, serían tratados como espías.⁷⁵ El miedo a una insurrección se prolonga probablemente hasta principios de 1848, pues una orden análoga a la de septiembre se emite en enero de nuevo. Un buen número de oficiales mexicanos se somete a la orden, otros optan por el desacato. (Véase figura 31.)

Elecciones municipales en la ciudad de México

En noviembre de 1847, el ayuntamiento capitalino, el cuartel general norteamericano y el presidente interino de la República, Pedro María Anaya, se enfrentan. Los dos primeros, que habían acordado la realización de elecciones municipales, se topan con un edicto de Anaya que prohíbe cualquier tipo de elección en sitios ocupados por fuerzas enemigas. En respuesta, John Quitman hace nulo cualquier decreto que afecte los derechos políticos de quienes habitan territorios bajo mando estadounidense. Las elecciones se llevan finalmente a cabo.⁷⁶

El enfrentamiento no para ahí. Días antes de la votación, la junta de electores nombra a los integrantes de la Asamblea Municipal y hace acres críticas al gobierno de la República, a los mandos del ejército y al ayuntamiento, a los que reprochan haber abandonado a los habitantes de la capital “a la discreción del vencedor”, al tiempo que señala la paradoja de que sea la propia autoridad extranjera la que les restituye el rango de ciudadanos. La víspera de la navidad de 1847, los desacuerdos entre el ayuntamiento de la ciudad y los jefes militares norteamericanos, los generales John A. Quitman y Persifor Smith, llevan a éstos a desconocer a los primeros, a quienes acusan de “mala fe y conducta impropia”. Smith solicita a la Asamblea Municipal, integrada por

74 George Baker, *México ante los ojos del ejército invasor de 1847 (Diario del coronel Allen Hitchcock)*, México, UNAM, FCPYS 1978, p. 105, *apud* María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”, p. 216.

75 *The American Star*, 28 de septiembre 1847, *apud* María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”, p. 217.

76 Parte de la información que sustenta este apartado aparece en María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”



Figura 31. Detalle de *Entrada del general Scott en México*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

liberales puros, hacerse cargo del gobierno de la ciudad, tarea que asume de inmediato y de manera eficaz, si bien por un breve tiempo, pues a poco la guerra termina y la asamblea se disuelve el 7 de marzo de 1848.

El presidente interino Manuel de la Peña y Peña acusa a la Asamblea Municipal de “maquinar traidoramente contra la integridad del país”. Más tarde, se tacha a la asamblea de anexionista y de entenderse con los jefes militares estadounidenses, imputación que llega a su punto crítico al darse a conocer la noticia de una comida organizada por la asamblea en honor de las autoridades castrenses norteamericanas, donde —según el rumor— aquéllas brindaron por las victorias del ejército estadounidense y por la anexión de México a la Unión Americana. El incidente es conocido como *el brindis del desierto*. Testimonios de José María Roa Bárcenas, del periódico *The American Star* y del diario del general Ethan Allen Hitchcock atestiguan que la comida en el desierto sí se llevó a cabo y, según las notas del general, “en dos o tres casos los mexicanos dijeron expresamente que esperaban que nosotros no abandonaríamos este país antes de destruir la influencia del clero y de los militares”.⁷⁷

Se observan, a lo largo de estos meses, tanto en el seno de las fuerzas armadas mexicanas como de las estadounidenses, confrontaciones; las más visibles se dan al interior de los mandos militares de ambos ejércitos, aunque también

⁷⁷ *Apud: ibid.*, p. 222-223.

entre los propios voluntarios norteamericanos y sus superiores, por un lado, y, por el otro, entre la leva y los jefes castrenses de México. La gravedad del caso mexicano tiene que ver con los efectos desastrosos que generan esos enfrentamientos. Se aprecia también que la imagen de que las fuerzas de ocupación tienen siempre el control de la situación es inexacta; sobre todo al inicio de su estancia en la capital, cuando se temen levantamientos. Por otra parte, aunque los efectos de la ocupación para los capitalinos son terribles en muchísimos aspectos, hay algunos rubros en los que no es así: la seguridad, la autonomía de la ciudad y la bonanza económica de algunos sectores de la población, no necesariamente de la clase acomodada. (Véase figura 32.)

Del episodio electoral de la Asamblea Municipal y del llamado *brindis del Desierto* queda en claro que la autonomía lograda por la asamblea obedece al aislamiento impuesto por la ocupación militar, el cual asegura que el gobierno general no intervenga. A decir de Esteban Sánchez de Tagle: “La presencia de los americanos significó una fuerza que le permitió pensar hasta en un replanteamiento del pacto federal”. Se advierte, asimismo, que la animosidad entre los mexicanos de la facción de los liberales puros —integrantes de la asamblea— y la de los moderados, representados por el gobierno, no se da tregua ni siquiera en medio de los momentos más difíciles de la guerra.⁷⁸ La convivencia entre mexicanos y norteamericanos y sus entresijos a lo largo de seis meses, aunque difícil, tiene claros oscuros que no pueden simplificarse, a riesgo de mantener la incompreensión de esta experiencia inédita.

Las negociaciones para la paz. El Tratado de Guadalupe Hidalgo

Cuando la contrapropuesta mexicana —elaborada durante el armisticio previo a la toma de la capital— llega a Washington, el Ejecutivo norteamericano se enfurece.⁷⁹ Considera que la oferta de México, en medio de su derrota, es un verdadero insulto, así que ordena el regreso del comisionado de paz. El ambiente en los círculos políticos norteamericanos está muy caldeado en ese momento; la noticia de la caída de la ciudad de México ha exaltado los ánimos de los ultraanexionistas, que presionan para que el país vecino del sur sea absorbido en su totalidad. En el interior del propio gabinete, Robert Walker, secretario del Tesoro, y Nathan Clifford, procurador general, se pronun-

⁷⁸ Esteban Sánchez de Tagle, “La Asamblea Municipal...”, p. 117, 118-119.

⁷⁹ La propuesta llega al iniciar octubre.



Figura 32. Detalle de *Entrada del general Scott en México*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

cian por la anexión de los territorios situados al norte de Tampico; y el mismo presidente, que quiere la frontera sobre el paralelo 26°, se pregunta si los términos de las instrucciones originales sobre el cambio de frontera no resultan ahora estrechos.

Muy a su pesar, Polk se ve obligado a moderar sus apetitos, al tomar conciencia del conflicto que desataría la incorporación de un territorio más extenso que aquel previsto en las primeras instrucciones a Trist.⁸⁰ Advierte la división y aun la polarización regional, y sabe bien que el debate sobre la anexión de nuevas regiones se entrelazará con el asunto de la esclavitud, como había sucedido con la enmienda Wilmot.⁸¹

Ignorante del requerimiento de su regreso, por las varias semanas que suelen tardar las comunicaciones, Trist prosigue las pláticas con el gobierno mexicano, que nombra a los comisionados —Bernardo Couto, Luis G. Cuevas y Luis Aristáin— para negociar el fin de la guerra. Cuando recibe la instrucción de retirarse, decide hacer caso omiso de ella, pues está convencido de que es el momento oportuno para firmar la paz: el Congreso mexicano se muestra dispuesto a la negociación y está pronto a reunirse (el 8 de enero de 1848). Trist juzga que para lograr el acuerdo con México es importante aquí-

80 David M. Pletcher, *La diplomacia de la anexión...*, p. 527.

81 La enmienda Wilmot, propuesta por el congresista demócrata por Pensilvania, David Wilmot, pretende condicionar la entrega de recursos para la guerra —solicitados por el presidente Polk en el verano de 1846— a la exclusión de la esclavitud de los territorios que se adquirieran de México. En ese momento fue aprobada por la Cámara de Representantes pero rechazada por el Senado. Se presentó y discutió nuevamente en repetidas ocasiones en los años siguientes. Brinkley, *op. cit.*, p. 384.

latar la condición interna del país, cosa que Washington desconoce; evalúa que la orden de retiro proviene de una percepción errónea del Ejecutivo sobre la situación mexicana del momento; sabe de los deseos de paz de su administración y considera dañino para su país dejar pasar esta oportunidad, pues si el gobierno mexicano queda en manos de los puros, la ocasión se perderá. Ya en otro momento había hecho notar el deseo de esta facción de incorporarse a la federación americana. Pero “su misión era firmar la paz; no facilitar la continuación de la guerra”, por ello permanece en el país y éstos son los argumentos con que defiende su decisión ante el secretario de Estado.⁸²

Entabladas las negociaciones, los comisionados mexicanos proponen únicamente la cesión del territorio entre el Nueces y el Gila y que la línea corra hacia el Pacífico al norte de San Diego. Trist se mantiene firme en la determinación de acatar sus instrucciones y demanda que la frontera se fije en el río Bravo y siguiendo el paralelo 32°, ya que las órdenes recibidas indicaban que Nuevo México y Alta California eran condición imprescindible para establecer un acuerdo, pues fueron la razón para que los ejércitos norteamericanos emprendieran la marcha hacia México. También en consonancia con lo indicado por el Departamento de Estado, ofrece la indemnización más baja: 15 000 000 de dólares.

Los mexicanos, por su parte, logran mantener Baja California así como el territorio que la une al continente y no ceden el derecho de tránsito por Tehuantepec. Los términos del tratado establecen, asimismo, el compromiso del gobierno norteamericano de hacerse cargo de las reclamaciones, de garantizar los derechos de los mexicanos que quedaban allende la frontera⁸³ y de impedir las incursiones de indios belicosos. Este último aspecto se estipula en el artículo XI y apenas unos años después es objeto de severas confrontaciones.⁸⁴ En cuanto al comercio bilateral, el tratado renueva el de Amistad y Comercio y fija los procedimientos para resolver las diferencias que se susciten en el futuro y las reglas a seguir si surgiera una nueva conflagración.

82 Carlos Bosch, *Historia de las relaciones...*, p. 93.

83 Estos derechos quedan garantizados por el artículo VIII del tratado que establece que quienes permanezcan en él pueden conservar el título y los derechos de ciudadanos mexicanos o adquirir los de ciudadanos norteamericanos. Se estipula con claridad que las propiedades se respetarán.

84 La cláusula conviene que el gobierno de Estados Unidos se compromete a “contener las incursiones indias por medio de la fuerzas siempre que así sea necesario; y cuando no pudiere prevenirlas, [las] castigará...”

Si bien los términos del tratado implican la pérdida de una gran extensión de territorio, los comisionados mexicanos muestran habilidad negociadora, a pesar de la situación extremadamente difícil en que se encuentra el país: derrotado y con su capital ocupada por el ejército norteamericano. Los negociadores explotan el deseo de paz que ya se advierte en algunos sectores de la sociedad estadounidense, que el mismo enviado norteamericano sabe captar y expresar en su gestión.⁸⁵

Por otra parte, la disputa entre el norte y el sur, atizada por las nuevas adquisiciones territoriales, impide que los sectores deseosos de ampliar más la frontera —incluidos los que quieren “all Mexico”— determinen la línea fronteriza del 2 de febrero. Esa disputa se proyecta magnificada en el ámbito político, debido a que se vive un periodo preelectoral. En consecuencia, aunque el tratado echa por tierra las expectativas de muchos anexionistas estadounidenses, incluido el propio Polk, éste se ve obligado a remitirlo al Senado, el cual lo aprobó por un escaso margen. Más problemas enfrentó en el Congreso de México; empero, también ahí fue finalmente ratificado.

Los efectos de la guerra en Estados Unidos y en México.

Guerra, nacionalismo y crisis de conciencia

La guerra con México es —de acuerdo con algunos autores—⁸⁶ la primera gran crisis nacional enfrentada por los estadounidenses durante el periodo de mediados de siglo. Esta etapa inédita de transformaciones sociales y económicas está cargada de un espíritu de nacionalismo romántico, de espíritu de misión o de destino manifiesto: es la “joven América”, el país y el pueblo que “van adelante”. Al margen de la retórica, tal sentimiento popular resulta decisivo para el desarrollo norteamericano y muchas de sus ideas pesan en la formación de la nación.

Así, la victoria sobre el país del sur refrenda el orgullo de los norteamericanos. La autoridad y el renombre ganados en la lucha los lanza “hacia una posición de liderazgo en la historia de la civilización y la raza humana”. En sentido estricto, el triunfo sobre los mexicanos sólo es un elemento que se suma al clima que ha recorrido las décadas de los treinta y los cuarenta.

85 Marcela Terrazas, *En busca de una nueva frontera. Baja California en los proyectos expansionistas norteamericanos, 1846-1853*, México, UNAM, IHH, 1995, p. 46.

86 Véase Robert W. Johannsen, “La joven América...”

En estos decenios impera en la Unión Americana un ambiente de impaciencia hacia las restricciones al esfuerzo humano, donde los estadounidenses creen que nada está fuera del alcance de los individuos; de *su* alcance: “lograr el progreso, obtener la salvación e incluso la perfección se convierten en cuestión de voluntad individual”.⁸⁷ No es de extrañar que la euforia estadounidense por la victoria anime a los ultraexpansionistas. Pero los efectos negativos de la contienda con México también se aprecian. La guerra no genera la unidad deseada; antes bien, los territorios mexicanos —al igual que Texas— vuelven a poner sobre la mesa el tema de la extensión de la esclavitud, con lo que consiguen exacerbar las tensiones regionales que se resuelven hasta la Guerra Civil. También se agudiza la disputa entre la soberanía de las entidades y el gobierno federal, así como entre el Congreso y el Ejecutivo.

En México, la guerra contra Estados Unidos acrecienta las discrepancias entre los gobiernos de los estados y el central, y profundiza las divisiones entre los intereses económicos locales, regionales y nacionales, mostrando la variada gama de inclinaciones y tendencias subyacentes.⁸⁸ La debilidad patente del poder central durante la guerra y el consecuente caos dan lugar al fortalecimiento del poder de gobernadores y caciques regionales, en particular en los estados fronterizos del septentrión, donde la cercanía con la Unión Americana permite a algunas autoridades y hombres fuertes idear proyectos secesionistas o, al menos, amenazar con ellos.

La guerra y su desastroso desenlace sacuden la conciencia que, “después de la lúgubre década de mediocridad y agotadoras revoluciones militares”, profundiza la crisis del pensamiento mexicano. De acuerdo con Charles Hale, liberales y conservadores proclaman la necesidad de hacer cambios radicales y acuden a sus programas tradicionales como fórmula salvadora para salir del grave trance en que se encuentra el país.⁸⁹ Se dice que la guerra, al desgarrar a la nación, contribuyó a la evolución del nacionalismo en México porque forzó a los mexicanos a enfrentarse con lo que eran y lo que deseaban ser.⁹⁰ Lo cierto es que estas reflexiones no trajeron la unión de manera inmediata.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 263, 271, 279.

⁸⁸ Andrés Reséndez, “Guerra e identidad nacional”, *Historia Mexicana*, v. 47, n. 2, 1997, p. 427.

⁸⁹ Charles Hale, “La guerra con Estados Unidos y la crisis del pensamiento mexicano”, *Secuencia*, n. 16, enero-abril, 1990, p. 43-62.

⁹⁰ Alvin M. Goffin, “Nationalism and Mexican Interpretations on the War of the North American Invasion, 1846-1848”, *Canadian Review of Studies in Nationalism*, v. XIX, n. 1-2, 1992, p. 136.

La guerra, el Estado y la formación de la identidad nacional

En México aquello que se ha dado en llamar espíritu nacional no existe ni ha existido ya que no existe tampoco una nación.⁹¹

¿Es la guerra contra el país vecino del norte un hito en la construcción de la identidad nacional de México? ¿Qué significa el Cuarenta y Siete en el proceso de fundación del Estado, de un Estado nacional sólido? ¿Es posible pensar que el Cuarenta y Siete marca de manera profunda el proceso de constitución de la identidad nacional y del establecimiento del Estado? (Véase figura 33.)

Son muchas las interrogantes y pocas las certidumbres. Pero si algo es claro durante la guerra mexicano-norteamericana es la debilidad y la división de México como nación —al menos como la concibe la elite—, y la debilidad e inestabilidad del Estado. Esto se observa en varios ámbitos: en las disputas entre las facciones políticas, en las divisiones étnicas, en el predominio de los intereses regionales por encima de los nacionales⁹² y en la “profunda escisión clasista”.⁹³ Aquéllos marcan parcialmente la respuesta mexicana a lo largo de la contienda y se expresan en actitudes de resistencia, colaboración o indiferencia a lo largo del conflicto.

Entre 1846 y 1848 se libra en México más de una guerra.⁹⁴ Aquella contra los norteamericanos y las muchas peleadas por las guerrillas y los grupos levantados en contra de los gobiernos nacionales, regionales y aun locales mexicanos. Estos enfrentamientos habían arrancado años atrás; un buen número de ellos tiene origen étnico y agrario. A lo largo de su desarrollo, miembros de la elite criolla en el poder se sienten más amenazados por sus connacionales

91 Citado de un panfleto por Charles A. Hale, “La guerra con Estados Unidos...”, p. 49.

92 Así lo asienta Andrés Reséndez. Otros autores como Torcuato di Tella (*Política nacional y popular en México, 1820-1847*, México, FCE, 1994), Charles Hale (“La guerra con Estados Unidos...”) y Alan Knight (“Peasants into Patriots: Thoughts on the Making of the Mexican Nation”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, v. 10, n. 1, enero, 1994) hacen énfasis en las desigualdades sociales y, de distinta forma, advierten un comportamiento socialmente diferenciado de las clases ante la guerra. Buena parte de este texto se fundamenta en el artículo de Andrés Reséndez Fuentes, “Guerra e identidad...”, p. 411-439. Se han omitido las citas a pie de página para facilitar la lectura.

93 David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1980, p. 126-129.

94 Sobre estas tesis, véase Irving W. Levinson, *Wars within War: Mexican Guerrillas, Domestic Elites, and the United States of America, 1846-1848*, Fort Worth, Texas, TCU Press, 2005. El texto sirve de fundamento a los párrafos siguientes.



Figura 33. Detalle de Asalto a Chapultepec, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

que por las fuerzas extranjeras, y algunos acuden al enemigo en busca de armas y hombres para hacerle frente a los paisanos que los desafían. Gran parte de los esfuerzos de resistencia contra el avance estadounidense pasan a segundo término con tal de aplastar a los insurrectos. El ministro de Guerra y Marina, Luis de la Rosa, admite que las autoridades mexicanas tienen más soldados luchando contra otros mexicanos que aquellos desplegados ante los norteamericanos a lo largo de su marcha sobre el valle de México.⁹⁵

De acuerdo con estudios recientes, el curso de la contienda cambia al abandonarse esos esfuerzos defensivos.⁹⁶ De igual manera, las acciones de los rebeldes, así como la extensión del territorio mexicano y su accidentada geografía modifican las percepciones y los proyectos de los mandos militares norteamericanos, que se percatan de la dificultad que implica una ocupación prolongada. Los mandos castrenses —en coincidencia con el comisionado para la firma del tratado que pusiera fin a la guerra, Nicholas P. Trist— prefieren concluir un tratado con los objetivos iniciales que buscar la anexión de Sonora, Chihuahua y parte de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; después de todo, las fuerzas norteamericanas habían tenido que hacer frente al ejército de México y a las guerrillas autorizadas por éste. Asimismo, las rebeliones movieron a una parte de los grupos en el poder —los liberales moderados— a aceptar las condiciones del tratado de paz, con el fin de enfocar sus fuerzas a aplastar a los insurrectos.

Las facciones políticas conservadoras y federalistas que se definen, en parte, por su posición ante Estados Unidos —los primeros se oponen al expansionismo norteamericano, mientras los segundos se reconocen como anexionistas o separatistas y por estar a favor del país del norte— se enfrentan en pugnas sin aparente solución.⁹⁷ El resentimiento crece durante la guerra, de tal suerte que la respuesta al avance norteamericano está determinada en gran medida por ese faccionalismo político con graves consecuencias para el país, pues paraliza la resistencia.

La lucha entre facciones es, desde luego, anterior al Cuarenta y Siete y causa fracturas profundas en la propia elite, que no ceden ni aun ante la ne-

95 *Ibid.*, p. 113-114.

96 *Ibid.*, p. XV.

97 El reconocimiento de la independencia de Texas es una de éstas; desde los años anteriores a la contienda, se convierte en una “papa caliente” que sirve para atacar al contrincante con propósitos de propaganda partidista.

cesidad de hacer frente común contra los norteamericanos. La rebelión de los Polkos ocurrida a principios de 1847, en pleno conflicto, se sitúa en este marco. Tales pugnas exhiben la ausencia de un Estado nacional capaz de crear consensos entre los grupos políticos, de aglutinar los proyectos regionales y de promover los intereses de amplios sectores de la población. Todo ello es fundamento necesario para impulsar y coordinar la resistencia.

Algunos autores encuentran que el obstáculo más serio para construir la unidad nacional imaginada por la elite política lo constituye el mosaico étnico donde los indígenas —de muy diversas etnias, culturas y lenguas— conforman la gran mayoría de la población. De 7 000 000 de habitantes, representan el 70%. No obstante que al establecerse la República se busca terminar con las distinciones hacia los indios, haciéndolos ciudadanos, las diferencias y desigualdades no se borran con el mero precepto constitucional y los conflictos se mantienen durante el cuarto de siglo que va de 1821 a 1846. No resulta extraño que durante la contienda entre México y su vecino del norte se conformen alianzas entre estadounidenses e indígenas u otros grupos que mantienen algún pleito con el gobierno.

En este contexto, la idea de Alamán de conformar la nación con base en una matriz cultural hispana⁹⁸ fracasa al toparse con la composición mayoritariamente indígena pluriétnica que habita el territorio. La idea de mexicanidad le es bastante ajena a la mayoría de ellos, por una parte, y, por la otra, la nueva nación no satisface las necesidades que el gobierno español cumplía, al menos en forma parcial. Su resistencia a colaborar en la defensa tiene raíz en viejos resentimientos que no se borran en los primeros 25 años de vida independiente. La coyuntura bélica no hace sino mostrar que “las identidades étnicas, tribales, primigenias, afloran por encima de la identidad nacional más intelectualizada y mediada por funcionarios provinciales y locales”.⁹⁹

El conflicto armado agudiza también la confrontación entre intereses económicos y políticos entre las regiones y el centro. La debilidad manifiesta del gobierno nacional permite a las autoridades estatales y a los hombres fuertes de las regiones ganar terreno. Éstas son también algunas de las razones

98 Véanse Moisés González Navarro, *El pensamiento político de Lucas Alamán*, El Colegio de México, 1952; Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, v. 1, México - co, UNAM, IJ, 1972.

99 Andrés Reséndez Fuentes, “Guerra e identidad...”, p. 422.

por las cuales la respuesta de las entidades a la ofensiva norteamericana es desigual. Así, se observa que los estados que más contribuyen a la defensa del país son los del centro y el Bajío: San Luis Potosí, Jalisco, Michoacán, el Distrito Federal, mientras que Zacatecas, Guanajuato y Querétaro lo hacen en menor medida. El norte poco apoya a la defensa y menudean ahí los proyectos separatistas, mientras que algunos estados del sur se declaran neutrales —como Campeche— o, el caso extremo de Yucatán, que pide su anexión a la federación americana.

Sin embargo, la dispar respuesta de las entidades obedece a otras causas además de las señaladas. Su riqueza permite a los estados del centro hacer una mayor contribución a la defensa del país en relación con el norte o el sur, regiones amenazadas en forma continua por incursiones de indios belicosos o por rebeliones indígenas. Además, el hecho de que el centro haya sido escenario de la Guerra de Independencia y sea asiento del gobierno nacional lo convierte también en la región más expuesta a la retórica del nacionalismo, donde el discurso patriótico, los símbolos y los mitos se difunden de forma más persistente.

El caso del norte precisa de una explicación adicional: el comercio —ya fuera por la Ruta de Santa Fe o aquel realizado por los navíos norteamericanos con California, entre otros—, así como los negocios de especulación con tierras en Texas, crean una interacción económica progresiva y vínculos entre los habitantes del suroeste estadounidense y los del norte de México; éstos tienden a integrarse a la órbita de la economía norteamericana, en tanto que el intercambio con el centro del país es casi nulo. Su abasto y aun su supervivencia están ligados a estas actividades. Este proceso —si bien no define la respuesta de todos los fronterizos, pues hay también manifestaciones de resistencia— pesa en sus lealtades y en su respuesta al momento de la guerra. En palabras de Andrés Reséndez: los “intereses profundos de cada región” quedan al descubierto a través de las distintas reacciones de las entidades ante la invasión. La escasa colaboración de las regiones periféricas mexicanas con el gobierno central se explica a través del pobre contacto entre éstas y el centro, así como por la fragmentación y regionalización del poder político, característica presente desde la independencia.

El mismo autor señala que ver la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano como el simple resultado de las derrotas militares deja de lado el hecho de que las lealtades, en particular las de los fronterizos, se condicionan por las alianzas locales y regionales y por las ligas económicas y de intereses

políticos que los acercan al país del norte de manera creciente. Así mirada, la guerra no es más que el punto más alto de una serie de procesos que habían afectado a la frontera norte por décadas.¹⁰⁰ Entre éstos se encuentran el poblamiento indígena del lejano norte en el periodo prehispánico y la colonización europea de esa zona en la época colonial, sus posibilidades y límites. Considerar esta cuestión nos permite entender en una dimensión más profunda los “dramáticos cambios territoriales” ocurridos en los primeros treinta años de vida independiente, entre ellos la guerra mexicano-norteamericana. Ésta debe dejar de verse tan sólo como el evento que involucra a expansionistas estadounidenses y mandos militares mexicanos en permanente disputa; necesita pensarse en función de “la configuración de distintas regiones que remiten al periodo precolombino y a las trayectorias de esas regiones durante las largas centurias de gobierno colonial. El reto es hacer todo esto de manera justa y evitando los peligros de una teleología simplona”.¹⁰¹

Así, la derrota frente a las tropas americanas es “la culminación de una larga serie de rebeliones militares y de pronunciamientos cínicos” que mantienen al país en constante anarquía e impiden cualquier programa constructivo.¹⁰²

Ahora bien, al considerar que la unidad nacional se ve obstaculizada por las pugnas entre facciones, por la composición indígena de la mayoría de la población y por el predominio de los intereses regionales por encima de los nacionales se deja de lado una cuestión fundamental: la distinción entre el nacionalismo de la elite, al cual alude esa consideración, y el nacionalismo campesino popular, sustrato indispensable, donde surge el nacionalismo moderno.¹⁰³

Por el momento es difícil evaluar con cierta precisión en qué medida ese nacionalismo campesino popular actuó durante la guerra, pues el tema de la resistencia no ha sido analizado en forma integral, ni comparativa, y sólo contamos con estudios —algunos de ellos fragmentarios— de la respuesta en las entidades durante la contienda. Sin embargo hay suficientes referencias para hablar de una defensa de campesinos y habitantes de los poblados de

100 *Ibid.*, p. 434, 435.

101 Andrés Reséndez, “Same Frontier, different Trajectories: The ‘Near’ and the ‘Far’ Norths”, ponencia presentada en el congreso The Spanish Contribution to the Independence of the United States, septiembre, 2008.

102 Charles Hale, “La guerra con Estados Unidos...”, p. 46

103 Alan Knight señala que ambos diferían en sus propósitos y supuestos. Alan Knight, “Peasants into Patriots...”, p. 143.

su patria chica, de una “resistencia popular y patriótica” que muchas veces se hace mediante gavillas que atacan a los norteamericanos. Sin embargo, debe también señalarse que su blanco no se ciñe a las fuerzas enemigas, y muchas veces se ceba en paisanos hacendados, a los que aterroriza. Una práctica análoga se observa en el levantamiento de los léperos en la ciudad de México. Éstos, además de luchar, así fuera a pedradas, contra las fuerzas de ocupación norteamericanas, saquean el Palacio Nacional y los palacetes de algunos capitalinos acaudalados. Un estudioso del asunto hace ver la posibilidad de que el alzamiento con que los habitantes de la ciudad de México reciben al ejército estadounidense sea una expresión de los conflictos de clase y no una manifestación patriótica o política.¹⁰⁴

Algunos autores (López y Rivas) advierten un comportamiento “socialmente diferenciado” de las clases frente a los norteamericanos. Empero, esta conclusión referida al caso de la ciudad de México no debe hacerse extensiva a todas las regiones del país (al menos aquellas por donde pasa la guerra), ni puede concebirse como algo estático, pues ciertos sectores de la sociedad cambian su actitud hacia los estadounidenses a lo largo de la contienda como consecuencia de la convivencia a veces prolongada. Así pues, la ecuación entre clase social y respuesta ante la guerra no es simple. Lo que sí puede apreciarse de manera más clara es que la profunda escisión clasista y la violencia resultante son dos de las principales causas de que la ideología nacionalista no florezca en las primeras décadas del joven país.¹⁰⁵

Torcuato di Tella y Alan Knight señalan la manera en que México, después de la independencia, enfrenta los problemas de construir la nación y de organizar el Estado. El primero subraya que la historia del siglo XIX mexicano es la historia de la desestructuración del antiguo régimen, donde se observan la fragilidad social —con el miedo e inestabilidad política correlativos—¹⁰⁶ y los esfuerzos de las elites por organizar un Estado. El segundo hace énfasis en el hecho de que México, desde el inicio, crea un Estado a partir de la nada, en una sociedad poscolonial caracterizada por la fragmentación étnica, socioeconómica y geográfica.¹⁰⁷ En consecuencia, no resulta sorprendente ver

104 Véase al respecto la aguda reflexión de Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras...*, p. 20.

105 David Brading, *Los orígenes del nacionalismo...*, p. 125-128.

106 Torcuato di Tella, *Política nacional y popular en México...*, p. 58-81.

107 Alan Knight, “Peasants into Patriots...”, p. 143.

que, hacia mediados del siglo XIX, México no existe y, por lo tanto, tampoco los mexicanos.¹⁰⁸ Resulta así más comprensible el comportamiento desigual de regiones, estados, grupos y comunidades en la guerra de 1846-1848.

Un señalamiento adicional: los asuntos de la identidad mexicana y de la pertenencia de los mexicanos a la nación mexicana —discutidos por la elite criolla antes de la independencia, durante la vida independiente y después de la Guerra del Cuarenta y Siete, cuyo funesto desenlace desata una polémica entre conservadores y liberales—,¹⁰⁹ se circunscriben a sectores reducidos de la clase política y a los círculos intelectuales. Esa derrota deja en el país el sentimiento de desesperación y desaliento; la elite lleva a cabo una reflexión profunda, una toma de conciencia sobre el rumbo de México que sirve para la construcción del nacionalismo que florecerá en las décadas por venir.

Resulta relevante señalar que la falta de entendimiento político entre las elites, así como el desencuentro entre éstas y las masas indígenas que permitió el estallido de diversos conflictos sociales auspiciados por la coyuntura de la guerra, contrasta con las consecuencias económicas de esta última. A decir de algunos autores, la destrucción de recursos materiales y vidas durante la conflagración fue relativamente escasa, si se compara con la Guerra de Independencia o con aquella entre liberales y conservadores, que comienza con la Revolución de Ayutla y concluye con la caída del imperio de Maximiliano (1854-1867). La pérdida de territorio constituye más una privación de recursos potenciales, aún sin explotar, que la ruina o un obstáculo difícil de remontar. Y, en contrapartida, la modificación de la frontera representa el inicio de nuevas posibilidades de desarrollo regional.¹¹⁰

108 Mariano Otero, *Consideraciones*, 1848, *apud* Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras...*, p. 17.

109 Véase Charles A. Hale, “La guerra con Estados Unidos...”, p. 43-62.

110 Ernest Sánchez Santiró, “El desempeño de la economía mexicana tras la independencia, 1821-1870: nuevas evidencias e interpretaciones”, en Enrique Llopis y Carlos Marichal (coords.), *Nada excepcional: el crecimiento lento de Latinoamérica y España en la primera mitad del siglo XIX*, Madrid/México, Marcial Pons/Instituto Mora, 2009, p. 2.

Mecanismos y formas de vecindad

Fronteras

La respuesta de los mexicanos: resistencia, colaboración, indiferencia y propuestas anexionistas ante la ocupación

A la par que se desarrolla la contienda en las comarcas por donde cruzan o se estacionan las fuerzas norteamericanas, surgen en algunos estados respuestas regionales propias que divergen de la postura del gobierno central. Estas reacciones —que pueden ir desde mantener la neutralidad ante las fuerzas invasoras o colaborar con ellas, hasta urdir planes de anexión a la Unión Americana— tienen relación, como se ha señalado, con historias de viejas inquinas entre el gobierno central y grupos políticos de esas entidades, que, en el caso de las fronterizas, se ven favorecidas por el apoyo estadounidense.

Así, en la primavera de 1847 el embajador de España, Salvador Bermúdez de Castro, informa a su gobierno que “en Durango, Zacatecas, Sonora y Sinaloa se trabaja activamente para formar con estos departamentos una nación soberana”,¹¹¹ mientras que en Tamaulipas el general Antonio Canales inicia un movimiento para “independizar los departamentos fronterizos bajo la protección de las fuerzas estadounidenses”.¹¹² Por si fuera poco, en Matamoros se publican periódicos que alientan la formación de la República de la Sierra Madre. Rumores sobre la posible separación de estados para formar repúblicas independientes están presentes desde 1846 y el gobierno nacional tiene razones para temer por la unidad de la federación en estos momentos de crisis. Sin embargo, la secesión no viene de las entidades norteañas, sino de Yucatán y, momentáneamente, de Tabasco.

Yucatán había mantenido diferencias constantes con el gobierno nacional desde el establecimiento del centralismo y ya se había separado antes de la República Mexicana, a finales de 1840, como una medida para que se reconociera su autonomía, con el fin de afirmar privilegios comerciales y evitar el reclutamiento de yucatecos para enfrentar a los rebeldes texanos. Las elites locales son, por supuesto, federalistas y también separatistas cada vez que conviene a sus intereses. En 1843 se firma una serie de acuerdos que concede

111 Mercedes de Vega, “Puros y moderados...”, p. 634.

112 Andrés Reséndez Fuentes, “Guerra e identidad...”, p. 432.

a las autoridades locales completa independencia para nombrar oficiales, la exención del pago de impuestos federales en caso de guerra, libertad para determinar aranceles aduanales y el libre tránsito de mercancías, pero estas condiciones son pronto ignoradas por el gobierno de Antonio López de Santa Anna. Al comenzar los preparativos para enfrentar a los estadounidenses, el gobierno de Yucatán condiciona la ayuda en dinero y tropas al total reconocimiento de los privilegios que el departamento había negociado en 1843. El gobierno de Mariano Paredes y Arillaga rechaza estos convenios y, en enero de 1846, Yucatán nuevamente se separa de México.¹¹³ Al desincorporarse, Yucatán se declara neutral en el conflicto México-Estados Unidos, y el comercio peninsular sigue su curso normal.

La situación se complica a raíz de las disputas locales. En el estado existen dos bandos que defienden intereses comerciales bien definidos. El grupo de Mérida, donde se encuentra la capital, concentra el poder político y a partir de la apertura del puerto de Sisal en 1811 también comienza a ampliar su influencia económica en detrimento de Campeche, que hasta entonces había sido el principal puerto de la península y mantiene el control del tráfico mercantil tanto legal como ilegal. Con Sisal a su disposición, los hacendados meridanos pueden vender sus granos y su ganado directamente a Cuba y a algunas ciudades estadounidenses. En agosto de 1846 el gobernador, representante del grupo de Mérida, acepta la reunificación con México, lo que le permite continuar en el gobierno pero origina el bloqueo de Isla del Carmen y Campeche. La reacción del grupo de Campeche —que desea mantener la neutralidad y evitar un conflicto con Estados Unidos, pues un bloqueo naval interrumpiría el tráfico mercantil— no se hace esperar y organiza un levantamiento en contra del gobierno. Cuando asume el poder, toma nuevamente una posición neutral. Sin embargo, la marina estadounidense continúa con el bloqueo.

Las disputas entre estos grupos no son nuevas y su lucha había implicado enfrentamientos armados en los que ambos habían involucrado a los mayas. A cambio de su apoyo se les promete una reducción en las contribuciones que los indígenas pagan, lo que nunca sucede. En julio de 1847 los mayas inician una revuelta exitosa que los lleva a amargar Mérida y Campeche. El

113 Lorena Careaga Viliesid, “Neutralidad y rebelión: Yucatán entre dos guerras, 1848-1849”, en Laura Herrera (coord.), *México en guerra...*, p. 679.

gobierno yucateco había enviado con anterioridad a Justo Sierra O'Reilly rumbo a Washington para negociar trato preferencial para Yucatán en materia arancelaria, pero la rebelión maya obliga a que los objetivos de la misión cambien. El enviado O'Reilly solicita la intervención armada de Estados Unidos para terminar con la insurrección y a cambio de apoyo ofrece la soberanía de Yucatán, que no es aceptada por el Congreso norteamericano. Así, el gobierno yucateco se ve forzado a solicitar ayuda al gobierno mexicano para enfrentar a los mayas, lo que se concede, y meses después se formaliza nuevamente la unión a México.¹¹⁴

En Tabasco la situación es más sencilla y su separación de la República es breve, pero demuestra la fragilidad de la federación mexicana en un momento en que el gobierno nacional tiene puesta su atención en enfrentar al enemigo extranjero que avanza desde el norte del país. Si para las autoridades nacionales siempre había sido difícil atender a las regiones periféricas, durante la guerra es evidente que la capacidad de respuesta del gobierno nacional ante las tensiones locales o los intereses de grupo es casi nula. De la lealtad de los grupos locales de poder dependió la supervivencia de la federación.

La separación de Tabasco es el movimiento de un militar, Juan Bautista Traconis, que no quería ceder el Poder Ejecutivo local a su adversario político, y menos después de que organiza exitosamente la defensa de la capital del estado ante el ataque de la marina estadounidense. La justificación para la secesión es que la federación no provee al estado de los medios para defender la integridad de su territorio, pero también se relaciona con el cambio al federalismo, pues Traconis debía su poder al centralismo. A pesar de que tenía múltiples frentes que cubrir, las autoridades nacionales envían un destacamento del ejército a perseguir al rebelde y logran la reunificación de Tabasco.¹¹⁵

San Luis Potosí y el Estado de México también tienen que enfrentar rebeliones de indígenas y campesinos en su territorio. A principios de 1848, en Cuernavaca, se organizan movilizaciones contra el gobernador del Estado de México —Cuernavaca es entonces jurisdicción de esa entidad— y los campesinos de Xochitepec, Miacatlán y Tetecala atacan fincas y haciendas en demanda de la restitución de las tierras comunales de los pueblos. Contrariamente a lo

114 *Ibid.*, p. 678, 693, 696.

115 María Eugenia Arias Gómez, "La defensa en el territorio tabasqueño", en Laura Herrera (coord.), *México en guerra...*, p. 601-603.

que creen los gobernadores, en esta ocasión las tropas de la guardia nacional apoyan el levantamiento y amenazan con cortar el envío de víveres a Cuernavaca, que entonces se encuentra ocupada por el ejército extranjero.¹¹⁶ Estos dos levantamientos muestran que algunos grupos sociales aprovechan la coyuntura de la guerra para perseguir sus intereses, en un momento en el que consideran que la atención local y nacional se encuentra dispersa entre los conflictos políticos regionales y el conflicto bélico, lo que les confiere ventajas y ciertas posibilidades de éxito.

Otro caso particular es el de Baja California. Al igual que Alta California y Chihuahua en el occidente, Baja California también se prepara para resistir los ataques de las fuerzas norteamericanas con sus propios recursos. Durante la guerra, tropas estadounidenses ocupan pueblos estratégicos de la Baja California, como La Paz y San José del Cabo, y los sectores expansionistas en Estados Unidos dan por sentado la posesión de ese territorio. Algunos mexicanos favorecen la idea de la unión al país del norte y cooperan con las autoridades norteamericanas durante la ocupación, y “más de 300 bajacalifornianos firman un documento pidiendo la anexión a Estados Unidos”.¹¹⁷ Pero otros se manifiestan abiertamente adversos a la presencia extranjera, organizan la resistencia armada en contra del enemigo y hacen pública su lealtad a la República Mexicana.

El apoyo a los estadounidenses no es un evento extraordinario. Muchos mexicanos hacen negocios con el ejército extranjero durante las campañas militares y los mantienen con las fuerzas de ocupación, particularmente en aquellas ciudades que tienen una presencia norteamericana larga como Matamoros, Monterrey y Saltillo. En Monterrey se acusa a Francisco Arrambide de servir de guía de los norteamericanos en su tránsito por la entidad y se sabe que las mulas que emplean en su marcha de Camargo a Monterrey son provistas por rancheros mexicanos, que reciben cuatro reales diarios por cada mula, y también se emplean alrededor de 400 arrieros, lo que sin duda es un buen ingreso para muchos habitantes de Tamaulipas y Nuevo León. Aunque

116 Valentín López González, “La intervención norteamericana en Cuernavaca”, en Laura Herrera (coord.), *México en guerra...*, p. 418.

117 Antonio Padilla Corona, “Escenario político en el Partido Norte, 1848-1882”, en Catalina Velásquez Morales (coord.), *Baja California: un presente con historia*, Mexicali, UABC, 2002, p. 189. Véase también Marcela Terrazas Basante, *En busca de una nueva frontera. Baja California en los proyectos expansionistas norteamericanos, 1846-1853*, México, UNAM, IIH, 1995.

en Coahuila se forman milicias para la defensa de la entidad y en Saltillo se hacen todos los preparativos para albergar al ejército mexicano en su camino a Tamaulipas, algunos miembros de la elite reciben bien a los estadounidenses. En Parras, los hermanos Ibarra hospedan a los jefes y oficiales norteamericanos en su hacienda, mientras que el terrateniente Jacobo Sánchez Navarro asegura la protección a sus propiedades a cambio de abastecer de alimentos a las tropas extranjeras. El caso de los Sánchez Navarro es particular porque se declaran neutrales en el conflicto y a la vez que negocian con el ejército invasor también proveen de alimentos a las tropas mexicanas.¹¹⁸ Es tan notorio que los coahuilenses se benefician del comercio de víveres y demás bastimentos para el ejército extranjero, que se llegan a solicitar constancias que prueben “que no eran proveedores del enemigo americano”.¹¹⁹ Por otra parte, a la mayoría de los habitantes no le interesa participar en la guerra, ni siquiera en las milicias locales. En septiembre de 1846, cuando se preparaba la defensa de Monterrey, el alcalde de Marín informa que solamente se habían enlistado 35 individuos de los ochenta solicitados y en San Nicolás de Hidalgo sólo se puede reclutar a cinco de los cuarenta milicianos requeridos, pues los vecinos abandonan el pueblo.¹²⁰

Los estados que no experimentan la presencia continua de tropas extranjeras hacen aportaciones constantes de cantidad y calidad variable, mientras que aquellos que sufren la invasión y ven de cerca las batallas emplean todos sus recursos disponibles para enfrentar al enemigo, haciendo efectiva la idea de que defender el territorio del estado era defender también a la nación, aunque notoriamente lo más importante era el estado, como se hace evidente en el caso de Chihuahua, que emprende una resistencia decidida pero una vez que el ejército norteamericano abandona su territorio, se desentiende del esfuerzo bélico del resto del país. Excepciones notables a esta respuesta fueron Veracruz, donde la falta de un jefe militar que articule la defensa hace que los pobladores se atengan a sus fuerzas para resistir, y Pue-

118 Cecilia Sheridan Prieto, “Coahuila y la invasión norteamericana”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo...*, p. 175.

119 Eduardo Enríquez Terrazas, “La estancia del ejército de ocupación norteamericana en Saltillo, octubre de 1846-julio de 1848”, en Laura Herrera (coord.), *México en guerra...*, p. 189.

120 Jesús Ávila, “Aspectos sociales: entre la jara del salvaje y el rifle del extranjero”, en Leticia Martínez Cárdenas, César Morado Macías y Jesús Ávila Ávila, *La guerra México-Estados Unidos. Su impacto en Nuevo León, 1835-1848*, México, Senado de la República, 2003, p. 251, 256-258.

bla, que, presa de “un cansancio que había extinguido prácticamente todo espíritu de lucha”, no realiza resistencia alguna.¹²¹ Otros, como San Luis Potosí, también tienen que destinar recursos para contener la insurrección indígena en Sierra Gorda.

Si bien la mayoría de los estados participa con recursos económicos, las condiciones impuestas por el federalismo, que requieren el concurso tanto del Poder Ejecutivo como del Legislativo para tomar resoluciones respecto al apoyo al gobierno nacional, dificulta el flujo de hombres y dinero para el sostenimiento del esfuerzo defensivo, pues en lo que se realizan los pedidos y las negociaciones entre una y otra autoridad se pierde la efectividad del apoyo que es requerido. Así, los afanes de los estados más comprometidos con la guerra no pueden dar resultado debido a que sus aportaciones se envían al gobierno federal de forma fraccionada y descoordinada, mientras que las autoridades generales tampoco pueden aprovechar el apoyo debido a las condiciones políticas imperantes.

Interacción económica

El financiamiento de la guerra

A principios de 1846 las finanzas del gobierno mexicano no son saludables. Se calcula que entre 1840 y 1845 los ingresos ordinarios importan un promedio de 7 000 000 de pesos por año, pero se tiene una deuda interna y externa considerable. Las fuentes de ingresos son pocas y las más importantes son las aduanas, las contribuciones de los departamentos y los préstamos. La mitad de los impuestos al comercio exterior se destina al pago de la deuda y el resto a cubrir los gastos corrientes de la administración.¹²² Si en tiempos de paz las cantidades que percibe el gobierno nacional son apenas suficientes para mantener la maquinaria burocrática y el crédito abierto, la guerra reduce drásticamente la capacidad económica del gobierno, pues el ejército norteamericano toma el control de la aduana de Matamoros y bloquea el puerto de Veracruz, en 1846, terminando así con una de las fuentes de recursos más importantes para la nación. Ante la falta de ingresos aduanales, los presta-

121 Alicia Tecuanhuey Sandoval, “Puebla durante la invasión norteamericana”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo...*, p. 414.

122 Carlos Rodríguez Venegas, “Las finanzas públicas y la guerra contra los Estados Unidos”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo...*, p. 105.

mistas se niegan a proveer al gobierno de más efectivo para financiar la guerra; aunque, al mismo tiempo, presionan al gobierno para obtener el pago de sus deudas.

El cambio al federalismo trae a la jefatura del Ejecutivo a Antonio López de Santa Anna así como una nueva distribución de rentas entre los estados y el gobierno nacional. Santa Anna establece impuestos a la fincas rústicas, añade 50% a las contribuciones directas sobre establecimientos industriales y toma una medida que genera controversia: eximir a las entidades del pago del contingente a cambio del cobro de las alcabalas, lo que “debilitó completamente la estructura federal, dejándola hecha una ‘cáscara vacía’”. Aunque el decreto se abolió poco después, la mayoría de los estados, entre ellos Puebla y Jalisco, retuvo el importe del contingente.¹²³ En agosto de 1846 las remisiones del “interior”, más los ingresos de la aduana de la ciudad de México, importan solamente 232 449 pesos.¹²⁴ Hasta octubre de ese año las acciones del Ejército del Norte se financian con la recaudación de las rentas federales en San Luis Potosí, Guanajuato y Zacatecas, que en ese momento incluyen el impuesto del 4% de la acuñación, 6% de la exportación de moneda y los contingentes que Guanajuato y Zacatecas envían a pesar del decreto del presidente. Sin embargo, las fuerzas armadas necesitan 90 000 pesos adicionales para sostenerse durante el mes de noviembre. Ante esta realidad, el gobierno santannista sufraga los gastos de la guerra a partir de préstamos forzosos. El primero de ellos es de 2 000 000 de pesos y se impone a la elite económica de la capital. En total se recaudan 921 000 pesos.

Los gobiernos locales organizan juntas patrióticas encargadas de recabar donativos de los habitantes para apoyar al esfuerzo bélico. Estas aportaciones no sólo son monetarias, también incluían ropa, caballos, armas y víveres para sostener al ejército, pero la participación es limitada. A pesar de la poca colaboración ciudadana, los gobiernos de los estados, particularmente el Estado de México, Guanajuato, Zacatecas y Michoacán, reconocen como un deber de los miembros de la federación apoyar al gobierno nacional en el esfuerzo defensivo, así que remiten periódicamente recursos para la guerra.

123 Bárbara Tenenbaum, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, FCE, 1985, p. 92-93; Carlos Rodríguez Venegas, “Las finanzas públicas y la guerra...”, p. 217.

124 Carlos Rodríguez Venegas, “Las finanzas públicas y la guerra...”, p. 108, 112, 118, 119.

Zacatecas es un caso particular. Aunque entrega su contingente, también aprovecha las crecientes necesidades pecuniarias del gobierno nacional para presionar por la devolución de la Casa de Moneda, que se encuentra bajo administración de una casa comercial inglesa. Las autoridades locales tampoco cubren el número de hombres que deben enviar para el ejército.¹²⁵

Por su parte, los gobernadores de Guanajuato y el Estado de México están dispuestos a enfrentar a las elites económicas y aun a sus legislaturas para imponer contribuciones forzosas y recaudar dinero para el sostenimiento del ejército. Durante los primeros meses del conflicto, el efectivo para la guerra se obtiene de los recursos estatales, pero pronto las tesorerías comienzan a quedar en bancarota. Para agosto de 1846, el gobierno guanajuatense ya había entregado 30 000 pesos a Santa Anna y prometía remitir otros 20 000. Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, se resistió hasta el último momento a imponer préstamos y contribuciones directas a la propiedad agraria. Cuando se ve en la necesidad de hacerlo, encuentra una fuerte resistencia, al grado de que “en Pénjamo y Corralejo los hacendados ordenaron a sus capataces no entregar ninguna cantidad de dinero e incluso dejar que el fisco les embargara bienes equivalentes a la cuota”.¹²⁶ El gobernador del Estado de México, Olaguíbel, fue más exitoso en su recaudación de fondos, ya que en diciembre de 1846 envía 150 000 pesos para el ejército. Mientras que en Sonora sólo se reúnen 1 200 pesos para el sostenimiento de las tropas.¹²⁷

Las contribuciones de los estados resultan poco fructíferas para el gobierno general debido a la gran cantidad de recursos que se necesitan, además, de forma constante. A pesar de los esfuerzos del Ministerio de Hacienda nunca hay suficientes fondos para cubrir todas las necesidades de alimento, vestido y armamento del ejército. Así, a finales de 1846, se comienza a considerar la posibilidad de emplear como garantía los bienes de la Iglesia para conseguir un préstamo de 20 000 000 de pesos.¹²⁸ Finalmente, el 11 de enero de 1847 el

125 Mercedes de Vega, “Puros y moderados...”, p. 621.

126 José Antonio Serrano, “Hacienda y guerra. Elites políticas y gobierno nacional: Guanajuato, 1835-1847”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo...*, p. 263, 264.

127 Armando Quijada Hernández, “Impacto de la guerra de intervención angloamericana en Sonora, 1846-1848”, en Laura Herrera Serna (coord.), *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales*, México, Conaculta, 1997, p. 590.

128 Carlos Rodríguez Venegas, “Las finanzas públicas y la guerra...”, p. 122.

vicepresidente Valentín Gómez Farías decreta la nacionalización y venta de bienes de la corporación hasta por 15 000 000 de pesos. La medida enfrenta el rechazo eclesiástico inmediato y la oposición de varios gobernadores y legislaturas, que se niegan a publicarlo. Este decreto también detona la rebelión de los moderados en la ciudad de México, que pone fin al gobierno radical de Gómez Farías. A cambio de que se retirara el decreto, la Iglesia dio garantías para un préstamo de 1 500 000 pesos.¹²⁹

Tras este descalabro, no hay más alternativa que recurrir a los préstamos garantizados por el clero y a los prestamistas, quienes obtienen grandes ventajas de los apuros económicos del gobierno federal. En mayo de 1847, la Iglesia firma libranzas por casi 2 000 000 de pesos, mientras que el cónsul británico Ewen MacKintosh consigue el arrendamiento de las Casas de Moneda de Guanajuato y de la ciudad de México, al tiempo que se negocia un préstamo con la casa Manning y MacKintosh por 5 000 000 de pesos, de los cuales sólo 600 000 se recibirán en efectivo.¹³⁰ Por otra parte, los recursos proporcionados por los estados son cada vez más limitados. Aquellas entidades ocupadas por el enemigo no pueden contribuir al sostenimiento de la guerra y, en cuanto cae la ciudad de México, varias dejan de enviar recursos a la federación. El Congreso de la Unión, que se traslada a Querétaro, sólo cuenta con los ingresos del estanco del tabaco y algunas otras rentas federales que se recaudan en Querétaro y Guanajuato. La renta del tabaco es el único recurso constante con el que cuenta el gobierno nacional durante toda la guerra, las aportaciones de los estados son variables, la recaudación de contribuciones extraordinarias es poco exitosa, el crédito no siempre está disponible y los donativos son escasos. Arduos son los trabajos que el gobierno nacional tiene que realizar para reunir recursos monetarios con el propósito de sostener un ejército, así sea de manera precaria, y su insolvencia “determinó, en gran medida, las dimensiones de la derrota”.¹³¹

129 Bárbara Tenenbaum, *México en la época de los agiotistas...*, p. 95.

130 *Ibid.*, p. 97; Carlos Rodríguez Venegas, “Las finanzas públicas y la guerra...”, p. 131.

131 Carlos Rodríguez Venegas, “Las finanzas públicas y la guerra...”, p. 132.

Cultura y comunicaciones

La vida cotidiana de soldados regulares, voluntarios y altos mandos norteamericanos

La contienda entre Estados Unidos y México supone la transformación de la vida cotidiana de todos aquellos que de diversas formas tienen que ver con la guerra y, desde luego, de los integrantes de los cuerpos armados. La vivienda, la alimentación y las diversiones de los dos pueblos cambian durante el conflicto. Al contrario de lo que pueda creerse, el ejército norteamericano no está preparado para enfrentar una guerra con México: las tropas regulares cuentan con menos de 5 500 hombres, de los cuales más de la mitad está encargada de la defensa de la frontera sur del país. Incluso la prensa británica publica ácidas críticas al ejército que se dispone a emprender la guerra con México. El número de sus hombres y la instrucción deficiente presagia desastres, señalan.¹³² A esto se suma la inexperiencia de sus miembros y la edad avanzada de los altos mandos, lo que constituye un escollo más para su desempeño en el campo de batalla.¹³³ El Congreso, a fin de contrarrestar tales deficiencias, autoriza al presidente James K. Polk el reclutamiento de 50 000 voluntarios que, tras recibir un limitado adiestramiento, parten rumbo al sur desde Nueva Orleans. El puerto no sólo funciona como base de las actividades militares, sino como el centro de concentración de las fuerzas voluntarias debido a su proximidad con Texas y con México mismo.¹³⁴

El optimismo y buen ánimo con el que las fuerzas regulares y de voluntarios emprenden la marcha pronto se topa con la cruda realidad. La discordia entre los integrantes del ejército regular y los voluntarios se registra tempranamente. Es posible que las diferencias entre la preparación militar y la disciplina entre ambos cuerpos la motiven; lo cierto es que el asunto cobra importancia a lo largo de la guerra. Pero no son estas disparidades las únicas razones de la desavenencia; las diferencias de clase —los soldados rasos provienen de los estratos más bajos de la sociedad— y el hecho de que alrededor del 40% sea inmigrante con poco tiempo de residencia en el país, y un tercio de ellos anal-

132 Robert W. Johannsen, “La joven América...”, p. 265.

133 Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army: The American Military Experience in the Mexican War*, Texas A&M University Press, 1997, p. 50-65.

134 Thomas W. Reilly, “American Reporters and the Mexican War, 1846-1848”, tesis de doctorado, Minnesota, University of Minnesota, 1975, p. 52-53.

fabeto, favorece la división. Además, el ambiente insalubre y riesgoso en que viven ambos cuerpos se acompaña de una comida tan mala como las condiciones de los albergues. El riesgo de muerte por enfermedad o en combate es constante a lo largo del conflicto, aunque al primero es considerablemente más severo que el segundo, pues las enfermedades infecciosas —disentería, malaria, cólera y fiebre amarilla— son motivo de 11 000 bajas, cifra harto mayor que los 1 600 decesos habidos en los combates militares.¹³⁵ (Véase figura 34.)

Según algunas estimaciones, la guerra es, en términos relativos de defunciones y enfermedades, la más mortífera de todas las guerras norteamericanas. El 88% de las defunciones obedeció a padecimientos infecciosos, de manera abrumadora, por disentería bacteriana o amebiana. Eso quiere decir que de cada ocho hombres muertos siete fallecen por enfermedad y sólo uno a consecuencia de un arma de fuego mexicana. Esto obedece a la poca importancia que tanto los oficiales como los reclutas dan a la sanidad e higiene observada en los campos militares y, en especial, en los hospitales, lo cual se proyecta en los brotes de disentería, que impacta fatalmente a voluntarios y ejército por igual. La afección causa más estragos que la tifoidea, el tifus, la malaria, la fiebre amarilla, la viruela o el sarampión. Su efecto letal, que pudo haberse evitado, estuvo “cerca de lograr lo que el ejército mexicano no pudo hacer por la fuerza de las armas: derrotar al ejército norteamericano”.¹³⁶

Durante la campaña, las tropas viven en tiendas de lona que apenas los protegen de las inclemencias del tiempo. Una vez que la ciudad de México es ocupada, algunos miembros del ejército se albergan en casas particulares, hospitales y edificios gubernamentales, espacios que utilizan para preparar sus alimentos, realizar algún tipo de actividad recreativa y organizar expediciones para conocer los alrededores de la capital.¹³⁷ Si bien los alimentos que consumen son más o menos variados —carne de res o de cerdo, algún tipo de pan de trigo o de maíz, chícharos, frijoles o arroz— rara vez disponen de sal, azúcar y café. Los miembros del pelotón se organizan en turnos para preparar la comida: caldos o sopas, o bien un platillo en el que combinan todos

135 Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army...*, p. 113-138; James M. McCaffrey, “Santa Anna’s Greatest Weapon: The Effect of Disease on the American Soldier During the Mexican War”, *Military History of the West*, v. 24, n. 2, 1994, p. 111-121. Los datos de Vincent J. Cirillo (“More Fatal than Powder and Shot”, *Perspectives in Biology and Medicine*, v. 53, n. 3, verano, 2009, p. 400-413) difieren un poco al señalar que de un total de 12 535 muertes, 10 896 ocurrieron por enfermedades infecciosas.

136 *Ibid.*, p. 400.

137 Tal como se indica antes, se calcula que entre 13 000 y 14 000 efectivos ocupan la ciudad.



Figura 34. Entierro de los americanos, en Abraham López, *Undécimo calendario de Abraham López*; arreglado al meridiano de México y antes publicado en Toluca para el año de 1849, [México], Imprenta del autor, Calle 3a. de Santo Domingo junto al número 1, 1848. Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado.

los ingredientes. Las fondas y restaurantes de la capital venden sus productos al ejército norteamericano. Algunos soldados prueban los platillos que se expenden en los alrededores de los campamentos militares; otros más, pese a la prohibición del saqueo de víveres, asaltan huertas y casas, y unos cuantos se aventuran a solicitar alimento a los mexicanos.¹³⁸

La mayor parte de los voluntarios es letrada, y el hecho de que la guerra se libre en territorio desconocido motiva a muchos de ellos, así como a miembros del ejército, a escribir diarios personales, cartas a familiares e incluso a dibujar los paisajes y personajes mexicanos que llaman su atención. La *Historia de la conquista* de William Prescott, de reciente publicación en Estados Unidos, lleva a algunos de ellos, imbuidos de romanticismo, a comparar su incursión en México con la de Hernán Cortés en el siglo XVI. Las referencias al “árbol de

138 Frederick Zeh, *An Immigrant Soldier in the Mexican War*, College Station, Texas A&M University Press, 1995, p. 37-40.



Figura 35. Retrato de Zachary Taylor, “Zachary Taylor, half-length portrait facing slightly left, in uniform, holding telescope”, Alexander Hay Ritchie (grabador), 1848 (LC-USZ62-71730 DLC b&w film copy nev.), Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D. C., USA <www.loc.gov/pictures/item/96522973>.

la noche triste”, a los sacrificios humanos que practicaban los mexicas y a los “palacios de Montezuma” les sirven para enaltecer su presencia en México.¹³⁹ (Véase figura 35.)

Las tropas mexicanas por su parte se reclutan, en la mayoría de los casos, a través de la leva, lo cual explica la desertión, la sublevación, la indisciplina y la improvisación, rasgos que los asemejan con los voluntarios estadounidenses. El Ejército del Norte, dirigido por el general Mariano Arista, es creado después de la independencia de Texas para resguardar la frontera del río Bravo, y sus 5 200 hombres son los responsables del enfrentamiento con el general Zachary Taylor en la campaña del norte. Una vez que el despliegue militar de Estados Unidos

alcanza el valle de México, lucha bajo la dirección del general Gabriel Valencia, aunque después de la batalla de Padierna el cuerpo militar se disuelve. Por otra parte, el Ejército del Este está integrado por 11 000 hombres bajo la dirección de Antonio López de Santa Anna, que pelea en el centro del país. Luego de la fatídica batalla de Cerro Gordo, la agrupación se desintegra y algunos de sus miembros, a los que se unió la Guardia Nacional, protagonizan las batallas de los alrededores de la ciudad de México.¹⁴⁰ (Véase figura 36.)

Las condiciones de vida del ejército mexicano no son mejores que las de los norteamericanos: la escasez de los recursos económicos para el sostenimiento del conflicto, la orfandad de mando militar y la desorganización de

139 Fabiola García Rubio, *La entrada de las tropas estadounidenses a la ciudad de México. La mirada de Carl Nebel*, México, Instituto Mora, 2002, p. 31; Robert Johannsen, “La joven América...”, p. 272.

140 Ramón Alcaraz *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Conaculta, 1991, p. 239-248; Cecil Robinson, “La visión de Chapultepec”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *De la rebelión de Texas a la guerra del 47*, México, Nueva Imagen, 1994, p. 173.



Figura 36. *Batalla de Cerro Gordo*, 1847, en Bernard F. Reilly, *American Political Prints, 1766-1876*, Boston, G. K. Hall, 1991 (L-USZ62-91395 b&w film copy neg.), Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington. <www.loc.gov/pictures/resource/cph.3b377738>.

las tropas generan dificultades constantes que se reflejan en la organización de los albergues y en la preparación de los alimentos: tortillas y frijoles que los soldados preparan en los campamentos y, ocasionalmente, carne, obtenida por donaciones o saqueos a las comunidades cercanas, aunque estos últimos estén prohibidos.¹⁴¹

La vida en ambos campamentos revela, más allá de los pormenores cotidianos, el tejido social de los países que representan. Las preocupaciones, demandas y ambiciones de ambos pueblos, en apariencia del todo antagónicas, resultan estar más cercanas entre sí de lo que se reconoce. Las disputas y falta de cohesión entre voluntarios o leva y ejército, así como entre las elites que las dirigen —en el caso mexicano y en el estadounidense—, revelan las luchas que se libran en el interior de la sociedad de los dos jóvenes países. (Véase figura 37.)

El día a día de la capital ocupada

“¡Mueran los yankees y muera el traidor Santa Anna!”, grita la multitud cuando, en la mañana del 14 de septiembre de 1847, ocho soldados del ejército norteamericano izan su bandera frente al Palacio Nacional.¹⁴² Comienza así la ocupación de la ciudad de México en la que ciudadanos, miembros de las fuerzas armadas y voluntarios estadounidenses conviven a lo largo de nueve meses. De tal suerte que, si la guerra es una vidriera a través de la cual los estadounidenses pueden ver y apreciar a un pueblo extraño,¹⁴³ estos meses en la capital mexicana son una de las experiencias más intensas de ese mirador tan sólo por el número de habitantes de la localidad, por la cifra de las fuerzas de ocupación que se instalan en ella —cerca de 14 000 hombres— y por el tiempo que abarca.¹⁴⁴ Entre el otoño de 1847 y la primavera de 1848,

141 Ramón Alcaraz *et al.*, *Apuntes para la historia...*, p. 140-141.

142 Buena parte de los testimonios que sirven de base a este apartado están tomados de María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”, p. 195-232. Omitimos las referencias repetidas para dar fluidez a la lectura. “La Revolución de los Polkos o la cruzada de México en el siglo XIX”, en *Décimo calendario de Abraham López para el año bisiesto de 1848*, México, Imprenta de Abraham López, 1848, p. 65-66.

143 Robert W. Johannsen, *To the Halls of the Montezumas. The American War in the American Imagination*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, p. VIII.

144 La cifra es de María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”, p. 203-204. Josefina Vázquez consigna que a los 8 000 soldados que ocuparon la ciudad se agregaron los voluntarios. Josefina Zoraida Vázquez, *La intervención...*, p. 113.



Figura 37. Detalle de *Entrada del general Scott en México*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

mexicanos y estadounidenses comparten la ciudad; transitan por sus plazas, calles y barrios; coinciden en cantinas, billares, teatros, circos y prostíbulos; departen en salones de baile o en residencias de encumbrados capitalinos. (Véase figura 38.)

Los norteamericanos en la ciudad de México provocan reacciones encontradas desde su arribo, que a su vez se modifican en el transcurso de la ocupación. Su entrada en la capital hace que “los balcones de Plateros, calle emblemática de la aristocracia novohispana se p[ueble] con banderas de parlamento, blancas como palomas de la paz, a la hora en que la comandancia estadounidense se aproximaba al Zócalo” y que otros vecinos desplieguen estandartes de países extranjeros, con la esperanza de librarse del saqueo de las fuerzas estadounidenses.¹⁴⁵ Así también, la llegada de los vencedores da ocasión a un alzamiento de los habitantes de los barrios de léperos de la ciu-

145 Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras...*, p. 20.



Figura 38. Detalle de *Entrada del general Scott en México*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

dad —que equivalen a los sans-culottes de la Revolución francesa— entre el 14 y el 16 de septiembre, donde el pobrerío lanza piedras, palos o lo que tiene a mano contra los recién llegados, pero ataca también los palacetes de los mexicanos acomodados. Este movimiento, que algunos autores ven como actos heroicos, de patriótica defensa, producto de valentía y coraje, es considerado por otros una manifestación de los conflictos de clase.¹⁴⁶ Ambos factores, al actuar de manera simultánea, constituyen los resortes de la lucha. (Véase figura 39.)

Pasado el revuelo de los primeros días, los norteamericanos ocupan cuarteles abandonados por los mexicanos, conventos, algunas casas de particulares y el Palacio Nacional, donde se hospedan los oficiales. Ponen guardias en las garitas y en las calzadas que llegan al corazón de la ciudad. Ésta no permanece inalterada ante la presencia estadounidense; su vida económica se organiza para satisfacer las demandas de productos y servicios de los recién llegados. Aparecen decenas de mesones, fondas, cafés, salas de juego y cantinas. Los artículos de primera necesidad aumentan de precio, al igual que el tabaco y el licor.¹⁴⁷ Gente de los más variados oficios entra pronto en contacto con los vencedores y se apresura a traducir al inglés los letreros que anuncian sus servicios. Se instala un taller de costura donde más de mil mujeres asalariadas elaboran ropa para la tropa.¹⁴⁸

Los comerciantes, con muy pocas excepciones, hacen su agosto y algunos de ellos, si pueden, especulan con los productos de más demanda. Guillermo Prieto apunta que los estadounidenses “pagan francamente lo que compran y gratifican con generosidad a los que los sirven. El bajo pueblo y los indios han aprendido maravillosamente el sistema decimal y el daime [*sic*] les es tan familiar como el tlaco”.¹⁴⁹ Por otra parte, los norteamericanos permiten a los pobres recoger el maíz que sus carros derraman al transitar, actitud que hace que este segmento de la población no sienta hacia las fuerzas de ocupación el odio que sí les profesan otros sectores sociales.¹⁵⁰ (Véase figura 40.)

146 La primera postura es sostenida por María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”, p. 198. Sobre la segunda, véase el agudo estudio de Luis Fernando Granados ya citado.

147 María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”, p. 204.

148 Winfiel Scott, “Orden General 287”, *The American Star*, p. 4.

149 Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, 5a. ed., México, Patria, 1969, p. 427-428.

150 *Idem*.



Figura 39. El pueblo apedrea los carros de los invasores, ca. 1847-1848, México, Litografía de Murguía, siglo XIX. Museo Nacional de las Intervenciones, ex convento de Churubusco. En *En defensa de la patria*, México, Archivo General de la Nación, Dirección de Publicaciones y Difusión, Comisión Organizadora de los Homenajes del CL aniversario de los niños héroes, Secretaría de Gobernación, 1997, p. 23.

Durante las primeras semanas, “la buena sociedad” no acepta en sus hogares a los norteamericanos —ni siquiera a los jefes y menos todavía a los subalternos— debido a la desconfianza que les suscitan y por miedo al qué dirán. Quienes se atreven a hacerlo son censurados y su casa queda “como excomulgada”.¹⁵¹ En cambio muchos voluntarios, menos educados y disciplinados que los oficiales, pronto se sientan a la mesa con los vagos capitalinos para pasar el rato entre juegos de azar.¹⁵² Con el paso del tiempo, algunos mexicanos admiten a los oficiales estadounidenses e incluso los alojan en sus casas y éstos, “elogiando la belleza del país y de las señoritas mexicanas, iban poco a poco formando relaciones e inspirando confianza a las familias”.¹⁵³ (Véase figura 41.)

Otras mexicanas menos distinguidas atraen la atención de los extranjeros: las “mujeres perdidas”, que se multiplican “porque sus favorecedores

151 Tal se desprende de una carta que un amigo remite a Guillermo Prieto al inicio de la ocupación. *Ibid.*, p. 425-426.

152 Josefina Zoraida Vázquez, *La intervención...*, p. 113.

153 Ramón Alcaraz *et al.*, *Apuntes para la historia...*, p. 363.



Figura 40. Detalle de *Entrada del general Scott en México*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.



Figura 41. Detalle de *Entrada a México del general Scott*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

regaban para ellas dinero”. Las “margaritas”, como las nombran, departen en los salones de baile con “hombres desmelenados, con las levitas y chalecos desabrochados”, en animados bailes donde el alcohol corre sin mayor freno para escándalo y vergüenza de la “gente de bien”.¹⁵⁴ Caro cobran a las “margaritas” su atrevimiento, pues al salir las fuerzas de ocupación algunos ciudadanos las apedrean y agreden con saña.

El teatro es también una atractiva opción de esparcimiento para voluntarios y soldados; algunos de ellos montan obras en inglés o en alemán en el Teatro Nuevo México y el diario *The American Star* reseña los éxitos de El Principal.¹⁵⁵ El Circo Americano se acomoda en la plaza de toros. Ahí se ofrece, además del espectáculo taurino, suertes ecuestres y musicales. Los billares proliferan en algunos hoteles, donde se venden también bebidas y alimentos.¹⁵⁶ Pero son los bailes la principal diversión de las fuerzas de ocupación a pesar de las críticas acres de los mexicanos de “buenas costumbres”. Imitando la moda norteamericana, muchos salones abren sus puertas en distintos rumbos de la ciudad, donde oficiales del ejército de Estados Unidos y algunos “ciudadanos respetables” de la capital —previo pago— se divierten.

Pero no todo es placer y bullicio. A lo largo de los meses que permanecen en la ciudad de México, los norteamericanos hacen frente a la llamada “guerra privada”, descrita por José Fernando Ramírez como “verdaderamente espantable”. A consecuencia de esta guerra dice: “El ejército enemigo merma diariamente por el asesinato sin que sea posible descubrir a ninguno de sus ejecutores. El que sale por los barrios o un poco fuera del centro, es hombre muerto y me aseguran que se ha descubierto un pequeño cementerio en una pulquería, donde se prodigaba el fatal licor para aumentar y asegurar las víctimas”.¹⁵⁷ El diario *The American Star* hace pública la indignación que provocan las muertes, heridas y asaltos de que son objeto los soldados estadounidenses a manos de mexicanos.

154 Guillermo Prieto, *Memorias...*, p. 427-428.

155 *The American Star*, 30 de septiembre de 1847, p. 3; Ramón Alcaraz et al., *Apuntes para la historia...*, p. 363

156 María Gayón Córdoba, “Los invasores yanquis...”, p. 208.

157 José Fernando Ramírez, “Carta a Elorriaga, 30 de septiembre de 1847”, en Genaro Estrada y Carlos Pereyra (comps.), “México durante la guerra con los Estados Unidos”. José Fernando Ramírez, Carta del 30 de septiembre de 1847, en *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Librería de Ch. Bouret, 1905, v. 3.

Además de la violencia citadina, los estadounidenses son hostilizados por guerrilleros, entre los cuales el grupo del padre Celedonio Domeco Jarauta cobra fama en los alrededores de la ciudad y en el camino entre ésta y Puebla.¹⁵⁸ Para castigar a los mexicanos que cometían faltas graves las autoridades imponen castigos ejemplares, mientras que las faltas menores son escarmentadas con azotes en público. No obstante, no logran poner fin a las transgresiones, la seguridad mejora al tiempo que las azotaínas enardecen a la gente de la clase baja que lanza piedras contra los norteamericanos que ejecutan el castigo.¹⁵⁹ (Véase figura 42.)

Finalmente, el 12 de junio de 1848, las fuerzas norteamericanas salen de la ciudad de México después de largos meses de permanencia. Capitalinos, voluntarios y miembros del ejército convivieron en su calidad de vencedores y vencidos. En los intersticios de esa convivencia aflora la violencia pero también la interacción pacífica y el intercambio. Estadounidenses y mexicanos, la inmensa mayoría por primera vez, están frente a frente. La imagen que cada uno tiene del otro —sin dejar de entretenerse con el bagaje cultural, los prejuicios y los mitos— contiene ahora un nuevo elemento: la vivencia. Cobra sentido aquí la observación de Robert W. Johannsen: “La guerra fue una ventana a través de la cual los estadounidenses pudieron ver y apreciar a un extraño y conocer sus tierras, sus costumbres, sus actitudes”.¹⁶⁰ (Véase figura 43.)

Opinión pública y prensa ante la guerra

No sólo los norteamericanos que vinieron a México o los mexicanos que estuvieron en la contienda o cerca de ella tuvieron ocasión de mirar a su vecino; lo hicieron también quienes permanecieron en su país o los que estuvieron alejados del escenario de las batallas a través de la prensa. En tal sentido, el papel desempeñado por los diarios de uno y otro país es también el de un mirador elocuente que ayuda a forjar nuevas imágenes de los pobladores de la nación contigua.

La guerra mexicano-estadounidense es el primer conflicto en el mundo en el cual hay un uso masivo de los medios telegráficos.¹⁶¹ El fenómeno no es

158 Así lo informa *The American Star*, el 22 de octubre, 9 y 10 de noviembre de 1847 y 31 de marzo de 1848.

159 *The American Star*, 9 de noviembre de 1847; Josefina Zoraida Vázquez, *La intervención...*, p. 113.

160 Robert Johannsen, *To the Halls...*, p. 203-204.

161 Mucha de la información contenida en este apartado proviene de Robert Johannsen, “La joven América...”



Figura 42. Guerrillas atacando una caravana, 1847, anónimo, en S. G. Goodrich, *A Pictorial History of the Western World. Pictorial History of America, Embracing both the Northern and Southern Portions of the New World*, Hartford, Published by House & Brown, 1850, p. 805. Reproducido en *En defensa de la patria*, México, Archivo General de la Nación, 1997, p. 49.



Figura 43. Detalle de *Entrada a México del general Scott*, por Carl Nebel, en George W. Kendall, *The War between the United States and Mexico Illustrated*, 1851. Centro de Estudios de Historia de México CARSO.

intempestivo; desde la década de 1830, la expansión periodística tiene lugar en la Unión Americana, como resultado de una mejora en los sistemas rotativos y en el de correos. De tal manera, el conflicto armado coincide con la “explosión de la prensa” caracterizada por periódicos baratos, imprentas movidas por vapor, nuevas técnicas en la compilación de noticias, uso del telégrafo magnético,¹⁶² y el empleo, por vez primera, de corresponsales de guerra, incluidos los voluntarios que envían artículos a los periódicos locales de sus ciudades. Para el momento en que se inicia el enfrentamiento, el público lector exige a los diarios información actualizada sobre los hechos bélicos. A fin de contar con noticias frescas, la mayor parte de las publicaciones envía a corresponsales que se encargan de relatar las batallas, las estrategias del enemigo y el avance de las negociaciones de paz. La labor de los reporteros es tan importante que el propio presidente Polk aprovecha la eficacia y rapidez con la que se da a conocer la información.¹⁶³ Los cronistas envían sus textos a lomo de caballo rumbo a algún puerto del Golfo de México, desde donde son trasladados a Nueva Orleans. La carrera por difundir crónicas detalladas sobre el conflicto impulsa, aún más, el desarrollo periodístico. Así, la conflagración genera los reportajes más minuciosos que hasta ese momento se hubieran escrito a propósito de un conflicto armado.

Por otra parte, la rápida proliferación de diarios y periódicos —que llegaran a los lectores gracias a los avances en el transporte— lleva la guerra a la vida cotidiana de la gente en una medida nunca antes vista.¹⁶⁴ Lo que sucede en campamentos y campos de batalla, así como los sentimientos y las intenciones del enemigo, es del dominio público en un grado sin precedentes. Se

162 En 1844 se tiende la primera línea telegráfica que conecta a Washington con Baltimore, y poco tiempo después la que comunica a Boston con Nueva York.

163 Polk escribió: “Varias veces ha ocurrido recientemente que el expreso privado del *Sun* de Baltimore llegue un día antes de que el correo ordinario traiga la correspondencia del gobierno. Esto no debe ser, y más aún, es muy importante que el gobierno sea quien tenga las primeras noticias”. James K. Polk, martes 25 de mayo de 1847, en Luis Cabrera (ed.), *Diario del presidente Polk (1845-1849). Reproducción de todos los asientos relativos a México, tomados de la edición completa de M. M. Quaife con numerosos documentos anexos relacionados con la guerra entre México y Estados Unidos*, México, Antigua Librería Robredo, 1948, v. 1, p. 276.

164 La labor de los mensajeros que suelen llevar las noticias a caballo se combina con el uso de las embarcaciones de vapor, Fabiola García Rubio, *El Daily Picayune de Nueva Orleans durante los años del conflicto entre Estados Unidos y México (1846-1848). Su postura ante la guerra y su recepción en la prensa mexicana*, México, Instituto Mora, 2004.

desata una verdadera carrera por generar crónicas sobre las batallas tan pronto como tienen lugar, desde Palo Alto y Resaca de la Palma hasta el final del conflicto. Escritores, editores y público se tornan impacientes por escribir, publicar y estar al tanto de las noticias. Los soldados se sienten historiadores de la guerra; muchas de esas historias aparecen de inmediato y, como consecuencia, se produce un verdadero alud de libros. Ninguna guerra había tenido hasta entonces tal cantidad de cronistas.

Por otro lado, la aparición de los “periódicos de ocupación” en el territorio mexicano —publicados en las ciudades tomadas por el ejército de la Unión Americana— ayuda a constituir espacios de comunicación entre mexicanos y estadounidenses. *La Gazette*, en Corpus Christi, fue el primero en imprimirse en enero de 1846, antes del inicio de la guerra; el *Ticket Guard* en Saltillo y el *The American Star* en la ciudad de Puebla, primero, y más tarde en la de México, son algunos de los diarios que ejemplifican este tipo de publicación. Su periodicidad y duración se establece en función de la permanencia de las tropas norteamericanas, y son tan efímeros como su paso.¹⁶⁵

La mayoría de los periódicos mexicanos, en contraste, deja de aparecer durante la guerra. La escasez de lectores, el riesgo que representa la actividad periodística y la ocupación militar hace que los rotativos publicados sean escasos y de corta vida. En la ciudad de México, los más representativos son: el *Diario del Gobierno*, *El Monitor Republicano* y *El Republicano*; significativos los tres porque responden a la demanda de información de los pocos lectores mexicanos y se mantienen en el mercado pese a la situación que se vive.

Durante la guerra, una parte de la información dada a conocer por diarios y gacetas se convierte en asunto de seguridad nacional, pues ofrece al enemigo datos relevantes sobre defensa, armamento y número de las fuerzas armadas. Así se entiende que, a principios de mayo de 1847, mientras tiene lugar la ocupación de la ciudad de Puebla, se emita un bando que prohíbe “escribir y publicar en los periódicos o por cualquiera otro medio que haga conocer al enemigo el estado que guarde o guardare la defensa de la capital de la República en todos sus ramos, prohibiéndose también el manifestar cuáles son los puntos fortificados, la artillería que hay en ellos y la fuerza que los guarnece”. La me-

165 Lota M. Spell, “The Anglo Saxon Press in Mexico, 1846-1848”, *The American Historical Review*, v. 38, n. 1, octubre, 1932, p. 20-31.

cida publicada en el *Diario del Gobierno*, así como la prohibición de difundir cualquier medio impreso distinto a los emitidos por la autoridad nacional no sólo intenta frenar la filtración de datos acerca de la defensa mexicana, sino minar los ataques de los cotidianos ultraliberales: *El Monitor Republicano* y *El Republicano* hacia el Ejecutivo en turno y al ejército comandado por Antonio López de Santa Anna. Pese al mandato, el resto de los periódicos se resiste a acatar la orden y permanece en circulación hasta septiembre de 1847, cuando el ejército invasor irrumpe en la capital.

Este problema no es exclusivamente mexicano; se presenta también en la Unión Americana, al inicio del conflicto. *La Patria*, un periódico de Nueva Orleans, divulga el que parece ser el plan ofensivo sobre el territorio enemigo. Las reacciones de la administración de Polk son inmediatas: los funcionarios llaman la atención a los editores, aduciendo que la información difundida pone en riesgo los resultados de la intervención. Estas experiencias muestran parte del papel que juegan los diarios durante la contienda.

La prensa de ambos países, además de cumplir con su función informativa, sirve de foro para el debate ideológico y político, pues en sus páginas se discuten las distintas posturas hacia el conflicto. La polémica en Estados Unidos gira en torno al uso de la fuerza, lo prolongado que resulta la conflagración y la posibilidad de anexar todo el territorio mexicano. Las tendencias de los medios impresos son evidentes: la mayor parte de los diarios whigs ataca a la administración del presidente Polk, acusándolo de iniciar una guerra sin contar con el consenso de las fuerzas políticas nacionales y buscando desacreditar al Partido Demócrata; por su parte, los diarios afines a éste y al jefe del Ejecutivo defienden el uso de la fuerza para llevar a efecto la causa expansionista.¹⁶⁶ Sin embargo, tanto los periódicos demócratas, como los whigs de todas las regiones, se muestran confiados en Estados Unidos, y hacen alarde de un sentimiento de autoconfianza y superioridad —el Destino Manifiesto— que les permitirá dominar al mundo entero.¹⁶⁷

En el país del sur, la prensa sirve para dar respuesta a la declaración de guerra del gobierno norteamericano y para convocar a los mexicanos a tomar las armas para defender la soberanía nacional.¹⁶⁸ Una vez iniciado el conflicto

166 Fabiola García Rubio, *El Daily Picayune...*, p. 30-33, 68-69.

167 Robert W. Johannsen, “La joven América...”, p. 264.

168 Mariano Paredes y Arrillaga, entonces presidente interino de México, da a conocer, el 7 de julio de 1846, que cuenta con la autorización del Congreso para repeler las agresiones de Estados Unidos. García Rubio, *El Daily Picayune...*, p. 76.

armado, no sólo se utiliza como medio de comunicación, sino como vehículo para atacar a la administración en turno, cuestionar las tácticas militares y desprestigiar a los políticos carentes de liderazgo.

*La representación de la guerra entre México y Estados Unidos
en diversos géneros literarios y formas artísticas*

La necesidad de dar cuenta de la guerra a la población norteamericana y a la mexicana se manifiesta tanto en la expresión plástica como en la literaria. En el caso estadounidense, ambas se caracterizan por dar voz al espíritu nacionalista, por difundir los valores de la democracia, el republicanismo y la libertad y por estar preñadas del espíritu del destino revelado y del romanticismo imperante también en Europa. La identidad nacional se reafirma al contrastar los valores propios con una visión degradada del mexicano, al que identifican con todos los vicios “heredados de España”, aunados a la abyección e indolencia de los indígenas. Tanto la litografía como la literatura se singularizan por la buena acogida que encuentran entre el público de la Unión Americana. Aparece, en consecuencia, un buen número de obras que ofrece, además de explicaciones sobre el conflicto bélico, litografías de las batallas entre ambos ejércitos. La conjunción del trabajo periodístico y la técnica litográfica puede apreciarse en obras como *Our Army on the Rio Grande* (1846) y *Our Army at Monterrey* (1847), ambas de Thomas Bangs Thorpe; *The Twelve Months Volunteer, or Journal of Private in the Tennessee Regiment of Cavalry in the Campaign in Mexico, 1846-7* (1848), de George C. Furber, y el volumen de James Walker.¹⁶⁹ La rapidez con la que se realiza este tipo de trabajos y la exactitud con que se reproducen los diseños permite su uso generalizado durante la contienda.

Las obras sobre las batallas de la “guerra olvidada”, como algunos autores llaman a la conflagración, son puestas a la venta tanto en México como en Estados Unidos poco después de la invasión. Las vistas de los ataques a Cerro Gordo, Churubusco y Chapultepec, la defensa de la garita de Belén, así como la panorámica de la Plaza Mayor de México tienen gran demanda y un buen número de compradores.¹⁷⁰ Una de las obras más conocidas es la

169 La obra de Walker salió a la venta sin un título preciso. Fabiola García Rubio, *La entrada de las tropas...*, p. 53-63.

170 Ron Tyler, *The Mexican War. A Lithographic Record*, Austin, Texas State Historical Association, 1973, p. 1-2.

del artista alemán Carl Nebel, quien publica, en coautoría con George W. Kendall, el álbum *The War between the United States and Mexico Illustrated* en 1851. Las representaciones de Nebel, hechas para el público estadounidense, muestran un ejército disciplinado, poderoso y superior al mexicano en el uso de las armas. El paisaje, como un elemento protagónico dentro de la composición, deja ver la grandeza de los cielos azules, los extensos pastizales y montes, así como las diversas especies de animales y vegetales mexicanos. Por su parte, la figura del jefe es, en la mayor parte de casos, el centro de las composiciones gráficas y muestra, de forma poco espontánea, la impecable dirección de las tropas militares. A la interpretación que hacen los artistas se suma el romanticismo de la época, que —con su propuesta de mostrar los ambientes ideales, la grandeza de la naturaleza y lo diminuto del hombre frente a ella— sirve de marco para reafirmar la ideología del Destino Manifiesto.

Por otra parte, la guerra también se representa en la literatura; en Estados Unidos, la novela popular se desarrolla en ciudades como Boston, Nueva York y Filadelfia. Los textos literarios se publican semanalmente a un costo de 12.5 centavos de dólar. Se imprimen en prensas rotativas impulsadas por máquinas de vapor, de ahí que también hayan sido conocidas como “novelas de vapor”, o “*yellow-covered literature*”, así llamadas por el color amarillo de su cubierta de papel. Esta producción literaria, no obstante la baja calidad de los relatos, fue un éxito. La mayor parte de los autores se limita contar historias curiosas sobre los mexicanos y a narrar la misión de los estadounidenses de apropiarse de todo el continente americano. Por pertenecer al género de la ficción, los textos carecen de un análisis de las circunstancias del conflicto. Uno de los autores más conocidos es George Lippard, quien, como el resto de los escritores de este tipo de novelas, representa a los héroes como jóvenes estadounidenses, bien parecidos y de buena familia, mientras que a los mexicanos los pinta como rancheros, representación asociada con el bandido y asesino.¹⁷¹ La imagen de la superioridad del ciudadano norteamericano es un rasgo presente en esta literatura. En el transcurso de la guerra, las novelas populares norteamericanas se convierten en la expresión del sentimiento nacionalista y de las ideas expansionistas en Estados Unidos.¹⁷² Las virtudes del nacionalismo,

171 Takako Sudo, “La novela popular norteamericana y la guerra del 47”, en *Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos*, v. 5, México, UNAM, FFL, 1972, p. 52-54, 62.

172 Véase Shelley Streeby, “From Imperial Adventure to Bowery B’hoys and Buffalo Bill. Ned Buntline, Nativism, and Class”, en *American Sensations. Class, Empire and the Production of Popular Culture*.

de la democracia y de los valores republicanos son exaltadas, en contraste con la imagen difundida sobre los mexicanos como católicos papistas, corruptos y asesinos. La literatura, como se señala con anterioridad, afirma la identidad nacional estadounidense al exhibir las diferencias entre ambos pueblos.

Pero las grandes figuras del llamado Renacimiento Americano guardan silencio. Nathaniel Hawthorne sólo escribe una biografía del general Franklin Pierce.¹⁷³ Ralph Waldo Emerson en 1852, ambivalente, se opone a la guerra pero admira al pueblo norteamericano que se forja su propio destino; piensa que sus conciudadanos, al cabo de los siglos, invadirán pacíficamente el hemisferio. Sólo James Fenimore Cooper publica la novela *Jack Tier or The Florida Reef*. Pero el “esfuerzo literario” producto de la contienda no genera la literatura nacional de grandes vuelos que el movimiento nacionalista *Young America* espera.

Las obras literarias mexicanas, por su parte, son escasas. Destacan entre ellas *El fistol del diablo* de Manuel Payno, que relata la ocupación de la ciudad de México, y *El mendigo de San Ángel* de Niceto de Zamacois, sobre la toma de la capital. La limitada producción novelística sobre el episodio bélico contrasta con la proliferación del mismo género en Estados Unidos y es consecuencia tanto del reducido universo de lectores como del trauma que representa la guerra.

La disidencia norteamericana ante la conflagración

La guerra mexicano-estadounidense aumenta el territorio norteamericano, fomenta el comercio y significa para muchos norteamericanos la confirmación de la idea del Destino Manifiesto. Por la magnitud de sus efectos, la expansión territorial constituye un asunto de interés nacional; sin embargo, o tal vez por esa misma razón, el tema provoca posiciones y opiniones encontradas. Al margen de la oposición en el Capitolio, algunas iglesias y grupos de intelectuales cuestionan el rumbo que toma el país: Nueva Inglaterra destaca por ser el centro de las críticas a la “guerra del señor Polk”, lo mismo que las agrupaciones de los cuáqueros y los abolicionistas.

Los opositores recurren a argumentos que hablan de la superioridad de los norteamericanos y del atraso y la corrupción mexicanos; haciendo tabla

173 La biografía destina un par de capítulos a la participación de Pierce en la guerra: el cuarto, “The Mexican War: His Journal of the March from Vera Cruz”, y el quinto, “His Services in the Valley of Mexico”. Hawthorne también edita el diario de Pierce.

rasa de los vecinos del sur. En ocasiones el discurso, más allá de una postura antibelicista y/o pacifista, muestra arraigados prejuicios y expresa, al mismo tiempo, la convicción de la superioridad de las instituciones republicanas. Algunos de ellos declaran que Estados Unidos tiene la misión de ser una república ejemplar para el resto del mundo y que la intervención militar en México atenta contra ello. Los opositores al conflicto armado coinciden en una cuestión: la condena a la esclavitud.¹⁷⁴

Frente al apoyo que Walt Whitman¹⁷⁵ y James Fenimore Cooper¹⁷⁶ dan a la guerra, se alzan voces como la de Henry David Thoreau,¹⁷⁷ quien deja de pagar impuestos para expresar su postura disidente. Thoreau juzga que el conflicto es injusto, que es resultado de la agresión del gobierno estadounidense, implica la expansión de la esclavitud y el sometimiento de los mexicanos. Todas éstas, razones suficientes para dejar de contribuir al fisco norteamericano. En su obra, *Walden o la vida en los bosques*, relata cómo es hecho preso por negarse a pagar sus gravámenes y su rechazo a la existencia de la esclavitud. (Véase figura 44.)

En abril de 1844, dos años antes del inicio de la guerra, su maestro Ralph Waldo Emerson, quien a la postre se convierte en uno de los principales re-



Figura 44. Henry David Thoreau, ca. 1879. LC-USZ61-361 (b&w film copy). "Henry David Thoreau, head-and-shoulders portrait, facing slightly right." Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D.C., USA, <hdl.loc.gov/loc.pnp/cph.3a02153>.

174 Robert W. Johannsen, "La joven América...", p. 271-274.

175 Es considerado uno de los más grandes poetas norteamericanos. En su obra *Hojas de hierba* se abordan temas como la libertad y el progreso de Estados Unidos.

176 Novelista. Escribió más de una decena de títulos, entre los que destacan *El último mohicano*, *La pradera* y *El explorador*.

177 Escritor y filósofo que fue conocido, además de por su oposición a la guerra, por dedicarse al estudio de la naturaleza y el medio ambiente.

presentantes del romanticismo en Estados Unidos,¹⁷⁸ pronuncia un discurso en Boston, donde invita a los jóvenes a que “obedezcan a su corazón, y sean la nobleza de esta tierra”. Para Emerson, la Unión Americana es “el país del futuro”, lleno de proyectos y grandes expectativas que pueden “inspirar y expresar el espíritu más expansivo y humanitario”, e incluso hablar por toda la raza humana. Este sentimiento es generalizado, pues la mayor parte de los norteamericanos están convencidos de la existencia de un destino providencial, así como de la idea del progreso y de la misión que tienen asignada. Es, pues, una visión romántica,¹⁷⁹ que más allá de la expansión territorial, busca la ampliación el área de la libertad y del republicanismo; se trata de un sentido secular de misión.

En Boston, William Lloyd Garrison también se declara en contra de la guerra,¹⁸⁰ lo mismo que Theodor Parker, quien desde el púlpito¹⁸¹ advierte que el conflicto violaba los preceptos cristianos de misericordia y hermandad entre los pueblos. En los dos casos se recurre al argumento de la superioridad de la raza anglosajona.

Las críticas y la oposición al conflicto no son exclusivas de los religiosos e intelectuales; entre los militares y los políticos también hay descontento. Tal es el caso de miembros de las tropas que desertan, se incorporan al batallón de San Patricio y se unen a las filas de las tropas mexicanas.¹⁸² Por su parte, Joel R. Poinsett, antiguo ministro en México, lamenta la confrontación entre dos gobiernos republicanos y manifiesta su descontento.¹⁸³ El senador por Massachusetts, Daniel Webster, también se opone a la guerra con base en cuestiones de política interna de su país. Considera que la contienda llevará a la ampliación de la esclavitud y, sobre todo, a la incorporación de más estados esclavistas a la Unión Americana.¹⁸⁴

178 Sus *Poemas* y *El sentido de la vida* son dos de sus obras más famosas.

179 Robert W. Johannsen, “La joven América...”, p. 262.

180 Años antes, Garrison había fundado el periódico *The Liberator* y poco después creó la Sociedad Antiesclavista de Nueva Inglaterra, que más tarde se convertiría en la Sociedad Antiesclavista Estadounidense.

181 Emerson llegó a considerarlo el Savonarola de Estados Unidos. Sus sermones lo hicieron famoso no sólo por sumarse a la causa abolicionista, sino por cuestionar algunos preceptos religiosos.

182 Dicho batallón estaba integrado por católicos e irlandeses, que fueron dirigidos por John Riley.

183 David Mayers, “La guerra con México y los disidentes estadounidenses, 1846-1848”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n. 59, mayo-agosto, 2004, p. 35, 36.

184 Robert Gross, *Henry David Thoreau y la desobediencia civil*, México, UNAM, CISAN, FFYL, U.S. Embassy, p. 29-30.

Expresiones de la oposición mexicana a la contienda

Los mexicanos también manifiestan oposición a la contienda por medio de la publicación de periódicos y folletos. Sin embargo, su animosidad no es comparable con la norteamericana, pues es de naturaleza totalmente distinta a la que se observa en aquella sociedad. Se oponen al avance norteamericano, impugnan la ocupación y muy pocas voces se atreven a expresar su aversión a tomar parte en una guerra que tanto entusiasmo a ciertos jefes militares y a no pocos políticos. La mayor parte de los autores considera abusiva la actitud del gobierno estadounidense, injustas las declaraciones del presidente Polk y encuentra precipitadas las órdenes para que el ejército de Estados Unidos avance sobre la frontera texana.

Si bien existen textos que plasman su inconformidad respecto a la guerra, las evidencias mexicanas son escasas si se les compara con las estadounidenses. Las divisiones internas, la confusión de los proyectos políticos y la falta de un rumbo claro sobre el futuro del país hicieron que las discusiones relativas al conflicto con Estados Unidos se diluyeran en el mar de las disputas entre los distintos grupos de poder. Aunque con argumentos diversos, las dos posturas políticas están de acuerdo en condenar el avance militar norteamericano y la doctrina del Destino Manifiesto. El diario conservador *El Tiempo* se convierte en el principal medio que ataca al expansionismo norteamericano y, en consecuencia, a la guerra que se libra. Sin embargo, el periódico denuncia por igual al país vecino del norte y a los políticos liberales, quienes años atrás habían visto en Estados Unidos un ejemplo a seguir por su republicanismo, desarrollo económico y la laicidad de su gobierno.¹⁸⁵ Desde la independencia de la Nueva España, los conservadores —y de entre ellos el más conspicuo, Lucas Alamán—¹⁸⁶ consideran a la Unión Americana con desconfianza y como una amenaza latente para los mexicanos; con el avance del ejército norteamericano, sus sospechas parecen confirmarse.¹⁸⁷

En contraste, la oposición de los liberales radicales se enfrenta con un país, cuyos valores admira, respeta y desea imitar. Su simpatía hacia los nor-

185 *El Republicano*, 28 de marzo de 1846, en Krystina Libura, Luis Gerardo Morales Moreno y Jesús Velasco Márquez, *Ecos de la guerra...*, p. 50.

186 Véanse Moisés González Navarro, *El pensamiento político de...*; Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador...*

187 *El Tiempo*, 12 de febrero de 1846, en Krystina Libura, Luis Gerardo Morales Moreno y Jesús Velasco Márquez, *Ecos de la guerra...*, p. 47, y Moisés González, *op. cit.*, p. 20.



teamericanos y sus instituciones políticas le hace buscar a los culpables de la guerra en el clero y el ejército, sectores en los que sus opositores, los conservadores, basaban su principal punto de apoyo. Si bien la prensa liberal condena el expansionismo de los vecinos del norte y se manifiesta contraria a la guerra, exige al gobierno moderado responder a las agresiones del ejército estadounidense.